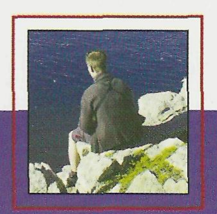
A SOLAS CON DIOS

Redescubriendo el poder y la pasión de la oración



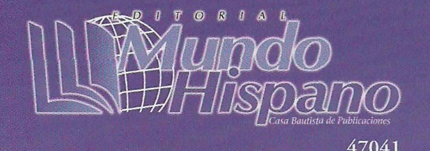
JOHN MACARTHUR

"PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN LOS CIELOS..."

A solas con Dios, una oportunidad como esa debería ser el mayor deseo de un cristiano. Sin embargo, muchos de nosotros pasamos muy poco tiempo con el Padre. Únase a John MacArthur en buscar al mentor perfecto de la oración: Jesús. MacArthur examina profundamente el Padrenuestro, dedica un capítulo a cada petición de la reveladora comunión de Jesús con el Padre. Descubrirá que Jesús enfoca toda su oración en Dios —su adoración, dignidad y gloria— y saldrá renovado y ansioso de seguir un vigorizador modelo bíblico para su propio tiempo *A solas con Dios*.

El libro tiene una GUÍA DEL LECTOR *Para discusiones de grupo y reflexión personal.*

JOHN MACARTHUR es pastor de la iglesia *Grace Community Church* de Sun Valley, California, y presidente de *The Master's College and Seminary*. Conocido por su predicación expositiva y dinámica, el doctor MacArthur es escuchado diariamente en *Gracia a vosotros*, una programa transmitido por radio. Sus muchos libros incluyen *Los carismáticos*, *El evangelio según Jesucristo*, *Equipados para la batalla*, *La voluntad de Dios*, entre otros.



47041



A SOLAS CON DIOS

Redescubriendo el poder y la pasión de la oración

John MacArthur

Traducido por
Eduardo Jibaja

EDITORIAL MUNDO HISPANO

Editorial Mundo Hispano
7000 Alabama Street, El Paso, Texas 79904, EE. UU. de A.
www.editorialmh.org

Nuestra pasión: Comunicar el mensaje de Jesucristo y facilitar la formación de discípulos por medios impresos y electrónicos.

Editores: Juan Carlos Cevallos y María Luisa Cevallos
Diseño de páginas: María Luisa Cevallos

Primera edición (tamaño bolsillo): 2009

Clasificación Decimal Dewey: 242.5
Tema: Oración, Vida cristiana

ISBN: 978-0-311-47041-9
EMH Núm. 47041

10 M 10 09

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

CONTENIDO



Tercera parte
La oración en acción

INTRODUCCIÓN



Martyn Lloyd-Jones escribió una vez: "La oración es sin lugar a dudas la actividad suprema del alma del ser humano. El hombre llega a lo máximo cuando de rodillas se encuentra frente a frente con Dios"[1]. El comentarista J. Oswald Sanders añade esta majestuosa apreciación acerca de la oración:

> No hay ejercicio espiritual que sea tal mezcla de complejidad y simpleza. Es la forma más sencilla de hablar que los labios de un bebé pueden emitir, pero es el esfuerzo más sublime que llega al Majestuoso en los cielos. Es tan apropiado para el antiguo filósofo como para el niño más pequeño. Es la exclamación de un momento y la actitud de toda una vida. Es la expresión del resto de la fe y de la lucha de la misma fe. Es una agonía y un éxtasis. Es sumiso y sin embargo insistente. En un momento se aferra a Dios y ata al diablo. Se puede enfocar

> en un solo objetivo y puede deambular por todo el mundo. Puede ser una vil confesión y una absorta adoración. Inviste al hombre insignificante con una especie de omnipotencia[2].

La esencia de la oración es simplemente hablar con Dios como usted lo haría con un querido amigo, sin pretensiones ni ligerezas. Sin embargo, muchos creyentes tienen problemas con esta actitud hacia la oración. Debido a que la comunión con Dios es tan vital y la oración tan efectiva para el cumplimiento del plan de Dios, el enemigo intenta constantemente introducir errores en nuestro entendimiento y compromiso con la oración. Cada generación se enfrenta a la necesidad de volver a dar prioridad y purificar una percepción corrupta o confusa de la oración. Para muchos, la oración ha sido reemplazada con la acción pragmática. La función anula la comunión con Dios; los ajetreos desplazan la comunicación. Para otros, la oración carece de admiración y respeto. Sus esfuerzos son superficiales, irrespetuosos e irreverentes. Luego están aquellos que creen que la oración se diseñó para exigir y reclamar a Dios. Ellos intentan forzarlo a que haga lo que creen que él debería hacer por ellos. Finalmente, para otros la oración no es nada más que un rito.

Usted puede que considere a la oración con el mayor respeto posible, pero se da cuenta de que su propia práctica carece de propósito y vitalidad, así que no pasa tiempo con Dios como sabe que debería hacerlo. Aunque hay muchas razones por las cuales los cristianos batallan con la oración, yo creo que hay un factor que se impone. Martyn Lloyd-Jones escribe:

> Es la actividad más sublime del alma humana, y por lo tanto es al mismo tiempo la prueba máxima de la verdadera condición espiritual del hombre. No hay nada que diga tanto la verdad sobre nosotros como cristianos que nuestra vida de oración... En última instancia, por lo tanto, el hombre descubre la condición real de su vida espiritual cuando se examina en privado, cuando está a solas con Dios... ¿Y no sabemos todos lo que es descu-

> brir que, de algún modo, tenemos menos que decirle a Dios cuando estamos solos que cuando estamos en la presencia de los demás? No debería ser así; pero lo es a menudo. Así que cuando dejamos la esfera de las actividades y tratos externos con otras personas, y estamos a solas con Dios, es que realmente sabemos dónde nos encontramos en el sentido espiritual[3].

A solas con Dios, una oportunidad como esta debería ser el mayor deseo de un cristiano. Qué triste que tantos creyentes pasen tan poco tiempo con él, o no se dirigen a él en lo absoluto, porque tienen poco que decir.

Hace unos 25 años atrás cuando prediqué el Evangelio según Mateo en la iglesia *Grace Community Church*, y específicamente el capítulo 6 y la parte conocida como "El Padrenuestro", revolucionó tanto la manera de orar de la gente que aproveché la oportunidad para escribir un libro referente al tema. Titulado *Jesus' Pattern of Prayer* (El modelo de oración de Jesús), la obra trató exclusivamente con el modelo para orar que estableció Jesús en Mateo 6, el cual es fundamental para nuestro total entendimiento de la oración[4]. La editorial original renunció gentilmente a sus derechos, lo cual me dio la oportunidad de corregirlo y publicarlo como parte de mi serie de estudios con *Victor Books.*

Pero este libro es más que una simple corrección de los capítulos originales; también añadí varios capítulos de pasajes del Nuevo Testamento que ampliarán y mejorarán el entendimiento de la oración. Aunque el modelo de oración de Jesús ocupa la parte principal del libro, usted necesita entender lo que los escritores neotestamentarios, inspirados por el Espíritu Santo, desarrollaron en base a ese fundamento.

La primera parte examinará la actitud que todos los creyentes deberían tener en cuanto a su comunicación con Dios. Todos los cristianos deberían necesariamente tener sus corazones centrados en Dios para que la comunión con él sea una función natural y común en su vida. El primer capítulo definirá y examinará para nosotros esta necesidad vital de orar sin cesar. Al mismo tiempo, todos nosotros necesitamos protegernos en contra de orar con

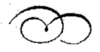
la actitud equivocada. Eso fue lo que plagaba a los fariseos, quienes consideraban a la oración como un medio para relucir su espiritualidad en lugar de una humilde oportunidad para glorificar a Dios.

Para corregir la perspectiva distorsionada de los discípulos en cuanto a la oración, la cual habían obtenido de los líderes religiosos hipócritas, Jesús ofreció un modelo que dio un concepto total de los elementos esenciales de la oración justa, cada uno de los cuales se centra en Dios. Esta parte central del libro cubrirá cada frase del modelo del Padrenuestro. De principio a fin, usted descubrirá que Jesús enfoca nuestra atención en Dios, en su adoración, valor, y gloria.

Para ayudarlo a aplicar lo que ha aprendido, los últimos dos capítulos examinarán las cosas específicas por las que todo creyente debería orar. Puede que lo sorprenda lo que lea puesto que así como un padre debe guiar a su hijo hacia las prioridades en la vida, Dios debe hacer lo mismo en cuanto a nuestra práctica de la oración.

Ruego para que cuando complete su viaje a través de este libro, descubra el poder y la pasión que puede brindar el pasar tiempo a solas con Dios. También espero que entienda que la oración no es un intento por lograr que Dios esté de acuerdo con usted o supla sus deseos egoístas, sino que es tanto una afirmación de su soberanía, justicia y majestuosidad, como un ejercicio para amoldar sus deseos y propósitos a su voluntad y gloria.

Primera parte



La actitud de la oración

1

UN CORAZÓN CENTRADO EN DIOS



Para los cristianos orar es como respirar. Usted no tiene que pensar para respirar porque la atmósfera que nos rodea ejerce presión sobre sus pulmones y lo fuerza a respirar. Por eso es más difícil aguantar la respiración que respirar. Asimismo, cuando usted nace en la familia de Dios, usted entra en una atmósfera espiritual en la que la presencia y la gracia de Dios ejercen presión o influencia sobre su vida. La oración es la respuesta normal a esa presión. Como creyentes, todos hemos entrado a la atmósfera divina para respirar el aire de la oración. Sólo entonces podremos sobrevivir a la oscuridad del mundo.

Desafortunadamente, muchos creyentes se aguantan la respiración espiritual por largo tiempo, pensando que breves momentos con Dios son suficientes para permitirles sobrevivir. Pero esa restricción en el consumo espiritual es causada por sus

deseos pecaminosos. El hecho es que todo creyente debe estar continuamente en la presencia de Dios, respirando constantemente sus verdades para ser completamente funcional.

Debido a que para varios de nosotros, la sociedad es libre y próspera, es más fácil que los cristianos se sientan seguros presumiendo de la gracia de Dios que dependiendo de ella. Demasiados creyentes se quedan satisfechos con las bendiciones físicas y tienen muy poco deseo de las bendiciones espirituales. Al haberse vuelto tan dependientes de sus recursos físicos, sienten poca necesidad de los recursos espirituales. Cuando los programas, métodos y dinero producen resultados impresionantes, hay una inclinación a confundir el éxito humano con la bendición divina. Los cristianos pueden en realidad comportarse como humanistas practicantes, viviendo como si Dios no fuera necesario. Cuando esto sucede, el anhelo apasionado por Dios y el ansiar su ayuda harán falta, junto con el otorgamiento de su poder. A raíz de este peligro grande y común, Pablo instó a los creyentes a orar "en todo tiempo" (Efe. 6:18) y a perseverar "siempre en la oración" (Col. 4:2). La oración continua, persistente e incesante es parte esencial de la vida cristiana y fluye de la dependencia de Dios.

LA FRECUENCIA DE LA ORACIÓN

El ministerio terrenal de Jesús fue sorprendentemente breve, apenas tres años. Sin embargo en esos tres años, como debió haberlo sido en sus años previos, pasó gran cantidad de tiempo en oración. Los Evangelios informan que Jesús tenía por costumbre levantarse temprano en la mañana, antes del amanecer, para tener comunión con su Padre. En la noche, con frecuencia iba al monte de los Olivos o algún otro lugar tranquilo para orar, generalmente a solas. La oración fue el aire espiritual que Jesús respiró cada día de su vida. Él practicó una comunión interminable entre él y el Padre.

Él instó a sus discípulos a hacer lo mismo, y les dijo: "Velad, pues, en todo tiempo, orando que tengáis fuerzas para escapar de todas estas cosas que han de suceder" (Luc. 21:36).

La iglesia primitiva aprendió esta lección y mantuvo el compromiso de Cristo de orar continua e incesantemente. Incluso antes del día de Pentecostés, los 120 discípulos se reunieron en el aposento alto y "perseveraban unánimes en oración" (Hech. 1:14). Esto no cambió incluso cuando 3.000 fueron añadidos a la comunidad en el día de Pentecostés (2:42). Cuando los apóstoles fueron guiados a estructurar la iglesia para que el ministerio se pudiera cumplir de manera efectiva, ellos dijeron: "continuaremos en la oración y en el ministerio de la palabra" (6:4).

A lo largo de su vida, el apóstol Pablo fue ejemplo de este compromiso con la oración. Lea de las bendiciones en varias de sus epístolas y descubrirá que orar por sus compañeros creyentes era su práctica diaria. A los creyentes romanos les dijo: "Porque Dios... me es testigo de que sin cesar me acuerdo de vosotros siempre en mis oraciones" (Rom. 1:9, 10; cf. 1 Cor. 1:4; Efe. 5:20; Fil. 1:4; Col. 1:3; 1 Tes. 1:2; 2 Tes. 1:3, 11; Film. 4). Sus oraciones por los creyentes a menudo lo mantenían ocupado "día y noche" (1 Tes. 3:10; 2 Tim. 1:3).

Puesto que oró por ellos continuamente, Pablo fue capaz de exhortar a sus lectores a orar de esa manera también. Instó a los tesalonicenses a orar "sin cesar" (1 Tes. 5:17). Mandó a los filipenses a dejar de estar afanosos y en cambio presentar "vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias" (Fil. 4:6). Animó a los colosenses a perseverar "siempre en la oración, vigilando en ella con acción de gracias" (Col. 4:2; cf. Rom. 12:12). Y para ayudar a los efesios a armarse para combatir con las tinieblas espirituales del mundo que los rodeaba, dijo: "orando en todo tiempo en el Espíritu con toda oración y ruego, vigilando con toda perseverancia y ruego por todos los santos" (Efe. 6:18). La oración incesante y constante es esencial para la vitalidad de la relación de un creyente con el Señor y su capacidad de funcionar en el mundo.

UNA MANERA DE VIVIR

Cuando niño, solía preguntarme cómo alguien podía orar sin cesar. Me imaginaba a cristianos caminando con las manos

juntas, la cabeza inclinada, y los ojos cerrados, chocando con todo. Aunque ciertas posturas y momentos específicos apartados para la oración tienen una relación importante con nuestra comunicación con Dios, "orar en todo tiempo" obviamente no significa que tengamos que orar de maneras formales o notorias cada minuto que estemos despiertos. Y no quiere decir que tengamos que dedicarnos a recitar patrones y formas ritualistas de oración.

"Orar sin cesar" básicamente se refiere a la oración que vuelve a suceder, no a hablar sin parar. Por lo tanto debe ser nuestra manera de vivir, debemos tener constantemente una actitud de oración.

El famoso predicador del siglo XIX, Charles Haddon Spurgeon, ofrece esta imagen vívida de lo que significa orar en todo tiempo:

> Como los caballeros de antaño, siempre en guerra, no siempre en sus corceles corriendo hacia delante con sus lanzas listas para derribar a un adversario, pero siempre con sus armas donde las podían alcanzar rápidamente, y siempre listos a ser heridos o morir por la causa que defendían. Esos guerreros rudos a menudo dormían con sus armaduras; así que incluso cuando dormimos, aun debemos tener una actitud de oración, de manera que si tal vez nos despertamos en la noche todavía podemos estar con Dios. Nuestra alma, al haber recibido la influencia centrípeta divina que la hace buscar su centro celestial, debe estar eternamente elevándose de manera natural hacia Dios mismo. Nuestros corazones deben ser como esos faros y atalayas que estaban listos a lo largo de la costa de Inglaterra cuando se esperaba la invasión de la armada española en cualquier momento, no siempre con el fuego prendido, pero con la madera siempre seca, y los fósforos siempre al alcance, todo estaba listo para encenderse en el momento designado. Nuestras almas deben estar en tal condición que la oración exclamativa debe ser muy frecuente en nosotros. Sin necesidad de hacer una pausa en el negocio y dejar el mostrador y ponernos de rodillas; el espíritu debe emitir sus peticiones silenciosas, cortas y rápidas al trono de la gracia.

> Un cristiano debe llevar el arma de la oración como una espada desenvainada en su mano. Nunca debemos detener nuestras súplicas. Que nuestros corazones nunca sean como una pistola de poco uso, necesitando que se le haga de todo antes de poder ser usada contra el enemigo, sino que debe ser como un cañón, cargado y preparado, requiriendo sólo el fuego para poder disparar. El alma no siempre debe estar ejercitando la oración, pero siempre funcionando en la energía de la oración; no siempre en realidad orando, pero siempre orando intencionalmente[1].

Me parece que orar en todo tiempo es vivir en un estado constantemente consciente de la presencia de Dios, donde todo lo que vemos y experimentamos se convierte en una especie de oración que se vive con una conciencia profunda y una entrega a nuestro Padre celestial. Es algo que comparto con mi Mejor Amigo, algo que comunico instantáneamente a Dios. Obedecer esta exhortación significa que, cuando somos tentados, presentamos la tentación a Dios y pedimos su ayuda. Cuando experimentamos algo bueno y hermoso, inmediatamente le agradecemos al Señor por ello. Cuando vemos el mal alrededor nuestro, le pedimos a Dios que lo enderezca y que nos permita ayudar a lograrlo, si así él lo desea. Cuando nos encontramos con alguien que no conoce a Cristo, oramos para que Dios acerque a esa persona hacia él y nos use para ser un fiel testigo. Cuando encontramos problemas, nos volvemos a Dios como nuestro Libertador.

De este modo, la vida se convierte en una oración continuamente ascendente: Todos los pensamientos, obras y circunstancias de la vida se convierten en una oportunidad para tener comunión con nuestro Padre celestial. Así ponemos nuestras mentes "en las cosas de arriba, no en las de la tierra" (Col. 3:2).

COMUNIÓN CON DIOS

Puesto que el propósito final de nuestra salvación es glorificar a Dios y traernos a una comunión íntima y enriquecedora con él, no buscar a Dios en oración es negar ese propósito. "Lo que hemos visto y oído lo anunciamos también a vosotros",

dice el apóstol Juan, "para que vosotros también tengáis comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo" (1 Jn. 1:3).

Imagínese pasar todo un día laborable con su mejor amigo a su lado. Usted sin lugar a dudas reconocería su presencia durante todo el día presentándolo a sus amigos o compañeros de trabajo y hablándole de las diversas actividades del día. ¿Pero cómo se sentiría su amigo si nunca hablara con él o reconociera su presencia? Sin embargo, así es como tratamos al Señor cuando no oramos. Si nos comunicáramos con nuestros amigos con la poca frecuencia con la que algunos de nosotros nos comunicamos con el Señor, esos amigos podrían desaparecer rápidamente.

Nuestra comunión con Dios no fue diseñada para esperar hasta que estuviéramos en el cielo. El mayor deseo de Dios, y nuestra mayor necesidad, es estar en constante comunión con él *ahora*, y no hay una expresión o experiencia más grande de comunión que la oración.

En una de sus obras clásicas sobre la oración, *Purpose in Prayer* (El propósito de la oración), el pastor del siglo XIX, E. M. Bounds, nos ofrece este recordatorio de cómo debemos cultivar nuestra comunión con el Señor:

> La oración no es una función que carece de significado o un deber que hay que cumplirlo al final de un día ocupado o agotador. No estamos obedeciendo al mandamiento de nuestro Señor cuando nos contentamos con unos cuantos minutos de rodillas en los ajetreos de la mañana, o tarde en la noche cuando las facultades, cansadas por las tareas del día, piden un descanso. Es cierto que Dios siempre está al alcance de una llamada, su oído siempre está atento al grito de su hijo, pero nunca llegaremos a conocerlo si usamos el vehículo de la oración como usamos el teléfono para tener unas cuantas palabras de conversación apurada. La intimidad requiere desarrollo. Nunca podremos conocer a Dios, con todo lo que implica el privilegio que es conocerlo, por medio de repeticiones de intercesiones breves, fragmentadas y desconsideradas, las cuales son peticio-

nes de favores personales y nada más. Esa no es la manera en que podemos entrar en comunicación con el Rey del cielo. "La meta de la oración es ser el oído de Dios", una meta que sólo se puede lograr buscándolo de manera paciente, continua y constante, derramándole nuestro corazón y permitiéndole que nos hable. Sólo al hacerlo podemos esperar conocerlo, y a medida que más lo conocemos más tiempo pasaremos en su presencia y encontraremos que esa presencia es un deleite constante y creciente[2].

LOS MÉTODOS DE LA ORACIÓN

En Efesios 6:18 Pablo dice que debemos orar con "toda oración y ruego". La palabra griega que se traduce "oración" (también en 1 Tes. 5:17) es la palabra común del Nuevo Testamento para decir oración y se refiere a peticiones generales. La palabra que se traduce "ruego" se refiere a oraciones específicas. El uso que hace Pablo de ambas palabras sugiere nuestra participación necesaria en toda clase de oración, todo tipo que sea apropiado.

La postura

Orar todo el tiempo necesita que se esté en varias posiciones porque usted nunca va a estar en la misma posición todo el día. En la Biblia, la gente oraba de pie (1 Rey. 8:22), levantando las manos (1 Tim. 2:8), sentados (2 Sam. 7:18), de rodillas (Mar. 1:40), mirando hacia arriba (Juan 17:1), inclinados (Éxo. 34:8), poniendo la cabeza entre las rodillas (1 Rey. 18:42), golpeándose el pecho (Luc. 18:13), y en dirección a Jerusalén (Dan. 6:10).

Las circunstancias

Mientras que algunas personas piensan que la oración debería ser muy formal, la Biblia documenta que la gente oraba en muchas y diversas circunstancias, así como con diferentes expresiones. Oraban con ropa de aflicción (Sal. 35:13), sentados en cenizas (Job 1:20, 21), golpeándose el pecho (Luc. 18:13), llorando (Sal. 6:6), echando polvo sobre sus cabezas

(Jos. 7:6), rasgando sus vestiduras (Esd. 9:5), ayunando (Deut. 9:18), gimiendo (Sal. 6:4-6), con fuerte clamor y lágrimas (Heb. 5:7), como sudando sangre (Luc. 22:44), quebrantados de corazón (Sal. 34:18), haciendo sacrificios (Sal. 20:1-3) y cantando himnos (Hech. 16:25).

El lugar

La Biblia también registra a gente orando en toda clase de lugares: en la batalla (2 Crón. 13:14, 15), en una cueva (1 Rey. 19:9, 10), en una habitación (Mat. 6:6), en un huerto (Mat. 26:36-44), en un monte (Luc. 6:12), junto a un río (Hech. 16:13), en la playa (Hech. 21:5, 6), en la calle (Mat. 6:5), en el templo (1 Rey. 8:22-53), en la cama (Sal. 4:3, 4), en una casa (Hech. 9:39, 40), en el vientre de un pez (Jon. 2:1-10), en una azotea (Hech. 10:9), en una cárcel (Hech. 16:23-26), en el desierto (Luc. 5:16) y en una cruz (Luc. 23:33, 34, 46). En 1 Timoteo 2:8, Pablo dijo: "Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar...". Para el cristiano fiel y lleno del Espíritu, cualquier lugar se convierte en un lugar de oración.

El tiempo

En una conferencia de pastores a la cual asistí hace años, un hombre predicó sobre el tema de la oración matutina. Para apoyar su punto de vista, leyó varios pasajes que muestran a gente orando en la mañana. Así como él lo hizo, yo busqué todas las Escrituras que mostraban a gente orando tres veces al día (Dan. 6:10), en la noche (Mar. 1:35), antes de las comidas (Mat. 14:19), en la novena hora o sea las 3:00 p.m. (Hech. 3:1), a la hora de dormir (Sal. 4:4), a la medianoche (Hech. 16:25), día y noche (Luc. 2:37; 18:7), a menudo (Luc. 5:33), en la juventud (Jer. 3:4), en la vejez (Dan. 9:2-19), cuando están en problemas (2 Rey. 19:3, 4), todos los días (Sal. 86:3) y siempre (Luc. 18:1; 1 Tes. 5:17).

La oración es apropiada en cualquier momento, cualquier postura, cualquier lugar, bajo cualquier circunstancia y con cualquier atuendo. Debe ser una manera de vivir completa, una comunión abierta y continua con Dios. Después de acoger

todos los infinitos recursos que son suyos en Cristo, jamás crea que ya no depende del poder de Dios minuto a minuto.

Actitudes coincidentes

A través de toda su vida el creyente siente su insuficiencia, por lo tanto, él vive dependiendo totalmente de Dios. Mientras sienta esa insuficiencia y dependencia, orará sin cesar. Al mismo tiempo, sabrá que es el beneficiario de bendiciones tremendas por parte de Dios. Por eso Pablo manda a los tesalonicenses a "estar siempre gozosos" y "dar gracias en todo" en sus oraciones incesantes (1 Tes. 5:16-18). Esto refleja un balance hermoso en nuestra comunión con Dios. Mientras ofrecemos peticiones específicas por nuestras necesidades y las de otros, al mismo tiempo podemos regocijarnos y dar gracias, no sólo por respuestas específicas, sino también por la bendición abundante que derrama Dios sobre nosotros día tras día.

FERVOR EN LA ORACIÓN

Puesto que la comunicación con Dios debe suceder durante todo el día, no se imagine que eso excluya la necesidad de tener fervor en sus oraciones. Pablo mandó a los colosenses a perseverar "siempre en la oración, vigilando en ella" (Col. 4:2), y les advirtió a los efesios a vigilar "con toda perseverancia y ruego por todos los santos" mientras oraban (Efe. 6:18). Para que la oración logre lo que Dios quiere en nuestras vidas, debe ser una práctica consumidora que convierte a la vigilancia y perseverancia en sus mercancías más valiosas.

VIGILANCIA

En el sentido básico, la orden de Pablo de vigilar significa permanecer despierto y no dormirse durante la oración. En Getsemaní, poco antes que lo traicionaran, Jesús les pidió a Pedro, Jacobo y Juan que vigilaran mientras él oraba (Mat. 26:38). Él regresó poco después y los halló durmiendo, así que le dijo a Pedro: "¿Así que no habéis podido velar ni una sola hora conmigo? Velad y orad, para que no entréis en tentación.

El espíritu, a la verdad, está dispuesto; pero la carne es débil" (vv. 40, 41). Es imposible orar mientras uno duerme, usted debe estar despierto y alerta para hablar con Dios, así como lo está cuando habla con cualquier persona.

No obstante, las órdenes de Pablo, tanto en Colosenses 4:2 como Efesios 6:18, abarcan más que el estar alerta físicamente. Los creyentes también deberían buscar esas cosas por las cuales debieran estar orando. Obviamente, Pedro aprendió esta profunda verdad del hecho de no permanecer despierto, ya que escribió en su primera epístola: "Sed, pues, prudentes y sobrios en la oración" (1 Ped. 4:7).

Los cristianos a veces dicen oraciones vagas y generales que son difíciles que Dios conteste porque realmente no piden nada específico. Por eso es tan importante la oración específica. Aunque las peticiones generales pueden ser apropiadas en ciertas ocasiones, es por medio de las respuestas a oraciones específicas que vemos a Dios demostrar su amor y poder. Jesús prometió: "Y todo lo que pidáis en mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si me pedís alguna cosa en mi nombre, yo la haré" (Juan 14:13, 14).

Aquellos creyentes que buscan constantemente al Señor tienen preocupaciones específicas; si usted no está alerta a los problemas y necesidades específicos de otros creyentes, no podrá orar por ellos específicamente y de todo corazón. Pero cuando usted lo hace, usted puede esperar la respuesta de Dios, regocijarse en ello cuando llegue, y luego ofrecerle su alabanza de agradecimiento.

Perseverancia

Desafortunadamente, la mayoría de creyentes nunca toman en serio la oración hasta que sucede un problema en su vida o en la de un ser querido. Entonces tienen la inclinación de orar atenta, específica y persistentemente. Pero Pablo dice que *siempre* debemos orar de esa manera, y "vigilar con toda perseverancia" (Efe. 6:18). La palabra griega que se traduce "perseverancia" y usada en el mandato "perseverar siempre" (Col. 4:2) viene de *proskartereo*, una palabra compuesta formada por *kartereo* ("estar firme" o

"resistir") y una preposición añadida que intensifica el significado. El verbo significa "ser valientemente persistente", "aferrarse y no soltarse". Se usó para referirse a la resistencia fiel de Moisés cuando sacó a los hijos de Israel de Egipto (Heb. 11:27). Perseverar en la oración es presentar todo delante de Dios con todo el corazón, valentía y constancia, especialmente las necesidades de los demás. La sensibilidad a los problemas y necesidades de los demás, incluyendo otros creyentes que están pasando por pruebas y dificultades, nos llevará a orar por ellos "de noche y de día" como Pablo lo hizo por Timoteo (2 Tim. 1:3).

El ejemplo de nuestro Señor

Jesús mismo fue la personificación de la perseverancia en la oración. Hebreos 5:7 dice: "En los días de su vida física, habiendo ofrecido ruegos y súplicas con fuerte clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte...". Este versículo es un comentario de la vida de oración de nuestro Señor Jesucristo mientras estuvo en la tierra, una vida caracterizada por oraciones apasionadas ofrecidas con gran intensidad y agonía. Aunque la Escritura no registra los detalles de sus oraciones, podemos estar seguros de que él perseveró en ellas, incluso si le tomaba toda la noche (Luc. 6:12).

La ilustración más grande de su intensidad en la oración se llevó a cabo en el huerto de Getsemaní antes de su muerte. Lucas escribe: "...puesto de rodillas oraba diciendo: 'Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya'... Y angustiado, oraba con mayor intensidad, de modo que su sudor era como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra" (Luc. 22:41, 42, 44). En la versión de Mateo del mismo evento, hallamos a Jesús rogándole a Dios tres veces (Mat. 26:36-46). Esa fue una oración ferviente y prolongada, a tal grado que los discípulos se durmieron varias veces mientras él lo hacía.

Nuestro Señor hizo muchas obras poderosas cuando estuvo en la tierra, sin embargo, en ninguna de ellas se percibe algún consumo de energía. Aunque la Escritura dice que salió poder de él, no hay registro que indicase que tuvo que ejercer esfuerzo alguno en realizar sus milagros. Sólo cuando oró lo vemos an-

gustiarse y esforzarse por sus peticiones, aun al punto de sudar como grandes gotas de sangre. Esa persistencia nos es extraña, no obstante es esa clase de intensidad la que Cristo quería que aprendieran sus discípulos de las dos parábolas que les enseñó.

Las parábolas de nuestro Señor

Entre las muchas parábolas de nuestro Señor, hay dos que resaltan por ser diferentes a las demás. Aunque las otras parábolas se relacionan a Dios de manera comparativa, las que se relatan en Lucas 11 y 18 se relacionan con Dios por contraste. Ilustran a gente que no se parece a Dios, y al hacerlo, estas parábolas exponen los argumentos a favor del valor de la oración persistente.

> Les dijo también:
> —Supongamos que uno de vosotros tiene un amigo y va a él a la medianoche y le dice: "Amigo, préstame tres panes, porque ha llegado a mí un amigo de viaje, y no tengo nada que poner delante de él". ¿Le responderá aquel desde adentro: "No me molestes; ya está cerrada la puerta, y mis niños están conmigo en la cama; no puedo levantarme para dártelos"? Os digo que, aunque no se levante a dárselos por ser su amigo, ciertamente por la insistencia de aquel se levantará y le dará todo lo que necesite.
> Y yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama se le abrirá" (Luc. 11:5-10).

> Les refirió también una parábola acerca de la necesidad de orar siempre y no desmayar. Les dijo: "En cierta ciudad había un juez que ni temía a Dios ni respetaba al hombre. Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él diciendo: 'Hazme justicia contra mi adversario'. Él no quiso por algún tiempo, pero después se dijo a sí mismo: 'Aunque ni temo a Dios ni respeto al hombre, le haré justicia a esta viuda, porque no me deja de molestar; para que no venga continuamente a cansarme'".
> Entonces dijo el Señor: "Oíd lo que dice el juez injusto. ¿Y Dios no hará justicia a sus escogidos que claman a él

de día y de noche? ¿Les hará esperar? Os digo que los defenderá pronto..." (Luc. 18:1-8).

El contraste entre Dios y el amigo reacio y el juez injusto es obvio. Si esos humanos mal dispuestos y pecadores honran la persistencia, ¿cuánto más nuestro santo y amoroso Padre celestial? Si usted no recibe una respuesta inmediata a su petición, o si los acontecimientos no salen exactamente o con la rapidez que esperaba, la palabra del Señor para nosotros es "no se desanime"; siga orando sin cesar y no se rinda. Siga llamando. Siga pidiendo. Siga buscando.

Spurgeon ofrece esta enseñanza acerca de la importancia de nuestra persistencia:

> Si vamos a prevalecer, debemos persistir; debemos continuar incesante y constantemente, y no poner pausas a nuestra oración hasta OBTENER la misericordia lo más posible. "Los hombres siempre deberían orar". Semana tras semana, mes tras mes, año tras año; la conversión de ese hijo querido debe ser la principal súplica del padre. Presentar en oración a ese esposo inconverso es confiar de corazón, por parte de la esposa, de noche y de día hasta que lo logre; ella no debe usar 10 ó 20 años de oración infructuosa como motivo para dejar de orar; no debe imponerle a Dios ni tiempos ni temporadas, pero mientras haya vida en ella y vida en el objeto querido de su solicitud, debe continuar rogándole al poderoso Dios de Jacob. El pastor no debe buscar una bendición para su gente ocasionalmente, y luego de recibir cierta medida desistir de interceder más, sino que debe continuar con vehemencia y sin pausa, sin contener sus energías, clamando en voz alta sin detenerse hasta que las ventanas del cielo se abran y se otorgue una bendición demasiado grande para contener. Pero, hermanos, ¡cuántas veces le pedimos a Dios, y no recibimos porque no esperamos lo suficiente en la puerta! Tocamos una o dos veces la puerta de la misericordia, y como no abre la puerta un mensajero amistoso, nos vamos por nuestro lado. Demasiadas oraciones son como los golpes desenfrenados que dan los niños en las puertas y luego cuando

> se abre la puerta, el niño ya se ha ido. Oh, por gracia permanezca cara a cara con el ángel de Dios, y nunca, nunca, nunca, suelte el agarre; sintiendo que la causa que abogamos es una en la cual debemos tener éxito puesto que almas dependen de ello, la gloria de Dios está conectada a ello, la condición de nuestro prójimo está en peligro. Si pudiéramos entregar en oración nuestra propia vida y las de aquellos que más queremos, lo haríamos; sin embargo no podemos entregar las almas de los hombres, debemos instar y rogar una y otra vez hasta obtener la respuesta[3].

Cuando Pablo nos manda a orar sin cesar, él simplemente está respaldando el principio que Jesús enseñó en Lucas 11 y 18 de que la oración debe ser incesante. No se nos escucha por las muchas palabras que usamos, sino por el gemir de nuestros corazones. El hombre que fue donde su amigo para pedirle pan no recitó una petición preestablecida, él rogó por lo que necesitaba. Lo mismo es cierto acerca de la viuda, ella clamó por protección al que tenía el poder para contestar su pedido. La oración persistente y continua que sale de lo más profundo de su ser es lo que mueve el corazón de nuestro compasivo y amoroso Dios.

Poder

El pensamiento más importante y penetrante que Pablo nos da acerca de la oración es que debe ser "en el Espíritu" (Efe. 6:18; cf. Jud. 20). Esta calificación no tiene nada que ver con hablar en lenguas ni con ninguna otra actividad de éxtasis o sobrenatural. Orar en el Espíritu es orar en el nombre de Cristo, esto es, orar de acuerdo a su naturaleza y voluntad. Orar en el Espíritu es orar en completo acuerdo con el Espíritu, quien "nos ayuda en nuestras debilidades; porque cómo debiéramos orar, no lo sabemos; pero el Espíritu mismo intercede con gemidos indecibles [palabras verdaderas que no son pronunciadas, no expresiones pronunciadas que no son palabras]. Y el que escudriña los corazones sabe cuál es el intento del Espíritu, porque él intercede por los santos conforme a la voluntad de

Dios" (Rom. 8:26, 27). Zacarías 12:10 llama al Espíritu Santo el "espíritu de gracia y súplica". Así como debemos orar continuamente, sepa que el Espíritu Santo ora continuamente por nosotros. Cuando oramos en el Espíritu, alineamos nuestra mente y deseos con su mente y deseos, los cuales concuerdan con la voluntad del Padre y del Hijo.

¿Cómo hacemos que nuestras oraciones estén de acuerdo con el Espíritu? Caminando en la llenura del Espíritu. A medida que su vida se llene con el Espíritu (Efe. 5:18) y camine en obediencia a él, él gobernará sus pensamientos para que sus oraciones estén en armonía con las de él. A medida que se somete al Espíritu Santo, obedece su Palabra y depende de su guía y fortaleza, usted será atraído a tener una comunión cercana y profunda con el Padre y el Hijo.

Nuestra vida debe reflejar un compromiso continuo al ejercicio constante de la oración. Todo lo que aprendemos de Dios debe conducirnos a su presencia. Haga que eso sea su meta a medida que le presenta cada aspecto de su vida en oración.

2

BUSCAR AL SEÑOR EN SECRETO



El peligro más grande de la oración persistente y efectiva es el hábito del rendimiento sin pasión. El pastor puritano del siglo XVII, John Preston, capta la esencia de este peligro en las siguientes palabras:

> Si se lleva a cabo de una manera demasiado formal o habitual, sería mejor que la omitiera completamente; porque el Señor considera sus oraciones cualitativamente no cuantitativamente. Cuando es una imagen externa, un cadáver de oración, donde no hay vida, no hay fervor, Dios no le da importancia. No se engañe, es una mentira muy común. Pueda que la conciencia de un hombre estuviera sobre él, si la omitiese por completo. Por lo tanto, cuando hace algo, su corazón se satisface, y así empeora cada vez más. Por consiguiente, considere

que el cumplir con el deber no es a lo que el Señor hace caso, sino que él pide que se haga de tal manera que se pueda lograr el fin y se efectúe aquello por lo que usted ora.

Si un hombre envía a su sirviente a ir a un sitio, no es el hecho de que vaya de aquí a allá lo que a él le importa, sino que lleve a cabo su tarea. Así es con todas las demás obras. A él no le interesa la formalidad del rendimiento, sino que se haga lo requerido de tal manera que pueda serle útil. Si usted envía a un sirviente a que haga una fogata, y él va y reúne madera verde y pone carbón por abajo, esto no es hacer una fogata. Él debe conseguir madera seca, o soplarla hasta que arda y sea adecuada para su uso.

De modo que cuando su corazón no es adecuado, cuando parece madera verde, y usted llega para calentarlo y encenderlo por medio de la oración a Dios, puede ser que cumpla con este deber, y salga con el corazón tan frío y destemplado como estaba antes. Amado mío, esto no es cumplir con este deber. El deber se lleva a cabo con eficacia cuando su corazón es estimulado por él, y se adapta a un mejor ritmo y temperamento que el que tenía antes.

Si usted halla lujuria, su tarea allí es resolverlo por medio de la oración, para razonar sobre el asunto, para objetar delante del Señor, y no ceder hasta poner todo en orden en su alma, hasta perfeccionar su corazón a través de Dios. Y si usted encuentra que su corazón se aferra demasiado al mundo, debe dejarlo y apartarse de eso. Si nota que está sin vida, sin ganas e indispuesto, debe elevar su alma al Señor y no ceder hasta que se avive. Esto es llevar a cabo el deber de una manera aceptable al Señor, de otro modo, es un rendimiento hipócrita puesto que el hombre no está dispuesto a dejar el deber ni a efectuarlo fervorosamente y de manera viva y celosa.

Aquel que lo omite es una persona profana, y el que lo hace celosamente y a propósito es un hombre santo; pero el hipócrita se halla en medio de ambos. Hace algo pero no a conciencia. Y, por lo tanto, si se da cuenta de que ha hecho este deber descuidadamente de un día al otro, negligente y superficialmente, sepa que eso es un rendimiento hipócrita. Por consiguiente, cuando pasa-

> mos mucho tiempo exhortándolo a que constantemente haga este deber, recuerde que aun lo tiene que hacer de una manera tal que tenga calor y vida, para que pueda ser aceptable a Dios[1].

Desgraciadamente, todos los creyentes se pueden relacionar hasta cierto punto con las palabras acusadoras de Preston. No hay nada tan sagrado que Satanás no invada. De hecho, cuanto más sagrado sea algo, más deseo tiene de profanarlo. Sin duda hay pocas cosas que le agraden más que ponerse entre los creyentes y su Señor durante la intimidad sagrada de la oración. El pecado nos seguirá hasta la misma presencia de Dios; y no hay pecado más poderoso o destructivo que el orgullo. En esos momentos en que venimos delante del Señor en adoración y pureza de corazón, podríamos ser tentados a adorarnos a nosotros mismos. Martyn Lloyd-Jones escribe:

> Tendemos a considerar al pecado como lo vemos en la inmundicia y bajeza de la vida. Vemos a un pobre borracho y decimos, ahí está el pecado. Pero esa no es la esencia del pecado. Para tener una imagen y conocimiento real del pecado, usted debe mirar a algún santo, un hombre extraordinariamente dedicado y devoto, mirarlo que está de rodillas en la propia presencia de Dios. Aun allí se entromete el ego, y la tentación es que él piense en sí mismo, pensar con agrado y placer acerca de sí mismo y estar realmente adorándose en lugar de adorar a Dios. Esa es la verdadera imagen del pecado, y no la otra. La otra es pecado, por supuesto, pero ahí no lo ve en su máxima expresión, no lo ve en su esencia. O para ponerlo de otro modo, si usted quiere entender algo de la naturaleza de Satanás y sus actividades, no vaya a la escoria o la bajeza de la vida. Si realmente quiere conocer algo de Satanás, vaya a ese desierto en el que nuestro Señor pasó 40 días y 40 noches. Esa es la verdadera imagen de Satanás, en la cual usted lo ve tentando al propio Hijo de Dios[2].

El pecado nos conduce a tomar atajos en todas las disciplinas cristianas, y cuando sucumbimos a su tentación con suficiente

frecuencia, la hipocresía se convierte en el modelo de nuestra vida sin que nos demos cuenta. Puesto que la hipocresía es un peligro tan sutil y destructivo para la vida cristiana, nuestro Señor fue rápido en condenar a sus muchos partidarios. Durante su vida terrenal, el grupo más culpable de ello fue el constituido por los líderes judíos religiosos; de los que normalmente se esperaría que fueran sus seguidores más grandes, fueron sus peores enemigos. Esto fue porque sus palabras y obras justas condenaron sus propias prácticas injustas. Para proteger a sus seguidores de su mala influencia, Jesús dijo: "Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía" (Luc. 12:1).

Los fariseos, por medio de su tradición rabínica, habían tenido éxito en corromper y pervertir todas las cosas buenas que Dios le había enseñado a la nación de Israel, incluyendo su práctica de la oración. Ninguna religión jamás había tenido un estándar y prioridad más elevados para la oración que el judaísmo. Como pueblo escogido de Dios, los judíos fueron los receptores de su Palabra escrita, la cual les ha "sido confiada" (Rom. 3:2). Ningún otro pueblo, como raza o nación, ha sido tan favorecido por Dios o tenido tal comunicación con él.

LA PERSPECTIVA JUDÍA SOBRE LA ORACIÓN

Los judíos del Antiguo Testamento deseaban orar porque creían que Dios quería que se acercaran a él. No temían a Dios de la manera en que los paganos temían a sus dioses. De hecho, los rabinos decían que el Santo anhelaba las oraciones de los justos. Sin lugar a dudas ellos sacaron esa verdad del Salmo 145:18, el cual dice: "Cercano está el SEÑOR a todos los que le invocan" (cf. Sal. 91:15). Ningún judío de verdad, con un espíritu correcto jamás dudó de la prioridad que Dios le asignó a la oración. Los rabinos creyeron correctamente que la oración no era solamente comunicación con Dios sino también un arma poderosa que liberaba su poder.

LA ESENCIA DE SU ENTENDIMIENTO

La Palabra de Dios dice claramente que Dios quiere escuchar

las oraciones de la gente. Salmo 65:2 dice: "Tú oyes la oración; a ti acudirá todo ser". El Midrash, un comentario judío de partes del Antiguo Testamento, dice lo siguiente acerca del Salmo 65:2: "Un hombre mortal no puede comprender la conversación de dos personas hablando al mismo tiempo, pero no sucede así con Dios. Todos oran delante de él, y él entiende y recibe todas sus oraciones" (*Rabba* 21.4). Los hombres se pueden cansar de escuchar a la gente, pero los oídos de Dios nunca se cansan, él nunca se cansa de las oraciones de los hombres.

Los maestros judíos avanzaron un poco más, enseñando a la gente a orar constantemente y evitar el hábito de orar sólo cuando estaban desesperados. El Talmud, la codificación de las tradiciones rabínicas dice: "Honra al médico *antes* que necesites de él... El Santo dice, así como es mi función hacer que la lluvia y el rocío caigan, y hacer que las plantas crezcan para el sustento del hombre, así estás destinado a orar delante de mí, y alabarme según mis obras; tú no dirás 'Soy próspero, ¿para qué voy a orar? Pero cuando me suceda una desgracia, entonces vendré y te suplicaré'" (*Sanedrín* 44b). Esa es la perspectiva correcta. La oración no se debe usar sólo para llamadas de emergencia; debe ser una conversación ininterrumpida cimentada en una base de comunión con Dios viva y amorosa.

LOS ELEMENTOS DE SUS ORACIONES

Los judíos creían que sus oraciones debían incorporar los siguientes elementos:

Alabanza amorosa

El salmista dijo: "Bendeciré al SEÑOR en todo tiempo; su alabanza estará siempre en mi boca" (Sal. 34:1). El Salmo 51:15 dice: "Señor, abre mis labios, y proclamará mi boca tu alabanza".

Gratitud y acción de gracias

Jonás dijo: "Pero yo te ofreceré sacrificio con voz de alabanza" (Jon. 2:9). En una relación con el Dios de los recursos celestiales, siempre habrá algo por lo cual agradecerle.

Reverencia

Los santos del Antiguo Testamento no se apresuraban con ligereza para estar en la presencia del Señor, tratándolo como si fuera un hombre. Ellos lo veían con reverencia, reconociendo que cuando oraban, estaban frente a frente con el Dios Todopoderoso. El profeta Isaías tuvo una visión del Señor en la que estaba "sentado sobre un trono alto y sublime; y el borde de sus vestiduras llenaba el templo" (Isa. 6:1). Su respuesta fue: "¡Ay de mí, pues soy muerto! Porque siendo un hombre de labios impuros y habitando en medio de un pueblo de labios impuros, mis ojos han visto al Rey, al SEÑOR de los Ejércitos" (v. 5).

Obediencia paciente

Los judíos del Antiguo Testamento creían que era un error orar si sus corazones no estaban bien. El Salmo 119 lo afirma a lo largo de sus 176 versículos. Un verdadero judío no tenía reservas, él se acercaba a Dios con un espíritu de obediencia, deseando agradarlo.

Confesión

Los judíos devotos del Antiguo Testamento sabían que eran impuros, y que cuando venían delante de Dios en oración tenían que purificarse del pecado. Esa fue la perspectiva de David cuando dijo: "¿Quién subirá al monte del SEÑOR? ¿Quién permanecerá en su lugar santo? El limpio de manos y puro de corazón..." (Sal. 24:3, 4). Sólo aquellos que han confrontado su pecado tienen derecho a entrar en la presencia de Dios.

Desinterés

Los judíos tenían un sentido de solidaridad que no comprendemos. Eran patriotas, una teocracia gobernada por Dios. El hecho de que Israel aún exista como nación muestra con cuánta vitalidad se aferraron a la preservación de esa identidad nacional. En consecuencia, sus oraciones abarcaban el bienestar de la comunidad y no estaban reducidas a las necesidades del individuo. Por ejemplo, los rabinos le pedían a Dios que no escuchara la oración de un viajero. Eso era porque podría orar

para tener un viaje placentero con buen clima, cuando el pueblo en esa localidad en realidad necesitaba lluvia para sus cultivos.

Muchos de nosotros venimos a Dios con dos pronombres favoritos en nuestras oraciones: Yo y mí. Le decimos al Señor acerca de nuestras necesidades y problemas sin pensar en los demás dentro del cuerpo de Cristo. Pero necesitamos estar dispuestos a sacrificar lo que parece ser lo mejor para nosotros porque Dios tiene un plan más grande para todos en conjunto.

Humildad

Un verdadero judío iba delante del Señor en oración para someterse a la voluntad de Dios. La ilustración más grande de ello vino del corazón del judío más verdadero que jamás haya vivido: Jesús. En su oración en el huerto de Getsemaní, le dijo al Padre: "No se haga mi voluntad, sino la tuya" (Luc. 22:42). Cuando oramos, en vez de pedirle al Señor que haga nuestra voluntad, debemos conformarnos a la suya. Debemos pedirle que obre su voluntad por medio de nosotros y que nos dé la gracia para disfrutarlo.

Perseverancia

Los judíos que creían de verdad en el Antiguo Testamento enseñaron que la oración debía ser persistente. Después que los hijos de Israel habían adorado al becerro de oro, Moisés oró 40 días seguidos para que Dios lo perdonase (Deut. 9:25, 26). Él perseveró en la oración.

LA PERVERSIÓN RABÍNICA DE LA ORACIÓN

A pesar de tan gran herencia de oración, varios defectos se inmiscuyeron en la costumbre de orar de Israel (adaptado de William Barclay[3]).

LA ORACIÓN SE CONVIRTIÓ EN UN RITO

Se establecieron las palabras y formas de oración, y luego simplemente se leyeron o repitieron de memoria. Las oraciones se convirtieron fácilmente en una rutina, un ejercicio religioso

semiconsciente, se podían recitar sin que el individuo participara mental o apasionadamente.

Las oraciones rituales más comunes fueron el *Shema* (una composición de frases escogidas de Deut. 6:4-9; 11:13-21 y Núm. 15:37-41) y el *Shemoneh 'esray* ("Los Dieciocho"), el cual incorporaba 18 oraciones para diversas ocasiones. Ambas debían ofrecerse todos los días, sin importar dónde estaba la gente o qué estaban haciendo. Los judíos fieles oraban todas las 18 oraciones del *Shemoneh 'esray* cada mañana, tarde y noche.

Tres actitudes básicas caracterizaban a la gente que ofrecía oraciones rituales formalizadas. Aquellos judíos que tenían corazón sincero usaban el tiempo de oración para adorar y glorificar a Dios. Otros recitaban las palabras entre dientes, de manera indiferente y superficial con la mayor rapidez posible. Otros, como los escribas y los fariseos, recitaban meticulosamente las oraciones, asegurándose de articular cada palabra y sílaba perfectamente.

Oraciones recetadas

Los judíos desarrollaron oraciones para todo asunto y ocasión, incluyendo la luz, oscuridad, fuego, lluvia, luna nueva, viajes, buenas noticias y malas noticias. Estoy seguro de que su intención original fue traer cada aspecto de sus vidas a la presencia de Dios, pero socavaron esa noble meta segmentando las oraciones.

Al limitar la oración a horas y ocasiones específicas, los judíos convirtieron a la oración en un hábito que se enfocaba en un tema o situación recetada, no en un deseo o necesidad genuina. A pesar de eso, algunos judíos fieles como Daniel (Dan. 6:10) usaron esos momentos como recordatorios para acercarse a Dios con sinceridad y pureza de corazón.

Oraciones largas

Los líderes religiosos apreciaban las oraciones largas, creyendo que la santidad y efectividad de una oración estaban directamente relacionadas con su duración. Jesús advirtió en

contra de los escribas que, "como pretexto hacen largas oraciones" (Mar. 12:40). Aunque una oración larga no es necesariamente poco sincera, sí se presta a tendencias peligrosas como la pretensión, repetición y la recitación de memoria. Nosotros estamos sujetos a las mismas tentaciones hoy en día, confundimos con demasiada frecuencia el uso de palabras rebuscadas con la importancia, y a la duración con la sinceridad.

Repeticiones vacías

Una de las peores faltas de los judíos fue adoptar la práctica de la repetición carente de sentido tomada de las religiones paganas, como los profetas de Baal cuando compitieron en contra de Elías "invocaron el nombre de Baal desde la mañana hasta el mediodía", incluso delirando "hasta la hora de ofrecer la ofrenda vegetal" (1 Rey. 18:26, 29). Hora tras hora repetían la misma frase, intentando hacer que su dios escuchara y respondiera por la cantidad de palabras y la intensidad con la que las pronunciaban.

Para ser vistos y oídos por los hombres

Aunque las otras faltas no son necesariamente erróneas en sí, ya que simplemente fueron llevadas a los extremos y usadas de manera que no tenían sentido, el deseo de usar la oración como una oportunidad para presentar la espiritualidad personal ante los hombres es intrínsecamente equivocado porque tiene como origen e intención satisfacer el orgullo. Como lo destacamos anteriormente en este capítulo, la pecaminosa gloria personal como motivo es la perversión máxima de la oración. Le roba a la oración su propósito principal: glorificar a Dios (Juan 14:13).

Cristo lo condena

En Mateo 6:5-8, en medio de su discusión acerca del contraste entre la justicia verdadera y la falsa, Jesús condena la práctica de orar de los fariseos en dos áreas específicas: La oración egoísta y la oración que no tiene sentido. Cada área

manifiesta una o más de las fallas que habían corrompido mucho la verdadera oración en la vida de la nación.

Oración egoísta

Puesto que la raíz era el orgullo, nuestro Señor primero trató con aquellos que oraban para exhibir su supuesta espiritualidad ante los demás hombres. "Cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que aman orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos por los hombres. De cierto os digo que ya tienen su recompensa" (Mat. 6:5). La oración que se enfoca en uno mismo siempre es hipócrita porque la oración verdadera se enfoca en Dios.

El término hipócrita se refería originalmente a actores griegos que usaban máscaras que representaban de manera exagerada los papeles que estaban dramatizando. De manera que los hipócritas eran actores, personas que jugaban un papel. Lo único que uno sabe con certeza acerca de ellos es la falsa imagen que disfrazaba sus creencias y sentimientos verdaderos.

El público falso: Los hombres

Los escribas y los fariseos hipócritas oraban por la misma razón que hacían todo lo demás: Llamar la atención y buscar que se les dé honra. Esa fue la esencia de su justicia, la cual Jesús dijo que no entraría en su reino (Mat. 5:20).

A simple vista, la condenación de Jesús a la práctica de la oración parece ser injustificada. Desde luego que no había nada de malo en estar de pie y orar en las sinagogas. Estar de pie era la posición más común para orar en la época del Nuevo Testamento, y las sinagogas eran los lugares más apropiados y lógicos para ofrecer oraciones públicas. Mientras que la oración fuese sincera, era apropiada. Aun la práctica de orar en "las esquinas" no era errónea en sí, ese en realidad era un lugar normal para orar. A la hora designada para orar, los judíos devotos se detenían dondequiera que estuviesen, aun si se encontraban caminando por la calle.

La verdadera maldad de estos adoradores hipócritas, sin embargo, no fue el sitio donde llevaban a cabo sus oraciones,

sino su deseo de exhibirse "para ser vistos por los hombres". La palabra griega que quiere decir "calle" se refiere a una que es amplia y en una esquina. Los escribas y fariseos tuvieron como propósito orar donde la muchedumbre tenía más posibilidades de reunirse. Cualquiera que fuese el lugar que les pudiera brindar exponerse a un público más numeroso, allí se encontraban estos hipócritas.

En su deseo de exaltarse a sí mismos ante sus compañeros judíos, los escribas y fariseos resultaron culpables de orgullo. Eran como el fariseo de la parábola de Jesús que "de pie, oraba consigo mismo" (Luc. 18:11). Dios no participaba en su actividad piadosa. En consecuencia, ellos ya "tenían su recompensa". Puesto que sólo estaban preocupados por la recompensa que los hombres pudieran darles, eso fue todo lo que ellos recibieron.

Es imperativo que tomemos muy en serio la advertencia de Jesús en Mateo 6:5. Desarrollar intimidad con cualquier persona requiere franqueza y sinceridad, y eso desde luego, se aplica a nuestra relación con Dios. Si alguna vez quiere experimentar poder y pasión en su comunicación con el Señor, usted debe empezar asegurándose de que sus intenciones sean como las del publicano en Lucas 18:13, 14, quien se acercó a Dios con una actitud humilde y penitente.

El verdadero público: Dios

En contraste con la práctica hipócrita del día, Jesús mandó a sus seguidores: "...cuando ores, entra en tu habitación, cierra la puerta y ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en secreto te recompensará" (Mat. 6:6). Fíjese que el Señor no recomienda el momento ni la ocasión para orar. Todo lo que dice es: "cuando ores", dándonos así flexibilidad para orar en todo tiempo.

Para hacer el mayor contraste posible entre el modelo de Dios para orar y el que practicaban los escribas y fariseos, Jesús dice que cuando ores, "entra en tu habitación". Eso se puede referir a cualquier habitación pequeña o la recámara, incluso un depósito para guardar cosas. Esas habitaciones a menudo eran secretas y se usaban para guardar y proteger artículos valiosos. Pero el lugar para orar no fue lo que Jesús quiso enfatizar aquí,

sino la actitud. Si al verdadero adorador le parecía necesario, buscaría el lugar privado más aislado disponible para evitar la tentación de exhibirse. Cuando llegara a dicho sitio, debía "cerrar la puerta" para evitar toda distracción y para que pudiera concentrarse en Dios y dirigirse a él y sólo a él.

Nunca olvidaré un día cuando mi hijo mayor, Mateo, tenía sólo cinco años de edad. Yo estaba caminando por el pasillo de nuestra casa cuando oí su voz salir de nuestra habitación. No podía distinguir lo que estaba diciendo, así que me puse justo afuera del cuarto. No había nadie en la habitación con él. Estaba echado en nuestra cama orando. Tenía algo en su corazón que quería decirle a Dios, así que se fue a una habitación a solas y oró. No le importaba que nadie lo pudiera ver porque no estaba hablando con un público, estaba hablando sinceramente con Dios.

La mayor parte de nuestra costumbre de orar debería llevarse a cabo literalmente en secreto. Jesús con regularidad dejaba a sus discípulos para poder encontrar un lugar y así estar a solas en oración. Nuestra familia y amigos pueden a veces darse cuenta de que estamos orando, pero lo que decimos es para Dios, no para ellos. Por supuesto, hay ocasiones cuando la oración pública también edifica a aquellos que la escuchan porque representa sus sentimientos y necesidades. Pero aun esas oraciones transmiten cierta intimidad porque Dios es el centro de las peticiones. Cuando el corazón de una persona está bien y se concentra en Dios, la oración pública hará que de manera profunda guarde silencio en la presencia de Dios, convirtiéndola igual en intención a una oración ofrecida en el lugar más privado posible.

Cuando oramos con la actitud correcta, "[Nuestro] Padre que ve en secreto [nos] recompensará" (v. 6). El secreto más importante que ve no son las palabras que decimos en la privacidad de nuestra habitación, sino los pensamientos que tenemos en la privacidad de nuestro corazón. Esos son los secretos que más le preocupan. Y cuando ve que él es el centro verdadero de nuestras oraciones, recibiremos la recompensa que sólo él nos puede dar. Jesús no nos dice cuál será esa recompensa, pero sabemos que Dios es fiel e infaliblemente bendecirá a aquellos que vienen a él con sinceridad y humildad.

ORACIÓN VACÍA

Las oraciones hipócritas de los escribas y fariseos se ofrecían no sólo con un mal espíritu, sino también con palabras carentes de sentido. No tenían sustancia, ni contenido significativo. Para ser aceptable a Dios, las oraciones deben ser expresiones genuinas de adoración y de solicitudes y pedidos sinceros.

Contenido falso: Repetición vana

La práctica del uso de repeticiones carecientes de sentido fue común en muchas religiones paganas de la época de Jesús, tal como lo es en muchas religiones en la actualidad. Por consiguiente, su advertencia fue clara: "Y al orar, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que serán oídos por su palabrería" (Mat. 6:7). La frase "usar vanas repeticiones" es la traducción del texto original de una palabra que se refiere a la conversación ociosa y desconsiderada.

Los judíos adquirieron esta práctica de los gentiles, quienes creían que el valor de la oración era mayormente una cuestión de cantidad, suponiendo que "serían oídos por su palabrería". Ellos creían que sus deidades primero tenían que ser estimuladas, luego engatusadas, intimidadas y, finalmente, importunadas hasta que escucharan y respondieran.

La oración fue para los gentiles simplemente una cuestión relacionada con la ceremonia religiosa, y se convirtió en lo mismo para los judíos. Puesto que no se requiere esfuerzo en estos tipos de oraciones, aquellos que seguían esta práctica podían ser totalmente indiferentes al contenido de la oración. Pero lo que es peor, ellos eran indiferentes a la comunión verdadera con Dios.

Cada uno de nosotros haría bien en oír la advertencia del Señor aquí. Todos hemos sido culpables de repetir la misma oración comida tras comida, reunión tras reunión, pensando poco o nada en Dios o lo que estamos diciendo. La oración que se hace sin pensar y en forma distanciada es ofensiva a Dios y debería ser ofensiva para nosotros también.

Permítame añadir una calificación, no obstante. Jesús no está prohibiendo la repetición de peticiones genuinas. En el primer capítulo vimos esos versículos que declaran el valor de la ora-

ción persistente. La repetición honesta y propiamente motivada de necesidades o alabanzas no está mal. Pero la recitación indiferente y mecánica de frases y palabras que suenan espirituales o de fórmulas mágicas sí lo es.

El verdadero contenido: Peticiones sinceras

En contraste con aquellos que usan vanas repeticiones, Jesús dice: "No os hagáis semejantes a ellos, porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad antes que vosotros le pidáis" (Mat. 6:8). El propósito de Dios para la oración no es que nosotros le informemos o lo persuadamos para que conteste nuestras necesidades, sino abrir líneas de comunicación sincera y continua. La oración más que todo es compartir las necesidades, cargas y deseos profundos de nuestro corazón con un Dios que se interesa por esto. Él quiere escucharnos y tener comunión con nosotros más de lo que podríamos querer hacerlo con él, porque su amor por nosotros es mucho más grande que nuestro amor por él.

¿Cómo debería responder a estas palabras importantes de nuestro Señor? Si alguna vez quiere conocer el poder y la pasión en su práctica de orar, necesitará orar con un corazón devoto, con un motivo puro buscando sólo la gloria de Dios. También necesitará orar con un corazón humilde buscando sólo la atención de Dios, no la de los hombres. Finalmente, necesitará orar con un corazón confiado sabiendo muy bien que Dios ya sabe lo que usted necesita. Si usted se dirige a Dios de esta manera, él lo recompensará de maneras que nunca se podría imaginar, y aprenderá el valor de estar a solas con Dios.

SEGUNDA PARTE



EL MODELO DE LA ORACIÓN

3

"PADRE NUESTRO"



El pastor y autor del siglo XIX, E. M. Bounds, quien es muy conocido por sus escrituras sobre el tema de la oración, fue el que mejor lo dijo: "La oración honra a Dios; y deshonra a uno mismo"[1]. Los escribas y los fariseos nunca comprendieron esta verdad, y me temo que así es también con la mayor parte de la iglesia hoy en día.

Las olas de nuestra sociedad indulgente, egoísta y materialista, incluyendo el evangelio de la prosperidad, han arrastrado hasta la orilla la teología cristiana de muchas formas. Aunque la Biblia enseña que Dios es soberano y el hombre es su siervo, el evangelio de la prosperidad implica lo contrario. La enseñanza que dice que podemos demandar cosas de Dios es justificación espiritual para la indulgencia propia. Pervierte la oración y usa el nombre del Señor en vano. No es bíblico, es impío y no está dirigido por el Espíritu Santo.

La oración comienza y termina no con las necesidades del hombre sino con la gloria de Dios (Juan 14:13). Debe ocuparse principalmente de quién es Dios, lo que quiere y cómo puede ser glorificado. Aquellos que enseñan otra cosa no se preocupan de extender el reino de Cristo o la gloria del nombre de Dios, sino con el engrandecimiento de su propio imperio y el cumplimiento de sus propios deseos egoístas. Tal enseñanza ataca el corazón de la verdad cristiana, el propio carácter de Dios.

Creer que Dios es realmente como el genio de una lámpara, esperando concedernos cada deseo, va en contra de la clara enseñanza de las Escrituras. Muchos santos del Antiguo Testamento por cierto tuvieron causa justa para rogarle a Dios que los sacase de circunstancias desgarradoras, no obstante ellos buscaron cómo glorificar a Dios y seguir siempre su voluntad.

Recordando lo que sucedió mientras estuvo dentro de un gran pez, Jonás dijo: "Cuando mi alma desfallecía dentro de mí, me acordé del SEÑOR; y mi oración llegó hasta ti, a tu santo templo... Pero yo te ofreceré sacrificio con voz de alabanza. Lo que prometí haciendo votos, lo cumpliré. ¡La salvación pertenece al SEÑOR!" (Jon. 2:7, 9). Cuando Jonás aparentemente tuvo un muy buen motivo para exigirle a Dios que lo sacase del pez, él simplemente alabó el carácter de Dios.

Daniel estuvo a menudo en situaciones peligrosas debido a su papel dentro de la sociedad pagana de Babilonia. En su preocupación por el cautiverio de Judá, oró: "¡Oh Señor, Dios grande y temible, que guarda el pacto y la misericordia para con los que le aman y guardan sus mandamientos: Hemos pecado..." (Dan. 9:4, 5). Él empezó su oración afirmando la naturaleza y carácter de Dios.

El profeta Jeremías vivió la mayor parte de su vida en frustración y confusión, llorando desde el principio con un corazón roto por su pueblo. Aunque fácilmente pudo haberse desesperado por su ministerio, nunca se ensimismó con sus propias circunstancias dolorosas. En cambio, oró y alabó la gloria, nombre y obras de Dios (Jer. 32:17-23).

Aquellos santos del Antiguo Testamento sabían que debían reconocer a Dios en su lugar legítimo y conformar sus voluntades a la de él. Y eso fue exactamente lo que enseñó Jesús a los

discípulos cuando dijo: "Vosotros, pues, orad así" (Mat. 6:9). En menos de 70 palabras encontramos una obra maestra de la mente infinita de Dios, el único que podía comprimir cada elemento concebible de la verdadera oración en una forma breve y sencilla, una forma que incluso un niño pequeño puede entender pero que también, paradójicamente, el creyente más maduro no puede comprender totalmente:

> Padre nuestro que estás en los cielos:
> Santificado sea tu nombre,
> venga tu reino, sea hecha tu voluntad,
> como en el cielo
> así también en la tierra.
> El pan nuestro de cada día,
> dánoslo hoy.
> Perdónanos nuestras deudas,
> como también nosotros perdonamos
> a nuestros deudores.
> Y no nos metas en tentación,
> mas líbranos del mal.
> [Porque tuyo es el reino, el poder y la gloria
> por todos los siglos. Amén]. (vv. 9-13)

Jesús presentó esta oración como un fuerte contraste a las oraciones inferiores e inaceptables y comunes a los líderes religiosos de su época; lo que hemos considerado en el último capítulo. Después de advertir a los discípulos de la perversión que tanto había corrompido la costumbre judía de la oración, nuestro Señor ahora da un modelo divino para que todos los creyentes puedan orar de una manera que sea agradable a Dios.

EL MODELO DE ORACIÓN DE JESÚS

Esta oración, que a menudo se le llama el "Padrenuestro" cuando en realidad podría ser más exacto llamarla la "Oración de los discípulos", no es un conjunto de palabras que repetir. Cuando Cristo dijo: "Vosotros, pues, orad así", no quiso decir orar con estas palabras exactas. Su intención fue ofrecerles un modelo para la estructura de sus oraciones, especialmente luego de que

ya les había advertido de los peligros de la vana repetición. Eso no significa que no deba ser recitada, como lo hacemos con tantos pasajes de las Escrituras. Memorizarla en realidad es útil para que pueda meditar en sus verdades a medida que formula sus propias ideas. La oración es principalmente un modelo que podemos usar para dar dirección a nuestra propia alabanza, adoración y peticiones. No es un sustituto a nuestras propias oraciones sino una guía para las mismas.

El beneficio inicial de esta oración es la manera en que exhibe la relación del creyente con Dios. "Padre nuestro" muestra la relación padre/hijo; "santificado sea tu nombre", la de la deidad con el adorador; "venga tu reino", la del soberano con el sujeto; "sea hecha tu voluntad", la del amo con el sirviente; "el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy", la del benefactor con el beneficiario; "perdónanos nuestras deudas", la del Salvador con el pecador; y "no nos metas en tentación", la del guía con el peregrino.

Esta oración también define la actitud y el espíritu que deberíamos tener. "Padre", refleja devoción familiar; "Nuestro" refleja desinterés; "santificado sea tu nombre", reverencia; "venga tu reino", lealtad; "sea hecha tu voluntad", sumisión; "el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy", dependencia; "perdónanos nuestras deudas", penitencia; "no nos metas en tentación", humildad; "tuyo es el reino", triunfo; "y la gloria", júbilo; y "por todos los siglos", esperanza.

De manera similar, la oración se puede esbozar para enfatizar el balance entre la gloria de Dios y nuestra necesidad. También puede mostrar el triple propósito de la oración: Santificar el nombre de Dios, guiar a la entrada de su reino y hacer su voluntad. Detalla nuestra provisión actual (pan diario), perdón pasado (perdón de pecados) y protección futura (seguridad contra la tentación).

No importa lo perfecto que sea este modelo, debemos recordar la advertencia anterior del Señor acerca de nuestra actitud en la oración. Si no están bien nuestros corazones, aun la Oración de los discípulos puede ser usada equivocadamente. Entonces, ¿cómo puede asegurarse de que su corazón tenga la actitud correcta? Simplemente asegúrese de enfocarse en Dios.

Por eso esta oración es un modelo muy útil. Cada frase y petición se enfoca en Dios, en su persona, sus atributos y sus obras. Usted evita que sus oraciones sean hipócritas o mecánicas cuando se enfoca en Dios, no en usted mismo.

La oración genuina viene de gente humilde que expresa absoluta dependencia de Dios. Eso es lo que nuestro Señor quiere en nuestras oraciones. Cuanto más pensamientos verdaderos tengamos de Dios, más trataremos de glorificarlo en nuestras oraciones. El comentarista John Stott dijo: "Cuando venimos a Dios en oración, no lo hacemos hipócritamente como actores buscando el aplauso del público, ni mecánicamente como balbuceantes paganos, que no piensan en lo que dicen; sino de manera considerada, humilde y confiada, como lo hacen los hijos pequeños con su Padre"[2].

Dios es nuestro padre

"Padre" es probablemente el término más común que usamos en la oración, y con justa razón, puesto que ese es el modelo que estableció Jesús. La oración siempre debe empezar con el reconocimiento de que Dios es nuestro Padre, aquel que nos dio vida y nos ama, nos cuida, nos sustenta y nos protege.

El hecho de que Dios es *nuestro* Padre significa que sólo los creyentes en Cristo son los hijos en su familia. Hay que reconocer lo que Malaquías escribió: "¿Acaso no tenemos todos un mismo Padre? ¿No nos ha creado el único Dios?" (Mal. 2:10) y Pablo les dijo a los filósofos griegos en Atenas: "Como también han dicho algunos de vuestros poetas: 'Porque también somos linaje de él'" (Hech. 17:28). Pero las Escrituras dicen muy claramente que Dios es el padre de los no creyentes sólo como creador.

Hablando espiritualmente, los no creyentes tienen otro padre. En su condenación más severa de los líderes judíos que se le opusieron, Jesús dijo: "Vosotros sois de vuestro padre el diablo" (Juan 8:44). Primera de Juan 3 caracteriza claramente a dos familias: los hijos de Dios y los hijos del diablo. Los primeros no continúan cometiendo pecado; los últimos sí. El apóstol Pablo hizo una clara *distinción entre* los hijos de luz y los hijos de las tinieblas (Efe. 5:8).

Sencillamente no hay sólo una familia espiritual de la humanidad bajo una paternidad universal de Dios. Segunda de Pedro 1:4 dice que sólo aquellos que creen han sido hechos "participantes de la naturaleza divina". Sólo a aquellos que lo reciben, "a los que creen en su nombre", Jesús les da "derecho de ser hechos hijos de Dios" (Juan 1:12). De modo que podemos ir a Dios como sus hijos amados.

LA PERSPECTIVA JUDÍA DE DIOS

En tanto que "Padre nuestro" declara una intimidad maravillosa entre Dios y sus hijos, la mayor parte del mundo en la época de Jesús adoraba a dioses que se caracterizaban por ser distantes y aterradores. Eso, en última instancia, se convirtió en la perspectiva judía de Dios. Debido a su continua desobediencia a Dios a lo largo de los siglos, incluyendo el tolerar a dioses paganos, los judíos cortaron cualquier relación verdadera que tenían con Dios como su Padre. Para ellos él se había convertido en poco más que una reliquia del pasado, un ser remoto que en un tiempo llamó y guió a sus antepasados.

Pero aquellos judíos fieles, tanto en la época de nuestro Señor como anteriormente, conocían a Dios como su Padre. Isaías lo vio de esta manera. Para tratar con la pecaminosidad de la nación, oró:

> He aquí, tú te airaste cuando pecamos. En esta situación hemos permanecido desde hace mucho tiempo, ¿y seremos salvos? Todos nosotros somos como cosa impura, y todas nuestras obras justas son como trapo de inmundicia. Todos nosotros nos hemos marchitado como hojas, y nuestras iniquidades nos han llevado como el viento. No hay quien invoque tu nombre ni se despierte para asirse de ti. Ciertamente escondiste tu rostro de nosotros y nos has entregado al poder de nuestras iniquidades. Pero ahora, oh SEÑOR, tú eres nuestro Padre (Isa. 64:5-8).

Isaías les recordó de la realidad consoladora de que Dios era su Padre, y que los iba a cuidar.

Los judíos en el Antiguo Testamento percibieron cinco elementos básicos que abarcaban la paternidad de Dios.

Como Padre de la nación

Primero de Crónicas 29:10 da a Dios el título: "SEÑOR Dios de Israel, nuestro Padre", el cual se refiere a él como Padre de la nación.

Como un padre que está cerca

Un padre es más cercano que un tío, un primo, un amigo o un vecino. Salmo 68, aunque usa lenguaje dramático para referirse a la grandiosidad del poder de Dios, simplemente dice que Dios es "Padre de los huérfanos" (v. 5).

Como un padre compasivo

Un padre es comprensivo, de buen corazón, misericordioso y compasivo con sus hijos, lo cual es muy cierto en cuanto a Dios: "Como el padre se compadece de los hijos, así se compadece el SEÑOR de los que le temen" (Sal. 103:13).

Como un padre guiador

Un padre guía a sus hijos y les brinda sabiduría e instrucción. Eso también fue cierto acerca de la relación de Dios con Israel. Él les dijo: "Vendrán con llanto, pero con consuelo los guiaré y los conduciré junto a los arroyos de aguas, por un camino parejo en el cual no tropezarán. Porque yo soy un Padre para Israel" (Jer. 31:9).

Como un padre que requiere obediencia

Debido a que Dios era su Padre, se le requirió al pueblo que lo obedeciera. Deuteronomio 32:6 reitera eso: "¿Así pagáis al SEÑOR, pueblo necio e insensato? ¿Acaso no es él tu Padre, tu Creador, quien te hizo y te estableció?".

La perspectiva bíblica de Dios

Cuando llegó Jesús, volvió a presentar al pueblo judío a Dios como Padre amoroso y caritativo para con aquellos que lo co-

nocen, aman y obedecen. En el Sermón del monte, les enseñó que el Padre se encarga de las necesidades de sus hijos:

> Pedid, y se os dará. Buscad y hallaréis. Llamad, y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe, el que busca halla, y al que llama se le abrirá. ¿Qué hombre hay entre vosotros que, al hijo que le pide pan, le dará una piedra? ¿O al que le pide pescado, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que le piden? (Mat. 7:7-11).

Jesús les reafirmó lo que sus Escrituras enseñaban y lo que fieles y devotos judíos siempre habían creído: Dios es el Padre en el cielo para aquellos que confían en él.

En todas las oraciones, Jesús usó el título *Padre*, excepto cuando estuvo en la cruz llevando el pecado del mundo y fue desamparado por Dios (Mat. 27:46). Aunque el texto de Mateo 6:9 usa la palabra griega *Pater*, Jesús es muy probable que usara la palabra aramea *Abba* puesto que ese era el idioma que él y la mayoría de los judíos palestinos hablaban comúnmente. Ya que *Abba* equivale a nuestra expresión "Papito", Jesús la habría usado para enfatizar la relación personal e íntima que Dios tiene con sus hijos.

Poder acercarse a Dios en oración como nuestro Padre celestial implica varias cosas:

Disipa el temor

Los misioneros informan que, debido a que tantas personas viven temiendo a sus dioses, uno de los regalos más grandes que el cristianismo brinda a las sociedades primitivas es la certeza de que Dios es un Padre amoroso y cariñoso. Los dioses falsos inventados por las falsas religiones se caracterizan típicamente por ser vengativos y celosos, y sus adoradores deben tomar medidas desesperadas para apaciguarlos. Pero saber que el Dios verdadero es nuestro Padre disipa todo ese temor.

Infunde esperanza

En medio de un mundo hostil que se desmorona, Dios es nuestro Padre, y él se encargará de nuestro futuro. Si un padre terrenal no escatima esfuerzos para ayudar y proteger a sus hijos, ¿cuánto más nos amará, protegerá y ayudará nuestro Padre celestial? (Mat. 7:11).

Elimina la soledad

Aun si fuésemos rechazados y abandonados por la familia, amigos o incluso otros creyentes, sabemos que nuestro Padre celestial nunca nos dejará (Heb. 13:5). Todo lo que el creyente necesita para eliminar la soledad es la presencia de Dios.

Paul Tournier, un médico cristiano, escribió en su libro *A Doctor's Casebook in the Light of the Bible* (El libro de casos de un doctor a la luz de la Biblia):

> Una de mis pacientes, la hija menor de una numerosa familia a cuyo padre se le hacía difícil mantenerla. Un día escuchó a su padre murmurar desesperadamente refiriéndose a ella: "Esa realmente no nos hacía falta". Eso es exactamente lo que Dios nunca dice. Él es un Padre amoroso para todos y cada uno de sus hijos[3].

Vence al egoísmo

Ni un solo pronombre en singular se usa en el modelo de oración de Jesús; comienza con "Padre nuestro" porque somos hijos al igual que el resto de la casa de Dios. Nuestras oraciones deben acoger a toda la comunidad de fieles. Recuerde que Efesios 6:18 dice que debemos orar "por todos los santos". Debemos orar pidiéndole a Dios lo que es mejor para todos, no sólo para el que ora.

Provee recursos

Dios es "Padre nuestro que [está] en los cielos. Todos los recursos del cielo están a nuestra disposición cuando confiamos en Dios como nuestro Abastecedor celestial. Él "nos ha bendecido en Cristo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales" (Efe. 1:3). El comentarista Arthur W. Pink escribe:

> Si Dios está en el cielo entonces la oración necesita ser algo del corazón y no de los labios, puesto que no hay voz física en la tierra que pueda rasgar los cielos, pero los suspiros y gemidos llegarán a oídos de Dios. Si vamos a orar a Dios que está en el cielo, entonces nuestra alma debe estar separada de toda la tierra. Si oramos a Dios que está en el cielo, entonces la fe debe llevar volando nuestras peticiones[4].

Cualquier cosa que usted busque: paz, comunión, conocimiento, victoria o valentía, Dios tiene una provisión abundante en los cielos. Sólo necesitamos pedírselo a nuestro Padre.

Exige obediencia

Si Jesús, como el verdadero Hijo de Dios, descendió del cielo no para hacer su voluntad sino la de su Padre (Juan 6:38), ¿cuánto más nosotros, como hijos adoptivos, debemos hacer sólo su voluntad? La obediencia a Dios es una de las marcas supremas de nuestra relación con él como hijos.

Sin embargo, en su gracia, Dios ama y cuida a sus hijos aun cuando estos sean desobedientes. La historia que contó Jesús en Lucas 15 sería mejor titulada la Parábola del padre amoroso en lugar del Hijo pródigo. El padre en la historia representa a nuestro Padre celestial, que puede perdonar y regocijarse tanto de un hijo que se cree justo, mantiene su conducta moral y es recto, como de un hijo rebelde que se degenera, extravía, pero que luego regresa a casa.

Cuando usted empieza sus oraciones diciendo: "Padre nuestro que estás en los cielos", usted indica sus ansias de ir a él como un hijo, sabiendo que él lo ama. Y descubrirá que él está ansioso de prestar atención y brindar su poder y su bendición eterna a las peticiones de sus hijos si es lo mejor para ellos, y revela aún más su propósito y gloria.

4

"SANTIFICADO SEA TU NOMBRE"



A través de los siglos no ha habido nombres que han soportado más abuso que los que le pertenecen a nuestro Padre celestial y a su Hijo, Jesucristo. Usados en un epíteto o una maldición, en una conversación casual o formal, en discusiones seculares o teológicas, sus nombres se tratan a menudo con falta de respeto más que con respeto o exaltación. Martyn Lloyd-Jones ofrece esta perspectiva perspicaz sobre la manera en que usamos el nombre de Dios:

> ¡Qué ideas y nociones tan indignas tiene este mundo acerca de Dios! Si usted pone a prueba sus ideas acerca de Dios a la luz de las Escrituras se dará cuenta rápidamente de lo que quiero decir. Carecemos hasta de un sentido adecuado de la grandeza, el poder y la majestuosidad de Dios. Escuche a los hombres discutir acerca de

> Dios, y notará la manera tan superficial en que usan el término... En verdad es casi alarmante observar cómo todos tendemos a usar el nombre de Dios. Obviamente no nos damos cuenta de que estamos hablando del Dios bendito, eterno, absoluto y todopoderoso. En cierto sentido, deberíamos quitarnos el calzado cuando usamos su nombre[1].

Aunque podemos sentirnos incómodos y expresar nuestro disgusto cuando escuchamos a alguien usar el nombre de Dios en vano, nos caería bien examinar la actitud de nuestros propios corazones. La indiferencia y falta de respeto que merece su nombre por parte de aquellos que lo aman puede ser tan atroz como el pecado.

Desgraciadamente es este último problema el que a menudo abunda en el cristianismo. Cuando los creyentes tienen un bajo concepto de Dios, todo se concentra en satisfacer necesidades dentro del cuerpo de Cristo. Cuando la iglesia adopta esa perspectiva, a menudo ofrece a la gente nada más que placebos espirituales. Se centra en psicología, autoestima, entretenimiento y miles de otras distracciones para tratar de satisfacer necesidades sentidas y reales.

Es esencial, no obstante, que la iglesia y cada creyente que forma parte de ella entiendan que existen para traer gloria a Dios. Cuando usted conoce y glorifica a Dios, las necesidades de su vida serán satisfechas: "El comienzo de la sabiduría es el temor del SEÑOR" (Prov. 9:10). Pero muchos creyentes no veneran a Dios, sus propias acciones demuestran su irreverencia. En lugar de temblar ante la Palabra de Dios, retuercen sus verdades o las suplantan con filosofías del mundo.

Los cristianos en realidad necesitan ser confrontados por su verdadera necesidad, un entendimiento de la santidad de Dios y de su propia pecaminosidad, para que puedan ser útiles para su gloria. Cuando tenemos una relación correcta con Dios, cada aspecto de nuestra vida encajará en el lugar que se le ha ordenado divinamente. Esto no significa que debamos ignorar los problemas de la gente; debemos interesarnos por ellos así como lo hace Dios. Pero debe haber un equilibrio, y comienza con un

alto concepto de Dios. Debemos tomar en serio a Dios y respetarlo completamente.

Teniendo en cuenta esto, usted puede entender por qué la oración es ante todo, un reconocimiento de la gloria majestuosa de Dios y nuestro sometimiento a ello. Todas nuestras peticiones, todas nuestras necesidades y todos nuestros problemas se sujetan a él. Dios debe tener la prioridad en todo aspecto de nuestra vida, y por supuesto, en los momentos de comunión más profunda con él. La oración no debe ser una rutina casual que rinde un homenaje pasajero a Dios; debe ser una experiencia profunda que abre grandes dimensiones de reverencia, admiración, apreciación, honra y adoración.

LA IMPORTANCIA DEL NOMBRE DE DIOS

Qué apropiado que es, entonces, el hecho de que la primera petición del modelo de oración de nuestro Señor se enfoque en Dios: "Santificado sea tu nombre" (Mat. 6:9). El comentarista Arthur W. Pink dice: "Con qué claridad se presenta el deber fundamental de la oración. El ego y todas sus necesidades deben ocupar un segundo lugar, y el Señor confiere libremente la preeminencia en nuestros pensamientos y súplicas. Esta petición debe tener precedencia, puesto que la gloria del gran nombre de Dios es el destino final de todas las cosas"[2]. Aunque él es nuestro Padre amoroso, que desea satisfacer nuestras necesidades por medio de sus recursos celestiales, nuestra primera petición no debe ser para nuestro beneficio, sino para el de él. Por lo tanto "Santificado sea tu nombre" es una advertencia en contra de la oración que busca su propio interés porque abarca completamente la naturaleza de Dios y la respuesta del hombre a ella. Jesús no estaba recitando palabras simpáticas acerca de Dios. En cambio, él abrió toda una dimensión de respeto, reverencia, gloria y adoración hacia Dios.

El nombre hebreo más conocido de Dios es *Yahweh*, y aparece primero en Éxodo 3:14, donde Dios dijo: "YO SOY EL QUE SOY". El otro nombre conocido de Dios es *Adonai*, que significa "Señor Dios". Puesto que los judíos consideraban que el nombre de Dios era sagrado, ellos en realidad no pronuncia-

ban *Yahweh*. Los judíos tomaron las consonantes de *Yahweh* y las vocales de *Adonai* para formar *Jehovah*. A pesar de que se esforzaron mucho por honrar la santidad del nombre de Dios, le dieron poca importancia a deshonrar su persona o desobedecer su Palabra, convirtiendo así su esfuerzo en una burla.

Al enfocar nuestros pensamientos en el nombre de Dios, nuestro Señor nos está enseñando que su nombre significa mucho más que sus títulos; representa todo lo que es: su carácter, plan y voluntad. Por supuesto que los judíos debieron haber entendido esto, ya que en la época del Antiguo Testamento, los nombres representaban más que los títulos.

UNA REFERENCIA DEL CARÁCTER

En las Escrituras, el nombre de una persona representaba su carácter. Aunque Dios caracterizó a David como "un hombre según su corazón" (1 Sam. 13:14), este también desarrolló una buena reputación entre la gente: "Los jefes de los filisteos continuaron saliendo a la guerra. Y sucedía que cada vez que lo hacían, David tenía más éxito que todos los servidores de Saúl, por lo que su nombre se hizo muy apreciado" (1 Sam. 18:30). El hecho de que su nombre se hizo muy apreciado significó que él se hizo muy apreciado. Cuando decimos que alguien tiene buen nombre, queremos decir que algo tiene su carácter que es digno de nuestro elogio.

Cuando Moisés subió al monte Sinaí para recibir los Diez Mandamientos por segunda vez, él "invocó el nombre del SEÑOR. El SEÑOR pasó frente a Moisés y proclamó: ¡SEÑOR, SEÑOR, Dios compasivo y clemente, lento para la ira y grande en misericordia y verdad, que conserva su misericordia por mil generaciones, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado!" (Éxo. 34:5-7). El nombre de Dios es el conjunto de todas las características mencionadas en los versículos 6 y 7.

Amamos y confiamos en Dios no en base a sus nombres o títulos, sino en esa realidad que se encuentra detrás de esos nombres: Su carácter. David dijo: "En ti confiarán los que conocen tu nombre; pues tú, oh SEÑOR, no abandonaste a los

que te buscaron" (Sal. 9:10). El nombre de Dios es apreciado en base a su fidelidad.

En la forma típica de la poesía hebrea, la justicia de Dios y su nombre a menudo se representan como paralelo, mostrando así su equivalencia. De este modo declaró David: "yo alabaré al SEÑOR por su justicia, y cantaré al nombre del SEÑOR el Altísimo" (Sal. 7:17). Cuando el salmista dijo: "Estos confían en carros, y aquellos en caballos; pero nosotros confiamos en el nombre del SEÑOR nuestro Dios" (Sal. 20:7), él tenía en su mente algo mucho más que el título de Dios; él se estaba refiriendo a la plenitud de la persona de Dios.

Cuando Cristo vino al mundo, los seres humanos, especialmente los discípulos, tuvieron la oportunidad de ver el carácter de Dios en persona. En su oración de sumo sacerdote, Jesús le dijo al Padre: "He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste" (Juan 17:6). Él no necesitó decirles acerca del nombre de Dios, pero sí necesitó revelarles el carácter de Dios. Juan 1:14 dice cómo se logró eso: "Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y contemplamos su gloria, como la gloria del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad". Cristo manifestó a Dios a los discípulos a través de su propia vida justa. Por eso le dijo a Felipe: "El que me ha visto, ha visto al Padre" (Juan 14:9).

Para aplicar el concepto de santificar el nombre de Dios en sus oraciones, aquí tiene una muestra que podría utilizar: "Padre nuestro, que nos amas y cuidas de nosotros, y que tienes en el cielo provisiones para satisfacer todas nuestras necesidades; que tu persona, tu identidad, tu carácter, tu naturaleza, tus atributos, tu reputación, tu propio ser sean santificados". Santificar el nombre de Dios no es una frase superficial introducida en un rito de oración; es su oportunidad para glorificarlo reconociendo la grandeza y maravilla de su carácter.

TODO SE ENCUENTRA EN EL NOMBRE

Cada uno de los muchos nombres y títulos de Dios en el Antiguo Testamento muestra una faceta diferente de su carácter y cómo este se expresa en su voluntad. Se le llama, por ejemplo,

Elohim, "el Dios Creador"; *El Elyon*, "poseedor del cielo y la tierra"; *Jehovah-Jireh*, "el Señor proveerá"; *Jehovah-Nissi*, "el Señor es nuestra bandera"; *Jehovah-Rapha*, "el Señor que sana"; *Jehovah-Shalom*, "el Señor es nuestra paz"; *Jehovah-Raah*, "el Señor es nuestro pastor"; *Jehovah-Tsidkenu*, "el Señor es nuestra justicia"; *Jehovah-Sabaoth*, "el Señor de los ejércitos"; *Jehovah-Shama*, "el Señor está presente y cerca"; y *Jehovah-Maqodeshkim*, que significa "el Señor te santifica". Todos estos nombres hacen referencia a los atributos de Dios. Por lo tanto, no sólo nos dicen quién es él, sino también cómo es él.

Jesús mismo provee la enseñanza más clara acerca del significado del nombre de Dios: Su propio nombre, *Jesucristo*, es el nombre más grandioso de Dios, y abarca su papel como Señor, Salvador y Rey. Como Jesucristo, Dios adquirió muchos otros nombres, incluyendo: El pan de vida (Juan 6:35), agua viva (Juan 4:10), el camino, la verdad, y la vida (Juan 14:6), la resurrección (Juan 11:25), el buen pastor (Juan 10:11), el retoño (Isa. 4:2), la estrella resplandeciente de la mañana (Apoc. 22:16), el Cordero de Dios (Juan 1:29), y muchos más. Un pasaje del Antiguo Testamento en particular enlista varios nombres que se refieren a él, cada uno es una designación de su naturaleza: "Admirable Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz" (Isa. 9:6). La vida de Jesús fue la manifestación perfecta del nombre de Dios.

Santo es su nombre

Después de haber visto la importancia del nombre de Dios, ahora necesitamos poner atención al significado de la palabra "santificar". Es en realidad una palabra arcaica que se usa para traducir una forma de la palabra griega *hagiazo*, que significa "hacer santo". Palabras de la misma raíz griega se traducen "sagrado", "santo", "santificar" y "santificación".

Dios manda a su pueblo a que sea santo (1 Ped. 1:16), pero sólo Dios es en realidad santo. Orar "santificado sea tu nombre" es atribuir a Dios la santidad que ya es, y siempre ha sido suprema y únicamente suya. Santificar el nombre de Dios

es reverenciar, honrar, glorificar y obedecerlo como el Dios único y completamente perfecto. Cuando lo hacemos, recordamos la diferencia importante entre nosotros y él. Dios vive en una esfera diferente a la nuestra. Él es santo, limpio, mientras que nosotros somos pecadores. Solamente al proveernos por gracia a Jesucristo y su paga por el castigo de nuestro pecado es que podemos acercarnos a él. Estamos de acuerdo con Juan Calvino, quien dice que Dios debería tener su propia honra, de la cual es tan digno, y que nunca deberíamos pensar o hablar de él sin la veneración más grande[3].

NO DARLE LA HONRA A DIOS

A pesar de todas las tendencias oscuras que plagan la mayor parte del cristianismo, aún no hay nada más perturbador que no reconocer la verdad central acerca de Dios: él es santo. Es el único de sus atributos que se repite tres veces en el reino espiritual (Isa. 6:3). No darle a Dios la reverencia y honra que tanto se merece puede traer como resultado consecuencias devastadoras. La siguiente narración muestra lo que puede suceder cuando incluso uno de los sirvientes más grandes de Dios no lo trata con el respeto que merece su nombre:

> Toda la congregación de los hijos de Israel llegó al desierto de Zin, en el mes primero, y el pueblo acampó en Cades. Allí murió María, y allí fue sepultada. Como no había agua para la congregación, se reunieron contra Moisés y Aarón. El pueblo contendía contra Moisés diciendo: "¡Ojalá nos hubiésemos muerto cuando perecieron nuestros hermanos delante del SEÑOR! ¿Por qué has traído la congregación del SEÑOR a este desierto, para que muramos aquí nosotros y nuestro ganado? ¿Por qué nos has hecho subir de Egipto para traernos a este lugar tan malo? Este no es un lugar de sembrados, ni de higueras, ni de viñas, ni de granados. ¡Ni siquiera hay agua para beber!". Moisés y Aarón se fueron de delante de la congregación hasta la entrada del tabernáculo de reunión, y se postraron sobre sus rostros. Entonces se les apareció la gloria del SEÑOR. Y habló el SEÑOR a

> Moisés diciendo: "Toma la vara, y tú y Aarón tu hermano reunid a la congregación y hablad a la roca ante los ojos de ellos. Ella dará agua. Sacarás agua de la roca para ellos, y darás de beber a la congregación y a su ganado". Moisés tomó la vara de delante del SEÑOR, como él le había mandado. Luego Moisés y Aarón reunieron a la congregación delante de la roca, y él les dijo: "¡Escuchad, rebeldes! ¿Sacaremos para vosotros agua de esta roca?". Entonces Moisés levantó su mano y golpeó la roca con su vara dos veces. Y salió agua abundante, de modo que bebieron la congregación y su ganado. Luego el SEÑOR dijo a Moisés y a Aarón: "Por cuanto no creísteis en mí, para tratarme como santo ante los ojos de los hijos de Israel, por eso vosotros no introduciréis esta congregación en la tierra que les he dado" (Núm. 20:1-12).

Moisés deshonró a Dios ante los israelitas porque golpeó la roca, en desobediencia directa a Dios. Las acciones de Moisés lo pusieron como centro de atención del pueblo, quizás para hacerlos creer que él tenía algo que ver con el milagro. Pero al robarle la gloria a Dios y no honrarlo, se le prohibió tanto a Moisés como a Aarón entrar a la tierra prometida.

El catálogo de otros que deshonraron a Dios es numeroso. Lo que sigue sólo es una pequeña muestra:

- **Saúl** no se sometió a Dios, sino que con impaciencia y desobediencia a su estilo no siguió todas las instrucciones de Dios (1 Sam. 15:11). Así que Dios lo sacó del trono.
- **Uza** no reconoció la majestuosidad de la santidad de Dios al atreverse a desafiar las instrucciones de Dios (Núm. 4:15, 19, 20). Dios lo hirió por su atrevimiento (2 Sam. 6:7).
- **Uzías** se volvió orgulloso, actuó de manera corrupta, fue infiel al Señor, y en una afrenta a la santidad de Dios, entró al templo para quemar incienso. Dios lo hirió con lepra (2 Crón. 26:16-23).
- **Ananías y Safira** mintieron al Espíritu Santo. Al pecar contra la santidad de Dios de esta manera, per-

dieron la vida en cuestión de horas después de haber realizado su engaño (Hech. 5:1-11).
- **Los corintios** comieron el pan y bebieron de la copa de manera impía durante la Cena del Señor (1 Cor. 11:27-30). En consecuencia, muchos se enfermaron y algunos hasta murieron.

Dios no siempre trata inmediata y directamente de manera física con aquellos que no sostienen su carácter santo. Pero siempre habrá alguna consecuencia. Aquí tenemos algunas de las principales: Le da al enemigo una oportunidad para blasfemar en contra de Dios. Eso fue lo que Natán le dijo a David (2 Sam. 12:14; cf. Eze. 20:39; 1 Tim. 5:14; 6:1). Se deshonra la Palabra de Dios (Tito 2:5). El pecado puede descalificarlo de continuar sirviendo en la corte del Rey. Saúl es la ilustración clásica de ello (1 Sam. 15:23). Usted puede perder la vida o su bienestar (Hech. 5:5, 10). Dios puede retener bendiciones espirituales (Núm. 20:1-12). Se invoca la ira de Dios (Isa. 5:25). Se entristece al Espíritu de Dios (Isa. 63:10).

El temor del Señor no es una opción

El salmista preguntó retóricamente: "¿Quién residirá en tu santo monte?" (Sal. 15:1) La respuesta es sencilla: "El que anda en integridad y hace justicia, el que habla verdad en su corazón" (v. 2). No hay mayor necesidad hoy en día que los creyentes una vez más asciendan a la plataforma del temor a Dios.

A. W. Tozer lo dijo muy bien: "Ninguna religión ha sido más grande que el concepto que tiene de Dios". Esa joya tiene un corolario: Ninguna iglesia es más grande que el temor que le tenga al Dios santo. Él es santo y exige que se le reconozca de esa manera. Aunque la mayoría de creyentes saben eso intelectualmente, temo que muy pocos se dan cuenta de lo que significa en la práctica.

Evidentemente, el temor de Dios no es opcional: "En todo tiempo permanece tú en el temor del SEÑOR" (Prov. 23:17); "Temed a aquel que puede destruir tanto el alma como el cuerpo en el infierno" (Mat. 10:28); "obedeced en todo... te-

miendo a Dios" (Col. 3:22). La palabra *yare* es fundamental al libro de Proverbios y se refiere a temor y honra. Salomón la usó 18 veces.

Dios siempre ha llamado a su pueblo a tener tal perspectiva de lo impresionante de su santidad:

- El temor de Dios ocasionó que Manoa esperara la muerte instantánea porque había visto a Dios (Jue. 13:22).
- Al ver la magnitud de la santidad de Dios, Job se arrepintió y retiró todo lo que había dicho neciamente (Job 42:5, 6).
- Al estar en la presencia de la santidad de Dios, Isaías pronunció una maldición sobre sí mismo, "¡Ay de mí, pues soy muerto!" (Isa. 6:5).
- Habacuc se estremeció al oír la voz del santo Dios (Hab. 3:16).
- El remanente restaurado temió al Señor cuando escuchó hablar su santa palabra pronunciada por el profeta Hageo (Hag. 1:12).
- Durante el ministerio terrenal de nuestro Señor, los discípulos a menudo estuvieron cara a cara con su poder y santidad. En una ocasión cuando estuvieron cruzando el mar de Galilea, surgió una tempestad. Aunque tuvieron miedo de la tempestad, se atemorizaron grandemente (literalmente "temieron con gran temor") cuando Jesús calmó la tempestad (Mar. 4:41). Tuvieron mucho más temor de la presencia y poder de Dios que de la mortal tormenta. Mancillado por el pecado de la incredulidad, Pedro imploró a su impecable Señor que se apartara de él (Luc. 5:8). Juan, Jacobo, y Pedro postraron sus rostros y estuvieron sumamente aterrados cuando escucharon la voz de Dios (Mat. 17:6).
- La gente de una comunidad incrédula imploró a Cristo que saliera de sus territorios porque temían su santo poder (Mar. 5:17).
- La iglesia de Jerusalén estaba profundamente atemorizada por la santidad de Dios (Hech. 2:43; 5:5, 11), y por toda Judea, Galilea, y Samaria, las iglesias continuaban en el temor del Señor (Hech. 9:31).

- Al contemplar la magnificencia de Cristo glorificado, Juan cayó atemorizado como muerto a sus pies (Apoc. 1:17).

En cada uno de estos ejemplos, la presencia de Dios produjo la "ansiedad de la santidad". Como lo dije al principio de este capítulo, es una actitud que hace mucha falta en nuestra época pragmática y orientada a los métodos. Y hace falta especialmente en nuestras oraciones. Para reavivarla debemos ir en pos de la santidad en el temor de Dios. Ese siempre ha sido el deseo de Dios para su pueblo: "Yo soy el SEÑOR vuestro Dios, vosotros os santificaréis; y seréis santos, porque yo soy santo" (Lev. 11:44). Pedro hizo eco de ese ruego: "Pero así como aquel que os ha llamado es santo, también sed santos vosotros en todo aspecto de vuestra manera de vivir, porque escrito está: 'Sed santos, porque yo soy santo'" (1 Ped. 1:15, 16; cf. Lev. 19:2). Hoy en día el reto para la iglesia de Cristo es este: "...limpiémonos de toda impureza de cuerpo y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios" (2 Cor. 7:1).

CÓMO SANTIFICAR EL NOMBRE DE DIOS

Santificar el nombre de Dios, como todas las demás manifestaciones de justicia, empieza en el corazón. El apóstol Pedro nos dice: "...santificad en vuestros corazones a Cristo como Señor" (1 Ped. 3:15). Cuando santificamos a Cristo en nuestros corazones, también lo santificaremos en nuestra vida. Veamos algunas maneras prácticas en que usted pueda hacer eso y también asegurarse de que Dios sea santificado en su hábito de orar.

RECONOZCA QUE DIOS EXISTE

Hebreos 11:6 dice: "...es necesario que el que se acerca a Dios crea que él existe". Para el que es honesto y de mente abierta, Dios es evidente en sí mismo. El filósofo Kant tenía muchas ideas extrañas acerca de Dios, pero tenía toda la razón cuando dijo: "La ley moral dentro de nosotros y los cielos llenos de estrellas que tenemos encima" nos conducen a Dios[4].

Pero eso no es suficiente, usted puede creer que Dios existe y aún no santificar su nombre.

Conozca la verdad acerca de Dios

Mucha gente dice que cree en Dios, pero no quiere santificar su nombre porque no tiene un verdadero conocimiento de quién es él. Descubrir y creer la verdad de Dios muestra reverencia hacia él; la ignorancia a propósito o creer en una doctrina equivocada muestra irreverencia.

Algunas personas creen que usar el nombre de Dios en vano es solamente hablar malas palabras o maldecir, pero no es así. Usted puede usar el nombre de Dios en vano cada vez que tiene un pensamiento acerca de Dios que no es cierto, o cuando tiene dudas de él, porque no le cree y lo cuestiona. El padre de la iglesia primitiva, Orígenes, dijo en su refutación al filósofo griego Celso que el hombre que introduce a su concepto de Dios ideas que no tienen por qué estar ahí, usa el nombre del Señor en vano (libro 1, capítulo 25).

Algunos dicen que Dios es duro y vengativo, lo acusan de ser poco amoroso, de expulsar indiscriminadamente a la gente al infierno. Aun Job cayó en ese pecado acusador cuando dijo: "Te has vuelto cruel para conmigo" (Job 30:21). No podemos reverenciar a un Dios cuyo carácter y voluntad no conocemos o no nos interesa. Aun cuando lo conocemos y reverenciamos, eso no es suficiente.

Estar consciente de su presencia

Como lo dije en el primer capítulo, si vamos a ser creyentes fieles, debemos vivir cada día de nuestra vida en un continuo estado consciente de Dios. La reflexión interrumpida no santifica el nombre de Dios. Estoy seguro de que él está en los pensamientos de muchos inmediatamente después del servicio de adoración de un domingo en la mañana, pero ¿qué tal más tarde ese día y durante toda la semana? Esos son los momentos en que debe acercarlo conscientemente a cada pensamiento, palabra y actividad diaria si realmente va a santificar el nombre

de Dios. Ese fue el enfoque de David: "Al SEÑOR he puesto siempre delante de mí" (Sal. 16:8). Pero eso aún no es suficiente para verdaderamente santificar el nombre de Dios.

Vivir en obediencia

Se santifica el nombre de nuestro Padre cuando nos comportamos conforme a su voluntad. Que los cristianos vivan en desobediencia a Dios es la cúspide en usar su nombre en vano, llamando Señor a alguien que ni siquiera está dispuesto a seguir. Jesús advirtió: "No todo el que me dice 'Señor, Señor' entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos" (Mat. 7:21).

Cuando desobedecemos a Dios, disminuimos nuestra capacidad de reverenciar su nombre y ser un vehículo para la manifestación de su santidad. Sin embargo, tendremos éxito en santificar su nombre cuando comemos, bebemos y hacemos todo lo demás para la gloria de Dios (1 Cor. 10:31). También honramos su nombre cuando atraemos a otros a él debido a nuestro compromiso. Debemos "alumbrar [nuestra] luz delante de los hombres, de modo que vean [nuestras] buenas obras y glorifiquen a [nuestro] Padre que está en los cielos" (Mat. 5:16).

Cuando usted tiene los pensamientos correctos acerca de Dios y vive rectamente, entonces santificará su nombre. Salmo 34:3 resume la enseñanza de esta frase con esta exhortación: "Engrandeced al SEÑOR conmigo; ensalcemos juntos su nombre".

La próxima vez que ore, espero que se vea entrando al recinto donde está el trono de Dios, un lugar santo, donde se le debe honrar. No tema cuando entre a ese momento de soledad con el Dios del cielo, sólo asegúrese de tratar ese tiempo con el respeto que merece su santísimo nombre.

5

"VENGA TU REINO"



En los últimos años hemos sido testigos del rápido declive de más de 150 años de una fuerte influencia bíblica en los Estados Unidos de América. Hace unos cuantos años atrás alguien sugirió que estábamos viviendo en los Estados Unidos de América la época poscristiana. Aunque en ese país se lucha para merecer el título de cristiano nominal, hoy en día es más una nación subcristiana. La gente asiste a los servicios religiosos y dice que cree en Dios, pero en el mejor de los casos se acogen a un ateísmo práctico y a una moralidad situacional. Cualquiera que sean los vestigios de la religión cristiana que aún quedan en esa cultura, se han vuelto débiles y comprometedores, si es que no son propios de alguna secta o grupo apóstata.

Esta nación ahora ratifica, por medio de los cuerpos legislativos y las cortes, una agenda específicamente anticristia-

na. Cualquier cosa particularmente cristiana ha sido prácticamente eliminada bajo el amparo de igualdad de derechos y libertad moral. Los estándares divinos y moralidad bíblica que esta nación acogió una vez, son agredidos constantemente. Ahora reina la libertad moral. El materialismo y la desintegración de la familia son una epidemia. Los abortos, perversidades sexuales, drogas y el crimen abundan desenfrenadamente. Los líderes no saben qué hacer porque no quedan estándares para proveer controles a estos problemas.

Para aquellos de nosotros que recordamos el gran avivamiento de los años 70, el libertinaje de los años 90 es entristecedor. Pero esa tristeza, si no se controla, puede conducir al resentimiento, y en particular a un resentimiento hacia aquellos que controlan el gobierno, los medios de comunicación y la sociedad que promociona una agenda anticristiana.

Lo que más me preocupa, no obstante, es la hostilidad abierta que a menudo fomenta ese resentimiento contra el liderazgo de la nación. Cuando esa actitud se junta con la perspectiva de que los cristianos deberían impactar la cultura legislando la moralidad, se desvía severamente a la iglesia de su propósito principal. Aunque cambiar a nuestra sociedad llamándola a que regrese a una moralidad más segura es una meta noble, esa nunca fue la meta de Cristo para su iglesia.

La iglesia tiene una sola misión en este mundo: Llevar a la gente destinada a pasar la eternidad en el infierno a que tengan un conocimiento salvador de Jesucristo y una eternidad en el cielo. Si la gente muere en un gobierno comunista o una democracia, bajo un tirano o un dictador benévolo, creyendo que la homosexualidad está bien o mal, o creyendo que el aborto es el derecho fundamental de elegir de una mujer o simplemente un asesinato en masa, eso no tiene nada que ver con determinar dónde pasarán la eternidad. Si nunca conocieron a Cristo y nunca lo recibieron como Señor y Salvador, pasarán la eternidad en el infierno.

"Mi reino no es de este mundo", dijo Jesús a Pilato. "Si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos" (Juan 18:36). Ningún reino humano o sociedad puede juntarse con el reino de Dios, ni

siquiera parcialmente. El hombre pecador no puede ser parte del reino divino. Por eso nunca podemos sacar adelante el reino de Dios tratando de mejorar el estado moral de nuestra sociedad. Las causas buenas y nobles pueden ser dignas de apoyo, pero no tienen impacto para ayudar a entrar al reino terrenal de Jesucristo. A lo mucho, pueden retardar la corrupción que siempre e inevitablemente caracteriza a las sociedades y reinos humanos.

Ningún reino humano durará para siempre porque dentro de sí están las semillas pecaminosas de su propia destrucción: "La justicia engrandece a la nación, pero el pecado es afrenta para los pueblos" (Prov. 14:34); "En las generaciones pasadas Dios permitió que todas las naciones anduvieran en sus propios caminos" (Hech. 14:16).

Aunque todos los reinos del mundo se levantan y caen, las puertas del Hades jamás prevalecerán contra el reino de Dios (Mat. 16:18). Puede que esté frustrado por la agenda inmoral de la nación y su animosidad hacia Dios, pero puede tener plena confianza en que aun ahora mismo Cristo está edificando su iglesia. Un día el Señor regresará para establecer su propio reino perfecto. Entonces finalmente alcanzaremos lo que tanto hemos ansiado, y lo que los discípulos de Cristo del primer siglo desearon, ver a Cristo gobernar sobre la tierra y la gente del mundo doblar su rodilla ante él.

El escritor de himnos del siglo XVIII, Frances Havergal, capta hermosamente ese sentimiento en estas palabras dirigidas a Cristo en *His Coming to Glory* (Su venida a la gloria):

Oh, el gozo de verte reinando,
A ti, ¡mi amado Señor!
Toda lengua confesando tu nombre,
Adoración, honra, gloria, bendición
Te trajeron armonía alegre;
A ti, Maestro y Amigo mío,
Reivindicado y sentado en tu trono;
Al confín más remoto de la tierra
Glorificado, adorado y poseído.

La promesa de Dios

El único que tiene derecho a gobernar y reinar no es nadie más que el Rey mismo, el Rey de reyes y Señor de señores, Jesucristo. Salmo 2:6-8 dice de él: "¡Yo he instalado a mi rey en Sion, mi monte santo! Yo declararé el decreto: El SEÑOR me ha dicho: 'Tú eres mi hijo; yo te engendré hoy. Pídeme, y te daré por heredad las naciones, y por posesión tuya los confines de la tierra'". Isaías 9:6 dice: "...el dominio estará sobre su hombro". Jesucristo es aquel que cumple la promesa de un Rey venidero. Él estaba destinado a ser el *Mesías*, el "ungido". Él es la esperanza de Israel, la esperanza de la iglesia y la esperanza del mundo.

En uno de sus sueños, Daniel vio una estatua representando los reinos del mundo que la desmenuzó una piedra que se había desprendido, la cual representa a Cristo (Dan. 2:34, 35). Luego la piedra llenó toda la tierra. El simbolismo es claro: Cristo al final aplasta los reinos de los hombres y establece el suyo.

Cristo es inseparable de su reino. El santo propósito de Dios es exaltar a Cristo en la consumación de la historia cuando el Hijo gobierne y reine en su reino. El Talmud judío tiene razón al decir que la oración en que no se menciona al reino de Dios no es oración en lo absoluto (*Berakoth* 21a).

Nuestra nueva prioridad

Nuestro mayor deseo como creyentes debería ser ver al Señor reinando como Rey en su reino, teniendo el honor y la autoridad que siempre ha sido suya pero que aún no la ha venido a reclamar. Esto nos lleva a la segunda petición en nuestro modelo de oración de Mateo 6:10; orar "venga tu reino" es orar para que el programa de Dios se cumpla, para que Cristo venga y reine.

Cuando usted sinceramente cree y confiesa genuinamente a Cristo como Señor, está confirmando que la dirección de su vida está dirigida a la exaltación de él. Sus causas son legítimas sólo en la medida en que están de acuerdo con las causas eternas de Dios reveladas en Cristo. Cuando oro: "venga tu reino", le

estoy diciendo al Espíritu Santo de Dios: "Espíritu de Cristo que moras en mí, toma control y haz lo que desees para tu gloria". Un verdadero hijo de Dios no se preocupará de sus propios planes y deseos, sino del programa determinado de Dios, revelado en la persona de Jesucristo.

TRATANDO CON EL EGO

A pesar de nuestro deseo de preocuparnos del reino de Dios, nuestras oraciones generalmente se centran en nosotros mismos. Nos enfocamos en nuestras necesidades, nuestros planes y nuestras aspiraciones. A menudo somos como bebés, que no conocen otro mundo que el de sus propios sentimientos y deseos. Nuestra vida es una lucha interminable en contra de nuestros viejos hábitos pecaminosos, con su constante y tenaz enfoque en uno mismo.

Incluso los problemas y dificultades que otros enfrentan pueden empañar nuestra suprema preocupación por el reino de Dios. Es nuestra responsabilidad orar por nuestras familias, pastores, misioneros, nación y otros líderes, y por muchas otras personas y cosas. Pero en cada caso nuestras oraciones deberían ser para que Dios lleve a cabo su voluntad dentro de esas personas y a través de ellas, que piensen, hablen y actúen según su voluntad.

El reino debe estar en el centro de nuestras oraciones. Antes de que vayamos a su presencia llenos de peticiones, necesitamos detenernos lo suficiente como para meditar en las causas suyas y su reino. Debemos afirmar nuestro anhelo de que él sea glorificado en sus propósitos.

TRATANDO CON SATANÁS

Tan pronto como deseamos vivir una vida santa para Cristo, nos encontramos en un gran conflicto. La más grande oposición al reino de Cristo, y la más grande oposición a la vida cristiana, es el reino de este mundo presente, el cual lo gobierna Satanás. La próxima vez que comience a resentirse por la reciente victoria a favor de una agenda impía, considere la fuente de

ello. La esencia del reino de Satanás siempre ha sido la oposición al reino de Dios y su pueblo. Satanás desafiará el esfuerzo de todo creyente para vivir una vida santa.

UN REINO QUE NO ES DE ESTE MUNDO

La palabra griega que se traduce "reino" (*basileia*) no se refiere principalmente a un territorio geográfico sino a soberanía y dominio. Por lo tanto, cuando oramos "venga tu reino", estamos orando para que comience el gobierno de Dios sobre la tierra al asumir Cristo su legítimo puesto como gobernante de la tierra. "Venga" traduce la forma verbal de *erchomai*, que indica una venida repentina e instantánea (cf. Mat. 24:27). Es la venida de su reino milenario (Apoc. 20:4) el motivo por el cual debemos orar.

LE PERTENECE A DIOS

El reino por el cual estamos orando es singular porque no le pertenece a ningún monarca terrenal; le pertenece al "Padre nuestro que está en los cielos" (Mat. 6:9). Como creyentes, ya no somos de este mundo (Juan 17:14). Nuestro principal interés se ha trasladado de este mundo, y nuestra verdadera ciudadanía ahora está en el cielo (Fil. 3:20). Sólo somos viajeros y peregrinos (1 Ped. 1:17), esperando entrar a una ciudad cuyo constructor y hacedor es Dios (Heb. 11:10).

El reino de Dios no es como los reinos humanos de este mundo. Egipto, Asiria, Babilonia, Medo-Persa, Grecia y Roma ya no son potencias mundiales, su época en el centro de atención del público fue breve. Alejandro Magno tuvo uno de los imperios más grandiosos en toda la historia del mundo, pero también desapareció. Todas las civilizaciones que una vez fueron grandiosas ahora están extintas.

Lo que Daniel dijo en referencia al fin del imperio babilónico se podía referir a todas las naciones del mundo: "Dios ha contado tu reino y le ha puesto fin... Pesado has sido en balanza y has sido hallado falto... Tu reino ha sido dividido, y será dado a los medos y a los persas" (Dan. 5:26-28). Los reinos terrena-

les siguen el rumbo de toda carne: El poder degenerador del pecado causa inevitable deterioro y destrucción.

Pero el reino de Dios es más grande que cualquier nación. Nuestro Señor dijo: "...buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas" (Mat. 6:33). Él se encargará de todas nuestras necesidades —ropa, albergue y alimentos— cuando buscamos su reino. De manera que deberíamos orar: "Señor, haz cualquier cosa que saque adelante a tu reino y fomente tu reinado".

CRISTO ES EL GOBERNANTE

El reino de Dios, o de los cielos, fue el centro del mensaje de Jesús. Es el evangelio, las buenas nuevas del reino de nuestro Señor y de su Cristo. Dondequiera que iba, Jesús predicaba el mensaje de salvación. Incluso dijo: "Me es necesario anunciar el evangelio del reino de Dios... porque para esto he sido enviado" (Luc. 4:43). El reino de Cristo es nada menos que la cúspide de la historia de la humanidad. Jesús pasó tres años con los discípulos enseñándoles acerca del reino. Después que murió y resucitó, se les apareció durante un tiempo de 40 días dándoles mandamientos pertenecientes al reino de Dios (Hech. 1:2, 3).

Jesús se refirió al reino de Dios de tres maneras: pasado, presente y futuro. Es pasado en el sentido que personificó a Abraham, Isaac y Jacob (Mat. 8:11). Fue presente durante el ministerio terrenal de Jesús en el sentido que fue el verdadero Rey viviente en medio del pueblo (Luc. 17:21). Pero el enfoque específico de nuestras oraciones está en el reino que aún está por venir.

Como lo vimos anteriormente, Jesús caracterizó al reino como uno que no es de este mundo (Juan 18:36). Pero, ¿qué clase de reino es, y cómo puede estar aquí y aún encontrarse en el futuro? Necesitamos examinar dos aspectos del reino: es tanto universal como terrenal.

El aspecto universal

Dios es el gobernante del universo. Él lo creó, lo controla y lo sostiene. James Orr comenta: "Por lo tanto, está reconocido

en las Escrituras... un reino natural y universal o un dominio de Dios abarcando todos los objetos, personas y eventos, todas las obras de las personas y naciones, todas las operaciones y cambios en la naturaleza e historia, completamente sin excepción"[1]. El reino de Dios es "de todos los siglos" (Sal. 145:13), y aún ahora "su reino domina sobre todo" (Sal. 103:19). Dios es el Rey universal, y su gobierno actúa de mediador a través de su Hijo, por medio de quien creó los mundos, y del cual se dice: "Él antecede a todas las cosas, y en él todas las cosas subsisten" (Col. 1:17).

El aspecto terrenal

Cuando Jesús dijo: "Venga tu reino" en su oración modelo, él estaba diciendo en efecto: "Que el reino universal establecido en el cielo venga a la tierra". Fíjese en las últimas palabras en Mateo 6:10: "Como en el cielo así también en la tierra". Eso es típico paralelismo hebreo, y se puede relacionar con las primeras tres peticiones en la Oración de los discípulos. Podríamos decir: "Santificado sea tu nombre como en el cielo así también en la tierra. Venga tu reino como en el cielo así también en la tierra. Sea hecha tu voluntad como en el cielo así también en la tierra".

Puesto que Dios no está gobernando sobre la tierra como en el cielo, debemos orar para que venga el reino *terrenal* divino, para que Cristo regrese y establezca su reino terrenal, acabe con el pecado y ponga en vigor la obediencia a la voluntad de Dios. El Señor entonces gobernará "con cetro de hierro" (Apoc. 2:27). Después de mil años su reino terrenal se juntará con su reino eterno y no habrá distinción entre su gobierno en la tierra y su gobierno en el cielo.

Traer el reino de Dios a la tierra

La mejor manera de traducir la frase "venga tu reino" es: "Permite que tu reino venga ahora". ¿Qué características conducen a la consumación de su gobierno en la tierra?

La conversión de los no creyentes

De una manera actual y limitada, pero real y milagrosa, el

reino de Dios está viniendo a la tierra cada vez que se trae a una nueva persona al reino. Por lo tanto, "venga tu reino" es una oración evangelística.

En la actualidad el reino de Dios existe en la tierra internamente en los corazones y mentes de los creyentes. Nosotros deberíamos orar para que crezca el reino de Dios. Orar para que venga el reino, en este sentido, es orar por la salvación de las personas. El reino es la esfera de salvación a la que se entra por medio del arrepentimiento y la fe en Jesucristo.

La conversión al reino de Dios empieza con una invitación. En Mateo 22, Jesús comparó al reino de los cielos con un hombre que estaba celebrando un gran banquete de bodas, y que hizo llamar a los invitados. Cuando ellos inicialmente se rehusaron a ir, el hombre dijo: "Id, pues, a las encrucijadas de los caminos y llamad al banquete de bodas a cuantos halléis" (v. 9). La invitación de Cristo es a nivel mundial.

Esta invitación al reino de Dios exige arrepentimiento. Jesús dijo: "¡Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado!" (Mat. 4:17; cf. Mar. 1:14, 15). Eso requiere una respuesta voluntaria de parte del oyente. Jesús una vez le dijo a un escriba: "No estás lejos del reino de Dios" (Mar. 12:34). Aunque la persona tenía conocimiento de lo que era la salvación, no había hecho una decisión consciente de recibirla. Conocer acerca del reino es útil sólo hasta cierto punto. Si alguien desea que Cristo gobierne en su corazón y mente, debe responder a lo que sabe.

Jesús dijo: "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia" (Mat. 6:33). Cualquiera que verdaderamente desea conocer a Cristo responderá a la invitación buscándolo con todo su corazón. Lucas 16:16 dice: "La Ley y los Profetas fueron hasta Juan. A partir de entonces son anunciadas las buenas nuevas del reino de Dios, y todos se esfuerzan por entrar en él". La palabra griega que se traduce "esfuerzan" significa "entrar violentamente". Cuando una persona de corazón recto ve el valor del reino de Dios, se apresura en agarrarlo. El reino de los cielos es de un valor tan infinito que se parece a "un tesoro escondido en el campo" o "una perla de gran valor", por lo cual una persona vende todas sus posesiones para poder comprarlo (Mat. 13:44-46).

El compromiso de los creyentes

El deseo de aquellos que ya se han convertido debería ser dejar que el Señor gobierne en su vida ahora, así como gobierna en el cielo. Nosotros con frecuencia llegamos a una encrucijada en nuestra vida en la que tenemos que escoger entre hacer la voluntad de Dios o la nuestra. Allí es cuando necesitamos ratificar nuestro pacto con las causas de Dios. Puesto que Cristo es Señor, debemos someternos a su señorío. En Romanos 14:17 el apóstol Pablo dijo: "...el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo". Cuando usted se compromete con las virtudes que el Espíritu quiere producir en su vida, entonces orará para que su vida honre y glorifique a su Padre en el cielo.

El inicio del gobierno terrenal de Cristo

Un día los cielos se abrirán y Jesús se asentará en el monte de los Olivos para establecer su reino (Zac. 14:4). Él reinará por mil años (Apoc. 20:4) y regirá con cetro de hierro (Apoc. 19:15). En ese momento la oración "venga tu reino" será contestada. Cristo reinará en rectitud, justicia, verdad y paz. Regirá en la Tierra desde el trono de David en la ciudad de Jerusalén y quitará las maldiciones que han caído sobre este planeta. Como Pedro, espero ansiosa y apresuradamente el día en que venga. Y digo junto con el apóstol Juan "¡Ven, Señor Jesús!" (Apoc. 22:20). Espero que esa sea su petición cada vez que ore.

6

"SEA HECHA TU VOLUNTAD"



Uno de los dilemas que los cristianos han debatido durante siglos es si Dios logra hacer su voluntad sin importar si oramos o no. Cuando oramos sincera y persistentemente como Cristo nos enseñó, ¿puede nuestra voluntad cancelar la de Dios? Cuando no oramos, ¿falla su voluntad? El hecho sencillo es que ninguno de nosotros puede comprender precisamente cómo funciona la oración en la mente infinita y el plan de Dios. Lo que nos parece ser un misterio sin esperanzas no es ningún dilema para Dios. Pero eso no quiere decir que los teólogos no han intentado resolver este dilema.

Dos puntos de vista doctrinales básicos se han ofrecido para brindar luz a esta pregunta. Un punto de vista enfatiza la soberanía de Dios, y en su aplicación extrema sostiene que Dios obrará según su perfecta voluntad sin importar cómo oren las

personas o incluso si es que no oran en lo absoluto. Por lo tanto, la oración no es nada más que sintonizarse con la voluntad de Dios. En el extremo opuesto está el punto de vista que sostiene que las acciones de Dios en lo que concierne a nosotros están determinadas mayormente por nuestras oraciones. Nuestras súplicas persistentes causarán que Dios haga por nosotros lo que no haría de otra forma.

El pastor y autor James Montgomery Boice narra la siguiente historia humorística acerca de cómo esta paradoja confunde hasta a nuestros más grandes líderes espirituales:

> En cierto momento del transcurso de sus ministerios muy influyentes, George Whitefield, el evangelista calvinista, y John Wesley, el evangelista arminiano, estaban predicando juntos durante el día y compartiendo la habitación en la misma casa de huéspedes cada noche. Una noche, después de un día extenuante los dos regresaron agotados a la pensión y con ganas de irse a dormir. Cuando se alistaron para acostarse, cada uno se arrodilló al lado de la cama para orar. Whitefield, el calvinista, oró así: "Señor, te agradezco por todos aquellos con los que hablamos el día de hoy, y nos gozamos de que sus vidas y destinos están completamente en tus manos. Honra nuestros esfuerzos según tu perfecta voluntad. Amén". Se puso de pie y se fue a dormir. Wesley, que apenas había terminado la invocación de su oración durante este tiempo, miró hacia arriba desde su lado de la cama y dijo: "Señor Whitefield, ¿es este el lugar donde lo conduce su calvinismo?". Luego inclinó su cabeza y continuó orando. Whitefield se quedó en la cama y se durmió. Después de unas dos horas se despertó Whitefield, y Wesley todavía estaba de rodillas al lado de la cama. Así que Whitefield se levantó y pasó alrededor de la cama hasta donde estaba Wesley de rodillas. Cuando llegó allí, encontró a Wesley durmiendo. Lo agarró del hombro y le dijo: "Señor Wesley, ¿es este el lugar donde lo conduce su arminianismo?"[1].

Como Whitefield y Wesley, no podemos comenzar a comprender el funcionamiento divino que hace que la oración sea

efectiva. La Biblia es muy clara en cuanto a la absoluta soberanía de Dios, sin embargo, dentro de su soberanía nos manda a hacer ejercicio de nuestra voluntad de manera responsable en ciertas áreas, incluyendo el rogar en oración. Si Dios no actuara en respuesta a la oración, la enseñanza de Jesús acerca de la oración sería inútil, no tendría sentido, y todas las órdenes de orar carecerían de su razón de ser. Nuestra tarea no es resolver el dilema de cómo funciona la soberanía de Dios con la responsabilidad del hombre sino creer y actuar en base a lo que Dios nos manda en cuanto a la oración.

Orar para que se cumpla la voluntad de Dios es el tema de la tercera petición de nuestro Señor en su modelo para la oración. Después de pedir que se santifique el nombre de Dios y venga su reino, Jesús dice que debemos orar: "sea hecha tu voluntad, como en el cielo así también en la tierra" (Mat. 6:10). Cuando oramos, lo debemos hacer según la voluntad de Dios. Su voluntad se debe convertir en la nuestra. También oramos para que su voluntad prevalezca por toda la tierra, así como prevalece en el cielo.

David oró con la actitud de la tercera petición cuando dijo: "El hacer tu voluntad, oh Dios mío, me ha agradado" (Sal. 40:8). Esa también fue la actitud de Cristo: "Mi comida es que yo haga la voluntad del que me envió" (Juan 4:34; cf. Mat. 12:50; Juan 6:38).

¿ES INEVITABLE LA VOLUNTAD DE DIOS?

Desafortunadamente, mucha gente, incluso creyentes, no tiene esta misma actitud hacia la tercera petición de la oración de los discípulos.

RESENTIMIENTO AMARGO

Algunos que dicen llamarse creyentes resienten lo que perciben que es una imposición de la voluntad de Dios, un dictador divino ejerciendo su egoísta y soberana voluntad sobre su pueblo. Oran en base a un sentido de obligación, creyendo que no pueden escaparse de lo inevitable. El comentarista William Barclay dijo:

> Un hombre puede decir: "sea hecha tu voluntad", con un tono derrotista. Puede decirlo, no porque lo desee, sino porque ha aceptado el hecho de que no puede decir otra cosa; puede decirlo porque ha aceptado el hecho de que Dios es demasiado fuerte para él, y que es inútil partirse la cabeza a golpes contra las paredes del universo[2].

El poeta persa del siglo XI, Omar Khayyam tenía una perspectiva similar de Dios. En el *Rubaiyat*, una colección de sus epigramas de cuatro versos, escribió:

> Pero a las indefensas piezas del juego las hace jugar
> en este tablero de damas de noche y de día;
> de acá para allá mueve, acorrala y come,
> y una por una regresa a reposar en el armario.
>
> La pelota no cuestiona el sí o el no,
> ni aquí o allá mientras la golpea el jugador;
> y aquel que la derribó en el campo,
> él sabe todo el juego, él sabe, ¡él sabe!
> (vv. 69, 70)

Este poeta persa veía a Dios como un jugador de damas con poder total sobre las piezas del juego, moviéndolas a su capricho y poniéndolas en el armario cuando terminaba de jugar. El poeta también veía a Dios como un jugador de polo con su mazo y al hombre como la pelota que no puede decidir en lo absoluto cómo va a ser golpeada o a dónde va a ir. Pero esa perspectiva refleja una falta de conocimiento de cómo Dios interactúa verdaderamente con su pueblo.

Resignación pasiva

Otros creyentes, no obstante, no se resienten con la voluntad de Dios. Lo ven como el Padre amoroso y cariñoso que sólo piensa en lo mejor para ellos. Sin embargo también se resignan a su voluntad como la fuerza inevitable, inmutable e irresistible en sus vidas, de modo que creen que sus oraciones no producirán ningún cambio. Oran para que sea hecha su voluntad sólo

porque él les ha ordenado que lo hagan. Pero eso desde luego no es una oración de fe; es más una oración de rendición. Los creyentes que oran así aceptan la voluntad de Dios con una actitud derrotista.

Demasiados creyentes tienen la costumbre de orar muy poco porque no creen que sus oraciones consiguen nada. Ellos le piden al Señor algo y luego se olvidan, actuando como si supieran con anticipación que Dios no se vería obligado a conceder lo que habían pedido. Incluso a comienzos de la iglesia, cuando la fe en general era fuerte y vigorosa, la oración podía ser pasiva y sin esperanzas. Cuando el apóstol Pedro estuvo en la cárcel en Jerusalén, un grupo de preocupados creyentes se reunió en la casa de María, la madre de Juan Marcos, para orar para que lo pusieran en libertad (Hech. 12:12). Cuando lo estaban haciendo, un ángel del Señor libró milagrosamente a Pedro de sus cadenas (vv. 7-10). Mientras los creyentes estaban aún orando, Pedro llegó a la casa y golpeó la puerta. Una sirvienta llamada Rode contestó la puerta, y luego de reconocer la voz de Pedro, volteó y se fue corriendo a decirles a los demás antes de dejar entrar a Pedro (vv. 13, 14). Los demás no le creyeron, no obstante, hasta que finalmente dejaron entrar a Pedro. Entonces "le vieron y se asombraron" (v. 16). Ellos aparentemente habían estado orando por lo que en realidad no creían que iba a suceder.

La oración no es una vana obligación para llevar a cabo sólo para obedecer. Eso puede parecer que fuese un buen motivo, pero su efecto no se diferencia de los fariseos hipócritas que oraban para exhibirse. Debemos orar en fe, creyendo que nuestras oraciones *sí* marcan la diferencia para Dios. Para protegerse en contra de esa resignación pasiva y poco espiritual, Jesús les contó a los discípulos la Parábola de la viuda inoportuna "acerca de la necesidad de orar siempre y no desmayar" (Luc. 18:1).

¿Está la voluntad de Dios realmente viva en la tierra?

Pedir "sea hecha tu voluntad en la tierra" indica que la voluntad de Dios no siempre se hace en la tierra. Eso también lo es con algunos otros elementos de esta oración. Nosotros oramos

"santificado sea tu nombre", sin embargo el nombre de Dios con frecuencia no se santifica aquí. Pedimos que venga su reino, no obstante hay muchos que rechazan su reinado. Por lo tanto su voluntad no es inevitable. De hecho, la falta de orar fielmente obstruye la voluntad de Dios porque en su sabio y gentil plan, la oración es esencial para el propio funcionamiento de su voluntad en la tierra.

EL IMPACTO DEL PECADO

Dios es soberano, pero no es independientemente determinista. Demasiados creyentes ven la soberanía de Dios de manera fatalista, pensando que lo que será, será. Ven toda tragedia como si viniera de las manos de Dios, ya sea personal, como la muerte o la enfermedad de un ser querido, o universal, como en un terremoto o inundación. Pero esa actitud destruye la oración y la obediencia fiel. Ese no es un alto concepto de la soberanía de Dios, sino un concepto destructivo y no bíblico de ella.

Todo el transcurso de acontecimientos y circunstancias está ordenado por Dios, y eso incluye el permitir la causa de todas las tragedias de la vida: El pecado. Para ver a Dios como soberano máximo, debemos estar de acuerdo en que él quiso que sucediera el pecado. Él lo planeó, no lo tomó por sorpresa y echó a perder su programa inicial. Este mal y todas sus consecuencias estuvieron incluidos en el decreto eterno de Dios antes de la fundación del mundo.

Sin embargo no podemos considerar a Dios como el autor o creador del pecado. El apóstol Juan dice: "Dios es luz, y en él no hay ningunas tinieblas" (1 Jn. 1:5; cf. Stg. 1:13). Dios no autorizó el pecado; tampoco lo consiente ni lo aprueba. Él nunca podría ser la causa del pecado o su agente. Sólo permite a los agentes malvados que hagan sus obras, luego cancela la maldad para llevar a cabo sus propios fines sabios y santos. Por supuesto que no es la voluntad de Dios que muera la gente, así que envió a Cristo a la tierra a destruir a la muerte. No es su voluntad que la gente se vaya al infierno, así que envió a su Hijo para que reciba el castigo del pecado para que la gente pueda escaparse

del infierno. El apóstol Pedro dice: "El Señor no tarda su promesa, como algunos la tienen por tardanza; más bien, es paciente para con vosotros, porque no quiere que nadie se pierda, sino que todos procedan al arrepentimiento" (2 Ped. 3:9). El hecho de que exista el pecado en la tierra y cause tan terribles consecuencias no es evidencia de que Dios desea ver que el pecado abunde, sino de su paciencia en permitir más oportunidades para que la gente se vuelva a él para recibir salvación. Por lo tanto, podemos determinar que los propósitos de Dios en permitir el mal son siempre buenos[3].

Siempre existirá una tensión entre la soberanía de Dios y la voluntad del hombre, por consiguiente no deberíamos tratar de resolverlo modificando lo que dice acerca de ambas realidades. Dios es soberano, pero nos da alternativas; y es en su soberanía que nos manda a orar: "sea hecha tu voluntad, como en el cielo así también en la tierra" (Mat. 6:10).

Rebelión justa

En el primer capítulo examinamos la Parábola de la viuda y el juez injusto (Luc. 18:1-11). Ella verdaderamente no estaba dispuesta a aceptar sus circunstancias, sino que persistió en rogar al juez para que tratara su problema. Necesitamos poseer la misma perspectiva cuando oramos para que la voluntad de Dios sea hecha en la tierra. El teólogo David Wells dijo: "Llegar a aceptar la vida 'tal como es', aceptarla bajo sus propias condiciones, lo cual significa reconocer la inevitabilidad de la manera en que funciona, es abandonar el concepto cristiano de Dios"[4].

Parte de entender correctamente y tener la actitud apropiada hacia la voluntad de Dios es lo que se podría llamar un sentido de rebelión justa. Dedicarse a la voluntad de Dios exige estar opuesto a la de Satanás. Orar: "Sea hecha tu voluntad, como en el cielo así también en la tierra" es rebelarse en contra de la noción de que el pecado es normal e inevitable y por lo tanto debe tolerarse. Cuando usted está totalmente comprometido con ver que la voluntad de Dios sea hecha en la tierra, se rebelará contra el sistema mundial de impiedad. Renunciará a todas las cosas que deshonran y rechazan a Cristo, y también

confrontará la desobediencia de los creyentes. La impotencia en la oración nos conduce, aunque sea a regañadientes, a hacer una tregua con el mal. Cuando usted acepta lo que es, abandona un concepto cristiano de Dios y su plan para la historia redentora.

Jesús sabía anticipadamente lo que le iba a suceder, pero no aceptó cada situación como si fuese inevitable o irresistible. Él predicó y actuó en contra del pecado. Cuando profanaron la casa de su Padre, "...después de hacer un látigo de cuerdas, los echó a todos del templo, junto con las ovejas y los vacunos. Desparramó el dinero de los cambistas y volcó las mesas. A los que vendían palomas les dijo: '¡Quitad de aquí estas cosas y no hagáis más de la casa de mi Padre casa de mercado!'" (Juan 2:15, 16; cf. Mat. 21:12, 13).

Orar para que sea hecha la voluntad de Dios en la Tierra es rebelarse en contra de la idea, promulgada aun entre algunos evangélicos, de que prácticamente toda cosa corrupta y malvada que hacemos o que se nos hace es de algún modo la santa voluntad de Dios y debe aceptarse de sus manos con acción de gracias. Pero nada malvado o pecaminoso jamás viene de las manos de Dios, sólo de las manos de Satanás. Cuando oramos por justicia oramos en contra de la maldad.

A estas alturas debo añadir una advertencia no sea que lleve a un extremo esta idea de rebelión en contra del mal en nuestro mundo. Aunque debemos reaccionar negativamente en contra del mal y suplicar a Dios a que cumpla su voluntad aquí, no debemos intentar llevar a cabo su voluntad por él. Como lo notamos en el capítulo 5, no es nuestra responsabilidad, ni tampoco debería ser nuestra meta, cambiar la cultura tratando de establecer el reino de Dios en la tierra. Tampoco debemos eliminar las prácticas malvadas de nuestra cultura usando desobediencia civil para rebelarnos en su contra. Tal rebelión es desobediencia a Dios y a su Palabra (Rom. 13:1-5; 1 Ped. 2:13-17). En cambio, deje que su rebelión se manifieste en sus oraciones y aquellas actividades que son justas y permitidas bajo la ley.

Orar para que sea hecha la voluntad de Dios es orar para que la voluntad de Satanás sea deshecha. Es clamar junto con David: "Dios se levantará, y se dispersarán sus enemigos; huirán de su

presencia los que le aborrecen" (Sal. 68:1). Y rogamos con los santos bajo el altar de Dios: "¿Hasta cuándo, oh soberano Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre sobre los que moran en la tierra?" (Apoc. 6:10).

Ojalá esa fuera la perspectiva de cada creyente. ¿Qué pasó con nuestra pasión por lo que es recto? A Dios le encanta la fe heroica, él quiere que vayamos a su trono con ímpetu.

¿ES LA VOLUNTAD DE DIOS LA SUYA?

Desafortunadamente, nuestra propia voluntad es a menudo el problema cuando estamos buscando la voluntad de él. Ya que vivimos en una cultura que se enorgullece en la facilidad y comodidad, deseamos un pedazo de ese gran pastel. En consecuencia, tendemos a percibir a la oración como algo importante sólo para producir un cambio en las circunstancias en vez del cambio que puede producir en nosotros y para la gloria de Dios. De este modo, cuando Dios no contesta nuestras oraciones como lo deseamos en el instante que lo pedimos, perdemos la pasión necesaria para perseverar en intercesión.

Si quiere tener esa pasión en sus oraciones, necesita darse cuenta de que el verdadero beneficio de la oración no son los cambios que Dios pueda producir en sus circunstancias sino los cambios que él hará en usted y su percepción de ellos. Cuando lo acerca en conformidad a su bendita persona y voluntad, sus circunstancias, no importa lo insuperables que puedan parecer al principio, ya no serán su prioridad. Eso es porque su actitud en cuanto a ellas será diferente.

Cuando sus oraciones estén arraigadas en su fe en Dios, cuando crea que él escuchará y contestará sus oraciones, estará orando con la actitud y perspectiva correcta. El mayor obstáculo para la oración no es la falta de técnica, falta de conocimiento bíblico, o incluso falta de entusiasmo por la obra del Señor, sino la falta de fe. Sencillamente no oramos con la expectativa de que nuestras oraciones marcarán la diferencia en nuestras vidas, en la iglesia o en el mundo.

LOS DETALLES ESPECÍFICOS DE SU VOLUNTAD

Para ayudarlo a entender más acerca de este tema crucial, necesitamos examinar tres aspectos distintos de la voluntad de Dios tal como nos lo revela en su Palabra.

La voluntad plena de Dios

Esto se refiere al propósito de la voluntad de Dios, a su voluntad amplia, tolerante, que incluye todo, expresada en el despliegue de su plan soberano en todo el universo, incluyendo el cielo, el infierno y la tierra. Este aspecto de la voluntad de Dios permite que el pecado siga su curso y que Satanás haga lo que quiera por una temporada. Pero en el tiempo asignado terminará el curso del pecado y la voluntad de Satanás, exactamente según el plan y el conocimiento previo de Dios.

Isaías escribió acerca de la voluntad suprema de Dios, diciendo: "El SEÑOR de los Ejércitos ha jurado diciendo: 'Ciertamente será como lo he pensado, y se realizará como lo he decidido... Este es el plan que está decidido contra toda la tierra; esta es la mano extendida contra todas las naciones. Porque el SEÑOR de los Ejércitos lo ha decidido; ¿quién lo invalidará? Su mano está extendida; ¿quién la hará volver atrás?'" (Isa. 14:24, 26, 27). Cualquier cosa que Dios se propone hacer se cumplirá, y nadie puede obstruir ese plan.

"Y sabemos que Dios hace que todas las cosas ayuden para bien a los que le aman, esto es, a los que son llamados conforme a su propósito" (Rom. 8:28). Aunque Dios no desea el mal, él toma las cosas que suceden en la historia y en nuestra vida y las junta para nuestro bien. Y por supuesto su plan más grandioso es la salvación de la gente: "En él también recibimos herencia, habiendo sido predestinados según el propósito de aquel que realiza todas las cosas conforme al consejo de su voluntad" (Efe. 1:11). El gran propósito de Dios es tener un pueblo redimido, una iglesia unida, un cuerpo formado por santos para la eternidad.

¿Cómo oramos según la voluntad plena de Dios? Tomando parte gozosamente en afirmar y esperar el cumplimiento de sus planes divinos. Aunque sabemos que algún día Cristo sacará a

la iglesia de este mundo y la completará para que esté con él tal como Dios lo planeó, debemos orar en anticipación de esa gran hora y para que Dios apresure su llegada.

La voluntad permisiva de Dios

Este aspecto de la voluntad de Dios se refiere al deseo de su corazón, el cual está dentro del alcance de su voluntad completa y completamente coherente con ella, aunque es más específica y centrada. A diferencia de la voluntad plena de Dios, sus deseos no siempre se cumplen. De hecho, nuestra época actual atestigua que los deseos de Satanás se realizan más a menudo que los de Dios.

Jesús deseó la salvación de Jerusalén, entonces oró, predicó, sanó y ministró con ese propósito: "Jerusalén, Jerusalén... ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, así como la gallina junta sus pollitos debajo de sus alas, y no quisiste!" (Luc. 13:34). ¿Pero cuál fue la respuesta típica a Jesús? Pocos le creyeron; la mayoría lo rechazó; e incluso lo crucificaron. El hecho de que Jesús dijera: "Vosotros no queréis venir a mí para que tengáis vida" (Juan 5:40), es un triste comentario de la decisión de no creer y el rechazo de su ofrecimiento de vida abundante.

Dios, nuestro Salvador, "quiere que todos los hombres sean salvos y que lleguen al conocimiento de la verdad" (1 Tim. 2:4). No quiere que "nadie se pierda, sino que todos procedan al arrepentimiento" (2 Ped. 3:9). Desafortunadamente, ese deseo no se cumple en la vida de la mayoría de la gente. En cambio, ellos rechazan a Cristo, y lo más que el Señor hará por ellos será llorar (Jer. 13:17).

La voluntad demandante de Dios

Este aspecto de su voluntad se relaciona directamente con los hijos de Dios porque sólo ellos tienen la capacidad de obedecer. El ferviente deseo de Dios es que nosotros que somos sus hijos lo obedezcamos completa e inmediatamente con corazones deseosos. Pablo escribió acerca de nuestra obediencia:

> ¿No sabéis que cuando os ofrecéis a alguien para obedecerle como esclavos, sois esclavos del que obedecéis; ya

> sea del pecado para muerte o de la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios porque, aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de enseñanza a la cual os habéis entregado; y una vez libertados del pecado, habéis sido hechos siervos de la justicia (Rom. 6:16-18).

Puesto que somos los siervos de Dios, es sólo natural que obedezcamos su voluntad demandante. Como dijo Pedro: "Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hech. 5:29).

Cuando usted ora "Sea hecha tu voluntad", usted está orando por tres cosas: La consumación del mundo y el uso de las consecuencias de pecado para el plan eterno de Dios, la salvación de la gente que no conoce a Dios y la obediencia de cada creyente a los mandatos de Dios.

Cuando estudiamos la frase "venga tu reino", aprendimos que el reino viene a la Tierra de tres maneras: Por medio de la conversión de los no creyentes; por el compromiso de los creyentes a vivir según la justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo; y en la segunda venida de Cristo, cuando establezca su gobierno terrenal. Yo veo un paralelo entre esos tres elementos y los tres aspectos de la voluntad de Dios que acabamos de ver. La voluntad plena de Dios abarca el destino final del dominio del hombre sobre la Tierra y la venida de Cristo para establecer un reino eterno. Su voluntad permisiva abarca la conversión de los no creyentes. Y su voluntad demandante espera compromiso de parte de su pueblo.

Ajustándose a su voluntad

Nuestro propio orgullo es el mayor obstáculo que debemos vencer antes de poder orar para que la voluntad de Dios sea hecha en nuestra vida. El orgullo hizo que Satanás se rebelara en contra de Dios, y el orgullo hace que los no creyentes rechacen a Dios y los creyentes lo desobedezcan. Al aceptar y orar por la voluntad de Dios con sinceridad y fe, usted debe abandonar su propia voluntad por la de Dios. El apóstol Pablo nos dice cómo hacerlo: "Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrifi-

cio vivo, santo y agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este mundo; más bien, transformaos por la renovación de vuestro entendimiento, de modo que comprobéis cuál sea la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta" (Rom. 12:1, 2). Hasta que ponga su vida en el altar de Dios como sacrificio vivo, hasta que muera a su propia voluntad, la voluntad de Dios no se manifestará en su vida.

Cuando oramos en fe y en conformidad con la voluntad de Dios, nuestra oración es una gracia santificadora que cambia nuestras vidas drásticamente. De este modo la oración es un medio de santificación progresiva. John Hannah, profesor asociado de teología histórica en *Dallas Theological Seminary*, dijo: "El fin de la oración no es tanto respuestas tangibles sino una vida cada vez más profunda de dependencia... El llamado a la oración es un llamado principalmente al amor, la sumisión y la obediencia... el camino de comunión dulce, íntima e intensa del alma con el Creador infinito"[5]. De eso se trata estar a solas con Dios. Usted hallará poder y pasión en ello cuando dependa completamente de Dios y viva en obediencia a su voluntad.

El autor Philip Keller, mientras visitaba Pakistán, leyó Jeremías 18:2, que dice: "Levántate y desciende a la casa del alfarero. Allí te haré oír mis palabras". Así que él y un misionero fueron a la casa de un alfarero en la ciudad donde estaban. En su libro, *A Layman Looks at the Lord's Prayer* (Un laico examina el Padrenuestro), escribe:

> Con sinceridad y ansias pregunté al maestro artesano que me mostrara cada paso que hay en la creación de una obra maestra... En sus repisas habían copas relucientes, floreros hermosos y tazones exquisitos de impresionante belleza.
>
> Luego, doblando un dedo huesudo hacia mí, nos guió a una cabaña pequeña y oscura detrás de su tienda. Cuando abrió su puerta destartalada, un hedor repulsivo, sobrecogedor de algo que se estaba pudriendo me envolvió por completo. Por un momento retrocedí del borde de la gran fosa oscura que había en el piso de la cabaña. "¡Aquí es donde todo comienza!" dijo, arrodillándose junto al hoyo negro y nauseabundo. Con su

brazo largo y delgado, se extendió hacia abajo en la oscuridad. Sus delgados y hábiles dedos palparon una masa grumosa de barro, buscando un trozo de material que se ajustara exactamente a su proyecto.

"Yo añado tipos especiales de pasto al barro", comentó. "Mientras se pudre y descompone, su contenido orgánico aumenta la calidad coloidal del barro. Entonces se pega mejor". Finalmente sus sabias manos sacaron un poco de barro oscuro de la fosa horrible donde había sido pisoteado y mezclado durante horas por sus duros y huesudos pies.

Los primeros versículos del Salmo 40 vinieron a mi corazón con tremendo impacto. De manera nueva y repentinamente esclarecedora, me di cuenta de lo que el salmista quiso decir cuando escribió hace mucho tiempo: "Pacientemente esperé al SEÑOR, y él se inclinó a mí y oyó mi clamor. Y me hizo subir del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso". Con el mismo cuidado con el que el alfarero seleccionó su barro, así también Dios tuvo mucho cuidado en escogerme...

El gran bloque de granito, forjado de una roca dura de las altas montañas indias de Kush detrás de su casa, giraba silenciosamente. Lo hacía funcionar un aparato rudimentario que parecía pedal que lo movían sus pies, muy semejante a nuestras antiguas máquinas de coser.

Cuando tomó velocidad el bloque, recordé Jeremías 18:3. "Descendí a la casa del alfarero, y he aquí que él estaba trabajando sobre la rueda".

Pero lo que más sobresalió en mi mente a estas alturas, fue el hecho de que junto al asiento del alfarero, a ambos lados, había dos tazones de agua. No tocó ni una sola vez el barro, que ahora giraba rápidamente en el centro de la rueda, sin primero meter sus manos en el agua. Mientras comenzaba a aplicar sus delicados dedos y suaves palmas al montículo de barro, siempre lo hacía por medio de la humedad de sus manos. Y fue fascinante ver lo rápido pero firme que reaccionaba el barro a la presión que se le aplicaba por medio de esas manos húmedas. En silencio y con suavidad, se comenzó a formar una elegante copa debajo de esas manos. El agua fue el medio por el que la voluntad y los deseos del

maestro artesano se transmitían al barro. Su voluntad realmente se estaba haciendo en la tierra.

Para mí esta fue una demostración conmovedora de la simple, pero misteriosa verdad de que la voluntad y deseos de mi Padre me fueron expresadas y transmitidas por medio del agua de su propia Palabra...

De repente, mientras observaba, para mi asombro, vi que la piedra se detuvo. ¿Por qué? Miré más de cerca. El alfarero removió una pequeña partícula de polvo de la copa... Luego, con la misma brusquedad, la piedra se detuvo otra vez. Él quitó otro objeto duro...

De pronto volvió a detener la piedra. Señaló desconsoladamente a una rajadura irregular y profunda que había abierto y marcado el lado de la copa. ¡Estaba arruinada y no se podía reparar! En su consternación, la destrozó con sus manos...

"Y el vaso de barro que hacía se dañó en la mano del alfarero" (Jer. 18:4). Rara vez había resonado una lección con tanta claridad y fuerza. ¿Por qué se arruinó esta rara y hermosa obra maestra en las manos del maestro? Porque él había encontrado resistencia. ¡Fue como un trueno de verdad estallando alrededor mío!

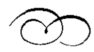
¿Por qué la voluntad de mi Padre, su intención de producir gente verdaderamente hermosa, termina en nada una y otra vez? ¿Por qué, a pesar de sus mejores esfuerzos e infinita paciencia con los seres humanos, terminan en desastre? Sencillamente porque ellos resisten su voluntad.

La pregunta aleccionadora, indagadora y punzante que tuve que hacerme en las humildes inmediaciones de esa sencilla cabaña fue esta: ¿Voy a ser una porcelana fina o simplemente un tazón cualquiera? ¿Va a ser mi vida una copa hermosa apropiada para contener el vino fino de la vida misma de Dios de la cual los demás puedan beber y ser refrescados? ¿O voy a ser un tazón rudimentario en el que los que estén de pasada mojarán brevemente sus dedos, luego prosiguen y se olvidan de ello? Fue uno de los momentos más solemnes de todas mis experiencias espirituales.

"Padre, sea hecha tu voluntad, como en el cielo así también en la tierra [en el barro]"[6].

7

"EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA, DÁNOSLO HOY"



Todo niño enfrenta una vida de dependencia desde el momento en que es concebido. Al inicio de su nueva vida debe acudir a su madre para recibir alimento en el vientre. Una vez que nace, depende de sus padres para recibir alimento, ropa y albergue. Él mismo no puede suplirse ninguno de estos recursos. A diferencia de otras criaturas terrestres, ni siquiera puede ir a la madre, ella tiene que ir a él.

Un bebé también es incapaz de cuidarse a sí mismo en lo que respecta a la limpieza. Depende de su madre y padre para que le den baños, corten sus uñas, peinen su cabello y lo pongan presentable. Una vez que se vuelve más móvil, el niño no es capaz de determinar lo que es seguro o lo que es dañino. Sin la guía de sus padres, se podría caer por las escaleras, quemarse, ingerir algo venenoso, cualquiera de estas cosas podrían disca-

pacitarlo o incluso matarlo. Nadie discutiría la necesidad de cuidar a los bebés día y noche.

De la misma manera, los cristianos son como bebés en cuanto a dependencia total de Dios. Así como los bebés, en última instancia dependemos de Dios para recibir alimento, ropa y albergue. Así como los bebés se ensucian todo el día, vivimos en un mundo de pecado que contamina nuestro caminar con Cristo. Aunque nuestro Señor pagó por nuestros pecados presentes, pasados, y futuros, todavía pecamos cada día. Necesitamos venir a Dios confesando nuestros pecados para que nos limpie y restaure y tengamos comunión con él. Y así como los bebés necesitan desesperadamente la protección de sus padres en contra de cosas dañinas, nosotros dependemos de Dios para que nos proteja de las circunstancias en nuestra vida que pueden dañar nuestro caminar.

Orar por nuestras necesidades

Por lo tanto, el segundo grupo de tres peticiones que el Señor ofrece en su oración modelo no nos debería sorprender. Después de enfocar nuestra atención en nuestro Padre celestial, Jesús ahora nos muestra cómo orar por nuestras propias necesidades especiales en este mundo: "El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal" (Mat. 6:11-13). Aunque esta segunda sección de la oración se trata de la necesidad del hombre, no hace a Dios a un lado; él también es exaltado aquí. El hecho de que Dios es el que nos da el pan nuestro de cada día, perdona nuestras deudas y nos protege de la tentación es una expresión de su poder y gracia. Por lo tanto, se glorifica a sí mismo al suplir esas necesidades en nuestra vida.

De esas tres peticiones, el Señor de manera un tanto sorprendente nos dice que oremos primero por nuestras necesidades físicas, no nuestras necesidades espirituales. Martyn Lloyd-Jones capta la esencia de estas tres peticiones:

> Es evidente que lo primero que se necesita es que debamos ser capacitados para continuar nuestra existencia en este mundo. Estamos vivos y se nos debe mantener vivos. Involucra el propio hecho de mi ser y existencia, así que la primera petición trata con las necesidades de nuestra constitución física, y nuestro Señor comienza con eso. Luego prosigue a tratar con la necesidad de limpieza de la corrupción y culpa del pecado; y por último, con la necesidad de alejarse del pecado y su poder. Esa es la verdadera manera de ver la vida del hombre. Estoy vivo y se me debe mantener vivo. Pero entonces soy consciente de mi culpa y falta de mérito, y siento la necesidad de que se me limpie de ello. Luego pienso en el futuro y me doy cuenta de que necesito que se me libre de ciertas cosas que allí me esperan... La suma de todo ello es que en última instancia no hay nada en todas las Escrituras que nos muestra con tanta claridad nuestra dependencia total de Dios como lo hace esta oración, y en especial, estas tres peticiones. Lo único que realmente importa para nosotros es que conozcamos a Dios como nuestro Padre. Si tan sólo conociéramos a Dios así, nuestros problemas ya se hubieran resuelto y nos daríamos cuenta de nuestra total dependencia de él, e iríamos a él diariamente como los hijos van a su Padre[1].

A medida que examinamos estas tres peticiones, espero que sea instruido y motivado para ir a él diariamente y busque que él supla sus necesidades.

EL PAN Y NUESTRAS NECESIDADES FÍSICAS

Orar a Dios para que nos dé el pan diario puede al principio parecer intrascendente a muchos creyentes en una sociedad que no tienen que especular de dónde vendrá su siguiente comida.

¿Por qué deberían pedirle a Dios por aquello que ya tienen, y en abundancia? Lo que sería una petición completamente comprensible de cristianos en muchos países, parece carecer de importancia para otros bien alimentados. ¿Entonces, qué apli-

cación tiene este pedido para creyentes que viven en abundancia? Cinco elementos clave de la petición nos darán la respuesta.

La necesidad de vida

La palabra griega que se traduce *pan* no sólo representa alimento sino que también simboliza todas nuestras necesidades físicas. El teólogo John Stott observó que para Martín Lutero, "todo lo que es necesario para la conservación de esta vida es pan, incluyendo alimento, un cuerpo sano, buen clima, casa, hogar, esposa, hijos, buena administración y paz"[2]. Por favor, fíjese, no obstante, que nuestro Señor se está refiriendo a las necesidades físicas, no a los lujos; si Dios elige bendecir a algunos de nosotros con lujos, es simplemente por su pura gracia.

Me emociona saber que el Dios que creó el universo entero, que es el Dios del espacio, tiempo y eternidad, que es infinitamente santo y completamente autosuficiente, se interesa en suplir mis necesidades físicas. Así como los padres humanos amorosos quieren suplir las necesidades de sus hijos, así Dios se preocupa de que recibamos alimento suficiente para comer, ropa para usar y un lugar para descansar.

Esta petición, sin embargo, es más que sólo una solicitud por las necesidades físicas. Por encima de todo, es un reconocimiento y afirmación de que toda buena dádiva que tenemos proviene de la gentil mano de Dios (Stg. 1:17). Esta es la razón por la cual es tan apropiado para aquellos que tienen abundancia como para aquellos que no tienen lo suficiente. Aunque no siempre estemos al borde de la hambruna, siempre podemos estar agradecidos por todo lo que provee Dios, y así evitar ser impertinentes.

La fuente de nuestra provisión

Cuando se han suplido todas nuestras necesidades y todo marcha bien en nuestra vida, tendemos a buscar que se nos reconozca por lo que tenemos, para sentir que llevamos nuestra propia carga. Trabajamos duro para ganarnos el dinero que necesitamos para comprar comida y ropa, pagar nuestro alquiler o la hipoteca. Pero hasta el individuo más trabajador le debe todo

lo que gana a la provisión de Dios. Moisés recordó a Israel que Dios "es el que te da poder para hacer riquezas" (Deut. 8:18).

Nuestra vida, aliento, salud, posesiones, talentos y oportunidades se originan en los recursos que Dios ha creado y puesto a la disposición del ser humano. Todo lo que tenemos es de Dios: Él es el que trae la lluvia para hacer crecer las cosas, hace que cambien las estaciones, produce los minerales que hacen que la tierra sea fértil, provee los recursos naturales que usamos para movilizarnos, y provee los animales y plantas de los cuales hacemos nuestra ropa y alimentos. Nuestro pan diario, las cosas indispensables de la vida física, son todas de Dios.

Dios proveyó para el hombre aun antes de haberlo creado. Después de que hiciese y bendijera a Adán y Eva, dijo: "He aquí que os he dado toda planta que da semilla que está sobre la superficie de toda la tierra, y todo árbol cuyo fruto lleva semilla; ellos os servirán de alimento" (Gén. 1:29). Desde ese entonces él continúa proveyendo abundancia de alimento para la humanidad, en variedad casi ilimitada.

No obstante el apóstol Pablo nos dice que "el Espíritu dice claramente que en los últimos tiempos algunos se apartarán de la fe... mandarán abstenerse de los alimentos que Dios creó para que, con acción de gracias, participasen de ellos los que creen y han conocido la verdad. Porque todo lo que Dios ha creado es bueno, y no hay que rechazar nada cuando es recibido con acción de gracias; pues es santificado por medio de la palabra de Dios y de la oración" (1 Tim. 4:1, 3-5). La Palabra de Dios santifica (separa para Dios) todo alimento, y lo santificamos cuando lo recibimos con oración de acción de gracias.

¿Tiene usted esa actitud? ¿Está verdaderamente agradecido a Dios por sus alimentos cuando inclina su cabeza y hace una oración antes de una comida? Para muchos de nosotros, lamentablemente, la oración que ofrecemos a Dios antes de comer es generalmente rápida e indiferente, sólo nos estamos asegurando de cumplir con nuestro deber. Tal actitud revela el pecado de indiferencia e ingratitud por los regalos recibidos de Dios. Thomas Watson, un gran puritano con un corazón hacia Dios, escribió:

> Si todo es un regalo, ¡vea la ingratitud odiosa de los hombres que pecan contra su dador! Dios los alimenta, y ellos pelean en contra de él; él les da pan, y ellos le dan afrentas. ¡Qué indigno es esto! ¿No deberíamos gritar para que se avergüence aquel que teniendo un amigo que siempre lo mantiene con dinero, y no obstante, lo traiciona y lastima? Así tratan ingratamente a Dios; no sólo se olvidan de sus misericordias, sino que abusan de ellas. "Yo los sacié, pero ellos cometieron adulterio y frecuentaron casas de prostitutas" (Jer. 5:7). Oh, ¡qué horrible es pecar en contra de un Dios lleno de bondad, golpear las manos que nos alivian![13].

Nunca presumir de las provisiones de la gracia de Dios y agradecer su bondad de todos los días en suplir sus necesidades físicas cumple con el espíritu de la petición: "El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy". Darse cuenta de que sólo Dios es la fuente de esas provisiones le da la gloria.

Lo más importante de la petición

Lo más importante de esta petición se expresa en la palabra "dar" porque reconoce la necesidad del que la solicita. A pesar de que Dios pueda haber provisto lo indispensable, se lo pedimos en reconocimiento de su provisión pasada y presente, y confiando en su abastecimiento futuro. La instrucción de Jesús y nuestras peticiones en esta oración modelo son válidas sólo porque Dios ha prometido mantener a su pueblo. No podemos esperar que Dios dé lo que no ha prometido, eso sería impertinente. Pero podemos orar con confianza porque Dios ha prometido suplir abundantemente.

En el Salmo 37 David nos aconseja que confiemos en la promesa de Dios de suplir nuestras necesidades.

> Confía en el SEÑOR y haz el bien.
> Habita en la tierra y apaciéntate de la fidelidad.
> Deléitate en el SEÑOR,
> y él te concederá los anhelos de tu corazón...
> Dentro de poco no quedará el impío...

Pero los mansos heredarán la tierra
y se deleitarán por la abundancia de paz...
Yo he sido joven y he envejecido;
pero no he visto a un justo desamparado,
ni a sus descendientes mendigando pan.
(Sal. 37:3, 4, 10, 11, 25)

Un pasaje que se refiere tanto al aspecto espiritual como al físico de nuestra vida es 2 Corintios 9. El contexto de este pasaje se refiere a la generosidad de los creyentes en cuanto a las necesidades de los santos: Debemos dar "no con tristeza ni por obligación; porque Dios ama al dador alegre" (v. 7). A medida que revelamos nuestro propio deseo de suplir las necesidades de los demás (v. 6), Dios "que da semilla al que siembra y pan para comer, proveerá y multiplicará vuestra semilla y aumentará los frutos de vuestra justicia" (v. 10). Cuando usted invierte en el reino de Dios, él no sólo proveerá fruto espiritual, sino también pan para comer.

NO SE ACEPTAN PEDIDOS DE LOS INJUSTOS

La provisión física de Dios es una promesa bíblica, pero sólo para aquellos que le pertenecen, el "nosotros" de Mateo 6:11. Fíjese que David está hablando a creyentes en el Salmo 37: "Confía en el SEÑOR" (v. 3), "Deléitate en el SEÑOR" (v. 4), "Encomienda al SEÑOR tu camino" (v. 5), y "Calla delante del SEÑOR, y espera en él" (v. 7). Hay promesa para el justo; para el injusto hay juicio: "El SEÑOR conoce los días de los íntegros, y la heredad de ellos será para siempre. No serán avergonzados en el tiempo malo; en los días de hambre serán saciados. Pero los impíos perecerán, y los enemigos del SEÑOR serán consumidos como el sebo de los carneros; se disiparán como el humo" (vv. 18-20).

Jesús dijo: "De cierto os digo que no hay nadie que haya dejado casa, mujer, hermanos, padres o hijos por causa del reino de Dios, que no haya de recibir muchísimo más en este tiempo, y en la edad venidera, la vida eterna" (Luc. 18:29, 30). Dios se compromete irrevocablemente a suplir las necesidades esenciales de los suyos.

Un bajo concepto de la vida

La causa más grande de la hambruna y las enfermedades que padece el mundo no son las malas prácticas de agricultura o malas normas político-económicas. Tampoco es la raíz del problema la falta de recursos científicos y técnicos, o incluso la sobrepoblación. Esos problemas sólo agravan el problema básico, el cual es espiritual.

Aquellas partes del mundo que no tienen raíces o herencia cristianas siempre le dan un bajo valor a la vida humana. La gran pobreza y hambruna en la India, por ejemplo, puede ponerse a los pies del hinduismo, la religión pagana que dio origen a una gran cantidad de otras religiones, incluyendo el sintoísmo y el budismo. Esos sistemas religiosos y otros similares esclavizan espiritualmente gran parte del mundo oriental, y su influencia se está difundiendo gradualmente en occidente.

Debido a la creencia del hinduismo en la reencarnación, todos los animales se consideran encarnaciones de hombres o deidades. Las vacas en especial son consideradas sagradas porque supuestamente son deidades encarnadas, de las cuales el hinduismo tiene 330 millones. Estas vacas agravan la escasez de alimentos porque consumen el 20% de todo el abastecimiento de comida de la India. Hasta las ratas y los ratones, que consumen el 15%, no son exterminados porque podrían ser los parientes reencarnados de alguna persona.

Así como el paganismo es la gran plaga de la India, África, y muchas otras partes del mundo, el cristianismo ha sido una bendición. Europa y los Estados Unidos de América, aunque nunca completamente cristianos en el sentido bíblico, han sido bendecidos inmensamente a causa de la influencia cristiana en la filosofía y normas políticas, sociales y económicas. Sin embargo, el concepto degradado de la vida humana, como lo demuestra la creciente aprobación legal y social del aborto, infanticidio y eutanasia de hoy en día, reflejada tan ampliamente en el bajo concepto de la familia, ha debilitado grandemente esa influencia.

Un alto concepto de Dios

Sin un concepto adecuado de Dios no puede existir un concepto adecuado del hombre. Aquellos que tienen esa perspecti-

va correcta de Dios también tienen una relación correcta con él por medio de Jesucristo, quien nos prometió las provisiones de nuestro Padre celestial. Él dice:

> No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?... Porque los gentiles buscan todas estas cosas, pero vuestro Padre que está en los cielos sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Más bien, buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas (Mat. 6:25, 32, 33).

A medida que usted se enfoca en los asuntos espirituales, Dios se encargará de sus necesidades físicas.

A veces Dios sustenta a sus hijos a través de medios milagrosos, pero su manera principal de proveer es por medio del trabajo (2 Tes. 3:10-12). Él nos ha dado la energía, recursos y oportunidad de hacerlo así. Para aquellos que por cualquier razón legítima no pueden trabajar, él provee cuidado por medio de aquellos que pueden trabajar. Ya sea que lo haga directa o indirectamente, Dios siempre es la fuente de nuestro bienestar físico. Él hace que la tierra produzca lo que necesitamos, y nos da la habilidad de conseguirlo.

Un día a la vez

"Hoy" es el día que le pedimos a Dios que supla nuestras necesidades. Debemos depender del Señor un día a la vez. Aceptar la provisión del Señor para el día presente, sin preocuparnos de nuestras necesidades o bienestar mañana, es un testimonio de nuestra satisfacción con su bondad y fidelidad.

La oración se enfoca en Dios como aquel que suple. Reconoce que él es la Fuente de todas nuestras necesidades físicas, y nos enseña a vivir un día a la vez teniendo plena confianza de que él suplirá esas necesidades.

8

"PERDÓNANOS NUESTRAS DEUDAS"



Existe un epitafio fuera de lo común en una gran lápida en un cementerio de las afueras de la ciudad de Nueva York. El nombre de la persona en la tumba no se encuentra en la lápida. No se menciona cuándo nació la persona o cuándo murió. Tampoco se indica nada sobre si la persona fue una amada madre, padre, esposo, esposa, hermano, hermana, hijo o hija. Sólo una palabra se extiende a lo ancho de la lápida: *Perdonado.* Es evidente que el hecho más importante de la vida de este individuo fue la paz que él o ella conoció como resultado del perdón de Dios.

Henry Ward Beecher, un popular predicador estadounidense del siglo XIX, dijo:

> Permítame cortar una rama de uno de estos árboles que ahora está retoñando en mi jardín, y durante todo el verano habrá una fea cicatriz donde se hizo el gran

> corte; pero para el otoño siguiente estará perfectamente cubierta por lo que está creciendo; y para el otoño que le sigue no se podrá ver; y en cuatro o cinco años sólo habrá una ligera cicatriz para mostrar dónde ocurrió; y en 10 ó 20 años jamás sospecharía que hubo una amputación. Los árboles saben cómo cubrir sus heridas y esconderlas, el amor no espera tanto como los árboles[1].

El apóstol Pedro dijo que el amor cubre una multitud de pecados (1 Ped. 4:8), y una de las maneras más importantes en que hace eso es a través del perdón.

Lo más esencial, bendito y, sin embargo, más costoso que hizo Dios fue proveer al hombre el perdón del pecado. Es sumamente esencial porque nos mantiene alejados del infierno y nos da gozo en esta vida. Es sumamente bendito porque nos introduce a una comunión eterna con Dios. Y es sumamente costoso porque el Hijo de Dios entregó su vida para que pudiéramos vivir.

John Stott, en su libro *Confess Your Sins* (Confiese sus pecados), cita al director de un gran hogar británico para enfermos mentales: "Podría dar de alta a la mitad de mis pacientes mañana si se les pudiera asegurar el perdón"[2]. Estar libre de culpa por medio del verdadero perdón es la necesidad espiritual más profunda del hombre. Sin ello, él no puede entablar una relación con Dios que produzca paz y esperanza. Él es santo y "demasiado limpio como para mirar el mal; [él] no puede ver el agravio" (Hab. 1:13). "Santo, santo, santo es el SEÑOR de los Ejércitos" dice Isaías (6:3). El Dios santo no puede considerar una relación con hombres impuros a menos que haya perdón del pecado.

Por eso nuestro Señor escoge como el siguiente tema en su patrón para la oración: "Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mat. 6:12). Los versículos 14, 15 sirven como nota al pie de la página: "Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, vuestro Padre celestial también os perdonará a vosotros. Pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas".

EL PROBLEMA ES EL PECADO

El perdón del pecado es la necesidad más grande del corazón humano porque el pecado tiene un efecto en dos aspectos: Promete condenar a los hombres para siempre mientras que al mismo tiempo les roba de la plenitud de la vida cargando a la conciencia con una incesante culpa. En última instancia, el pecado separa al hombre de Dios, de modo que es incuestionablemente el principal enemigo y el problema más grande del hombre.

El apóstol Pablo captó el impacto del pecado cuando citó varios pasajes del Antiguo Testamento en su carta a los cristianos que estaban en Roma: "No hay justo ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se apartaron, a una fueron hechos inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno" (Rom. 3:10-12; cf. Sal. 14:1-3; 53:1-4). Luego concluye: "Todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios" (Rom. 3:23).

LA OBRA DEL PECADO

El pecado es el monarca que gobierna el corazón de cada hombre. Es el primer señor de nuestra alma, y su virus ha contaminado a cada ser viviente. El pecado es el poder degenerado en la corriente humana que hace que el hombre sea susceptible a la enfermedad, dolencia, muerte y el infierno. Es el culpable en cada matrimonio roto, hogar deteriorado, amistad destruida, discusión, dolor, pena y muerte. No es de sorprenderse que la Escritura la compare con el veneno de una serpiente y el hedor de la muerte (Rom. 3:13).

El pecado es la enfermedad moral y espiritual para la cual el hombre no tiene cura. "¿Podrá el etíope cambiar de piel y el leopardo sus manchas? Así tampoco vosotros podréis hacer el bien, estando habituados a hacer el mal" (Jer. 13:23).

- *El pecado domina la mente.* Romanos 1:21 indica que los hombres tienen una mente depravada que se ha entregado al mal y la lujuria.

- *El pecado domina la voluntad.* Según leemos en Jeremías 44:15-17, los hombres desean hacer el mal porque su voluntad está controlada por el pecado.
- *El pecado domina las emociones y los afectos.* El hombre natural no quiere que se cure su pecado porque ama las tinieblas en lugar de la luz.
- *El pecado pone a los hombres bajo el control de Satanás.* Efesios 2:2 enseña que los hombres son guiados por el "príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora actúa en los hijos de desobediencia".
- *El pecado pone a la gente bajo la ira divina.* Según Efesios 2:3, los que no son salvos son "hijos de ira".
- *El pecado somete a los hombres a la miseria.* Job dijo: "Pero el hombre nace para el sufrimiento, así como las chispas vuelan hacia arriba" (Job 5:7). "'¡No hay paz para los malos!', dice el SEÑOR" (Isa. 48:22).

Las formas del pecado

Los escritores del Nuevo Testamento usan típicamente cinco palabras griegas para referirse a algún aspecto del pecado.

Hamartia es la más común y conlleva la idea fundamental de no dar en el blanco. El pecado no da en el blanco del estándar de justicia de Dios.

Paraptoma, a menudo representaba "entrar sin autorización", es el pecado de resbalar o caer, y resulta más del descuido que de la desobediencia intencional.

Parabasis se refiere a cruzar la línea, ir más allá del límite prescrito por Dios. A menudo se traduce "transgresión". Este pecado es más consciente e intencional.

Anomia significa "anarquía", y es un pecado aún más intencional y flagrante. Describe una rebelión abierta y directa en contra de Dios y su voluntad.

Opheilema es la palabra que se usa en Mateo 6:12. La forma verbal se usa más a menudo para referirse a deudas morales o espirituales. El pecado es una deuda moral o espiritual con Dios que se debe pagar. En su relato de esta oración, Lucas usa *hamartia* ("pecados"; Luc. 11:4), indicando claramente que la referencia es al pecado, no a la deuda financiera. Mateo proba-

blemente usó *opheilema* porque correspondía al término arameo más común para decir pecado que usaban los judíos de ese entonces, un término que también representaba deuda moral o espiritual con Dios.

Aquellos que confían en Cristo han recibido el perdón de Dios por el pecado y son salvos del infierno eterno. Puesto que esta oración es un modelo para que lo usen los creyentes, las deudas a las que se refieren aquí son las que los cristianos contraen cuando pecan. Infinitamente más importante que nuestra necesidad del pan diario es nuestra necesidad del continuo perdón del pecado. Arthur W. Pink escribe:

> Ya que es contrario a la santidad de Dios, el pecado es una contaminación, una deshonra, y un reproche para nosotros puesto que es una violación de su ley. Es un crimen, y la culpa que adquirimos de este modo es una deuda. Como criaturas tenemos una deuda de obediencia con nuestro creador y gobernante, y al no darle lo que le corresponde por nuestra total desobediencia, hemos contraído la deuda del castigo; y es por esto que imploramos un perdón divino[3].

Como resultado de nuestro constante pecado, tenemos una deuda inmensa con Dios que ni siquiera podríamos comenzar a pagar, es una deuda impagable, como la deuda que tenía el siervo malvado (Mat. 18:23-35). Cualquiera que desee venir a Dios debe hacerlo reconociendo la severidad de su pecado y la magnitud de su deuda.

EL PERDÓN ES LA SOLUCIÓN

Puesto que el problema más grave del hombre es el pecado, su necesidad más grande es el perdón, y eso es exactamente lo que Dios provee. Aunque hemos sido perdonados del castigo final del pecado por medio de la salvación en Cristo, necesitamos experimentar el perdón habitual de Dios por los pecados que continuamos cometiendo. La importancia de esta distinción será más clara cuando veamos las dos clases de perdón que podríamos calificar de judicial y de paternal.

Perdón judicial

Los creyentes reciben el perdón judicial de Dios en el momento que ponen su fe en Cristo como su Salvador. Ese perdón es total en la realidad de la justificación, por él Dios nos declara justos en su Hijo. Como resultado, ya no estamos bajo juicio, condenados a morir, ni tampoco destinados al infierno. Pablo dice: "Ahora pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús" (Rom. 8:1). El juez eterno nos ha declarado perdonados, justificados y justos. Ningún ser humano o satánico nos puede condenar o acusar permanentemente (vv. 33, 34).

La magnitud de este perdón es literalmente inconcebible. Dios dice: "No me acordaré más de su pecado" (Jer. 31:34). David escribió: "Tan lejos como está el oriente del occidente, así hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones" (Sal. 103:12). Isaías nos dice el motivo: "El SEÑOR cargó en él [Cristo] el pecado de todos nosotros" (Isa. 53:6; cf. 1 Ped. 2:24).

Dios no podía pasar por alto nuestro pecado a menos que alguien llevara el castigo por ello, y es por eso que Cristo murió. Dios nos ha perdonado (en efecto, eliminado) nuestros pecados basado en ese sacrificio que hizo una sola vez Cristo en la cruz. Allí cargó con nuestro castigo, llevó nuestra culpa, y pagó el precio por nuestro pecado. En el momento en que usted pone su fe en Cristo, su pecado pasó a él y la justicia de él pasó a usted, y Dios lo declaró judicialmente justificado (Rom. 3:24-26; 2 Cor. 5:21). Por medio de ese acto de perdón judicial, todos nuestros pecados, pasados, presentes y futuros son perdonados completamente[4].

Perdón paternal

Desafortunadamente, todavía pecamos en nuestra conducta porque aún no hemos sido perfeccionados. En Filipenses 3, Pablo reveló esta distinción cuando escribió que por medio de la fe en Cristo había recibido la justicia de Dios, no derivada de la ley; sin embargo, añadió que aún no había alcanzado un estándar perfecto de santidad en la práctica (vv. 7-14). De modo que requerimos constantemente del perdón, aquel que ofrece de

gracia nuestro Padre celestial. El apóstol Juan nos advierte: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad" (1 Jn. 1:8, 9).

De manera que el pecado, aunque es perdonado judicialmente, es aún una realidad en la vida del cristiano. Una disminución del pecado, junto con una creciente sensibilidad a él, debe caracterizar el caminar de cada cristiano. Y aunque nuestros pecados hoy y en el futuro no cambian nuestra posición delante de Dios, afectan la intimidad y gozo en nuestra relación con él.

Por ejemplo, si uno de sus hijos pecara desobedeciéndolo, eso no cambiaría su relación, usted aún es su padre o madre, listo a perdonar al instante. Pero hasta que él venga a usted a confesarle su desobediencia, la intimidad previa no será restaurada.

Durante la última cena, Jesús comenzó a lavar los pies de los discípulos como demostración del espíritu humilde y servidor que debería caracterizar a sus sirvientes. Al principio se rehusó Pedro, pero cuando Jesús dijo: "Si no te lavo, no tienes parte conmigo", Pedro se fue al otro extremo y quiso un baño completo. Jesús replicó: "El que se ha lavado no tiene necesidad de lavarse más que los pies, pues está todo limpio. Ya vosotros estáis limpios" (Juan 13:5-10).

El acto de lavar los pies realizado por Jesús fue más que un ejemplo de humildad; fue también una representación del perdón que Dios da en la continua limpieza de aquellos que ya están salvos. La suciedad de los pies simboliza la contaminación superficial diaria del pecado que experimentamos al pasar por las cosas de la vida. El pecado no nos ensucia completamente, ni tampoco puede hacerlo porque hemos sido limpiados permanentemente. La purga judicial que ocurre en la regeneración no necesita repetirse, pero la purificación práctica es necesaria todos los días porque a diario no alcanzamos la santidad perfecta de Dios.

Como Juez, Dios está ansioso de perdonar a los pecadores, y como Padre está aún más ansioso de seguir perdonando a sus hijos. Cientos de años antes de Cristo, Nehemías escribió: "Tú

que eres un Dios perdonador, clemente y compasivo, tardo para la ira y grande en misericordia" (Neh. 9:17). Con todo lo vasto y profundo que es el pecado del hombre, la magnitud del perdón de Dios es mucho mayor. Donde abunda el pecado, sobreabunda la gracia de Dios.

En alguna parte de nuestras oraciones, después que hemos pedido que su nombre sea santificado, que venga su reino y sea hecha su voluntad —y después que hemos reconocido que Dios es la fuente de nuestro sostén físico y diario— necesitamos enfrentar el hecho de que nuestros pies están sucios. Mientras tengamos en nuestras vidas pecados que no hayamos confesado, perderemos la plenitud de gozo e intimidad en nuestra comunión con Dios. Por lo tanto, la petición "perdónanos nuestras deudas", es simplemente nuestra súplica a Dios para que nos limpie momento a momento cuando le confesamos nuestros pecados.

Donald Grey Barnhouse, en una conversación con un profesor universitario, contó esta historia que ilustra la magnitud del perdón amoroso:

> Un hombre había vivido una vida de mucho pecado pero se convirtió, y al final se llegó a casar con una gran mujer cristiana. Él le había confiado la naturaleza de su vida pasada en unas cuantas palabras. En lo que le decía estas cosas, la esposa le agarró la cabeza y la puso entre sus manos, lo acercó a su hombro y le besó diciendo: "Juan, quiero que entiendas algo con toda claridad. Conozco muy bien mi Biblia, y por lo tanto, conozco la sutileza y las artimañas del pecado que trabajan en el corazón del ser humano. Sé que eres un hombre totalmente convertido, Juan, pero sé que aún tienes una vieja naturaleza, y que todavía no has aprendido completamente los caminos de Dios como pronto lo harás. El diablo hará todo lo posible para arruinar tu vida cristiana y se encargará de que toda clase de tentaciones crucen tu camino. Llegará el día, Dios no lo permita, en que sucumbirás a la tentación y pecarás. El diablo inmediatamente te dirá que no sirve intentarlo, que será mejor que continúes pecando, y que por encima de todo, no

me lo digas porque me lastimará. Pero Juan, quiero que sepas que aquí en mis brazos está tu hogar. Cuando me casé contigo, me casé con tu vieja naturaleza así como con la nueva, y quiero que sepas que hay perdón completo por adelantado por cualquier mal que pueda entrar en tu vida".

El doctor Barnhouse dijo que cuando terminó de contar la historia, el profesor universitario alzó sus ojos con reverencia y dijo: "¡Dios mío! ¡Si algo puede mantener a un hombre rectamente eso [la clase de amor perdonador] lo haría!"[5].

LA CONFESIÓN ES BUENA PARA EL ALMA

Pedir perdón implica confesión. Los pies que no se presentan a Cristo no pueden ser lavados por él. El pecado que no se confiesa no puede ser perdonado: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad" (1 Jn. 1:9). Confesar significa básicamente estar de acuerdo, y cuando confesamos nuestros pecados estamos de acuerdo con Dios de que son perversos, malos, contaminantes, y que no tienen lugar en la vida de aquellos que le pertenecen a él.

Es difícil confesar pecados. Es especialmente difícil lograr que un niño admita que hizo algo malo. Cuando yo era un niño pequeño, otro chico y yo hicimos actos vandálicos en una escuela en un pueblo de Indiana donde mi padre estaba llevando a cabo una reunión de avivamiento. En un intento por descubrir quiénes eran los culpables, algunas personas fueron de casa en casa, buscando información acerca de los autores. Cuando llegaron a la casa donde se estaba hospedando mi familia, mi padre y el dueño de la casa (el padre del otro niño) contestaron a la puerta. Una de las personas les preguntó si el otro niño y yo sabíamos algo del vandalismo. Yo agarré la mano de mi padre y puse mi rostro más angelical, haciendo todo lo posible por demostrar que era tan espiritual como mi padre el evangelista. Tanto mi padre como el otro padre aseguraron a los indagadores de que éramos niños maravillosos y que no

hubiéramos estado involucrados en tal actividad. Me llevó 10 años antes de llenarme de suficiente valor para decirle a mi padre lo que realmente había sucedido.

Satanás, así como también nuestra naturaleza orgullosa luchan en contra de cualquier clase de admisión de una fechoría. Pero la confesión es el único camino hacia una vida libre y gozosa. Proverbios 28:13 dice: "El que encubre sus pecados no prosperará, pero el que los confiesa y los abandona alcanzará misericordia". John Stott dice: "Uno de los antídotos más seguros en contra del proceso de endurecimiento moral es la práctica disciplinada de poner al descubierto nuestros pecados de pensamiento y actitud, así como de palabra y obra, y abandonarlos con un corazón arrepentido"[6].

Si usted no confiesa sus pecados, se volverá duro. He visto a cristianos, judicialmente perdonados y eternamente seguros, que están endurecidos, no se arrepienten y son insensibles hacia el pecado. En consecuencia, también carecen de gozo porque no tienen una comunión amorosa e íntima con Dios. Han excluido el gozo y la comunión con la barrera creada por su pecado sin confesar.

El verdadero cristiano no ve la promesa que hizo Dios del perdón como un permiso para pecar, una manera de abusar de su amor y presumir de su gracia. En cambio, ve el perdón clemente de Dios como medio para lograr crecimiento espiritual y santificación. Él continuamente agradece a Dios por su gran amor y deseo de perdonar.

La confesión del pecado también es crucial porque le da a Dios la gloria cuando castiga al cristiano desobediente. Tal respuesta positiva a su disciplina remueve cualquier posible queja de injusticia porque el pecador está admitiendo que merece lo que le dé Dios.

PERDONAR A LOS DEMÁS ES LA PRUEBA FINAL

Jesús nos da el prerrequisito de perdonar a los demás con las palabras: "Como también nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mat. 6:12). El principio es sencillo pero alecciona-

dor: Si hemos perdonado, seremos perdonados; si no hemos perdonado, no seremos perdonados.

RAZONES PARA PERDONAR A LOS DEMÁS

Debemos perdonarnos mutuamente por varias razones.

Una característica de los santos

Como ciudadanos del reino de Dios somos bienaventurados y recibimos misericordia porque nosotros mismos somos misericordiosos (Mat. 5:7). Debemos amar incluso a nuestros enemigos porque tenemos la naturaleza de nuestro Padre celestial morando en nosotros. Justo antes de entregar esta oración modelo, Jesús instruyó a su público: "Habéis oído que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, y orad por los que os persiguen; de modo que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos" (Mat. 5:43-45). Bendecir a aquellos que lo persiguen equivale a perdonar. Al amar a sus enemigos, manifiesta que es un hijo de Dios.

El perdón es la marca de un corazón verdaderamente regenerado. Cuando un cristiano no perdona a otra persona, se establece como juez superior a Dios e incluso cuestiona la realidad de su fe.

El ejemplo de Cristo

El apóstol Pablo nos manda a ser "bondadosos y misericordiosos los unos con los otros, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo" (Efe. 4:32). Juan nos dice: "El que dice que permanece en él debe andar como él anduvo" (1 Jn. 2:6). Jesús mismo es nuestro modelo para el perdón. Por aquellos que clavaron sus manos, le escupieron el rostro, se burlaron de él y aplastaron una corona de espinas sobre su cabeza, Jesús dijo: "Padre, perdónalos" (Luc. 23:34). Él es nuestro modelo de conducta. La severidad de cualquier ofensa hacia nosotros no se puede comparar con lo que soportó Cristo. El escritor de Hebreos dijo: "Todavía no habéis resistido hasta la sangre combatiendo contra el pecado" (Heb. 12:4).

Expresa la virtud más sublime del hombre

El hombre exhibe lo majestuoso que es como creación a la imagen de Dios cuando perdona. Proverbios 19:11 dice: "El discernimiento del hombre detiene su furor, y su honra es pasar por alto la ofensa".

Libra de culpa a la conciencia

La falta de perdón no sólo se levanta como barrera obstruyendo el perdón de Dios sino que también interfiere con la paz, felicidad, satisfacción e incluso el funcionamiento adecuado del cuerpo. Según 2 Corintios 2:10, 11, cuando tenemos un corazón que no perdona, le damos a Satanás ventaja sobre nosotros.

Beneficia al cuerpo de creyentes

Probablemente pocas cosas han causado cortocircuito al poder de la iglesia como los conflictos que no se han resuelto entre sus miembros. El salmista advierte: "Si en mi corazón yo hubiese consentido la iniquidad, el Señor no me habría escuchado" (Sal. 66:18). El Espíritu Santo no puede funcionar libremente entre aquellos que guardan rencor y resentimiento (Mat. 5:23, 24).

Libra de la disciplina de Dios

Donde hay un espíritu que no perdona, hay pecado; y donde hay pecado, habrá castigo. Hebreos 12:6 dice: "Porque el Señor disciplina al que ama y castiga a todo el que recibe como hijo". El pecado del cual no se arrepintió la iglesia de Corinto ocasionó que muchos creyentes fueran débiles, enfermos y hasta murieran (1 Cor. 11:30).

Activa el perdón de Dios

La activación del perdón de Dios es probablemente la razón más importante por la cual debemos perdonar a los demás. Esta razón es tan vital que Jesús la reafirma al cierre de su modelo para orar (Mat. 6:14, 15). No hay nada en la vida cristiana que sea más importante que el perdón, que perdonemos a los demás y que Dios nos perdone a nosotros. Puesto que Dios nos trata tal como tratamos a los demás, debemos perdonar a los demás

con la misma libertad y gracia con la que él nos perdona a nosotros.

LA MUESTRA DE UN ESPÍTIRU QUE PERDONA

Como una especie de posdata de la Oración de los discípulos, Mateo 6:14, 15 es el comentario de nuestro Salvador sobre la petición del versículo 12, la única petición a la que ofrece una apreciación adicional. Obviamente, las verdades aquí son de vital importancia: "Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, vuestro Padre celestial también os perdonará a vosotros. Pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas".

La primera parte del principio es positiva: "Si perdonáis a los hombres sus ofensas". Los creyentes deben perdonar como aquellos que han recibido el perdón judicial de Dios. Cuando su corazón está lleno de ese espíritu perdonador, "su Padre celestial también lo perdonará a usted". Los creyentes no pueden conocer el perdón paternal que viene de Dios, por el cual se mantiene una abundante comunión con el Señor e innumerables bendiciones suyas, si no perdonan a los demás de corazón y palabra.

El verbo que se traduce "perdonar" *(afíimi)* significa literalmente "lanzar lejos". Pablo tenía pensado eso cuando escribió: "Por esta razón recibí misericordia, para que Cristo Jesús mostrase en mí, el primero [de los pecadores], toda su clemencia" (1 Tim. 1:16; cf. Mat. 7:11). Un espíritu que no perdona no sólo es contradictorio para alguien que ha sido totalmente perdonado por Dios, sino que conlleva el castigo de Dios en lugar de su misericordia.

Nuestro Señor ilustra la respuesta despiadada en la parábola del hombre al que se le perdonó una deuda inmensa (Mat. 18:21-35). "El reino de los cielos es semejante a un hombre rey, que quiso hacer cuentas con sus siervos. Y cuando él comenzó a hacer cuentas, le fue traído uno que le debía diez mil talentos" (vv. 23, 24). Un talento equivalía a seis mil denarios, y los obreros ganaban un denario cada día laborable. Este esclavo hubiera tenido que trabajar seis días a la semana durante mil

semanas (algo más de 19 años) para ganar solamente *un* talento.

Usted muy bien se puede imaginar que "él no podía pagar, [así que] su señor mandó venderlo a él, junto con su mujer, sus hijos y todo lo que tenía, y que se le pagara. Entonces el siervo cayó y se postró delante de él diciendo: 'Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo'" (vv. 25, 26). Su deuda era inmensa y hubiera sido imposible para él pagarla. No obstante, "el señor de aquel siervo, movido a compasión, le soltó y le perdonó la deuda" (v. 27). En el simbolismo de la parábola, al hombre se le perdona su deuda impagable, la cual representa al pecado, y halla misericordia en el rey, lo cual representa salvación. Sin embargo el hombre abusa de este regalo maravilloso:

> Pero al salir, aquel siervo halló a uno de sus consiervos que le debía cien denarios, y asiéndose de él, le ahogaba diciendo: "Paga lo que debes". Entonces su consiervo, cayendo, le rogaba diciendo: "¡Ten paciencia conmigo, y yo te pagaré". Pero él no quiso, sino que fue y lo echó en la cárcel hasta que le pagara lo que le debía (vv. 28-30).

Esta deuda, aunque era una suma considerable (el sueldo de tres meses), pudo haberse pagado, pero era una cantidad insignificante comparado con lo que debía el otro esclavo. El Señor describe lo que sucedió después:

> Cuando sus consiervos vieron lo que había sucedido, se entristecieron mucho; y fueron y declararon a su señor todo lo que había sucedido. Entonces su señor le llamó y le dijo: "¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu consiervo, así como también yo tuve misericordia de ti?". Y su señor, enojado, le entregó a los verdugos hasta que le pagara todo lo que le debía. Así también hará con vosotros mi Padre celestial, si no perdonáis de corazón cada uno a su hermano (vv. 31-35).

Esa es una representación de alguien que recibe ansiosamente el perdón de Dios pero que no está dispuesto a perdonar a

los demás. Espero que usted no esté guardando rencor, y que no se haya olvidado de la gran misericordia que recibió de Dios.

Mateo 6:15 capta la esencia de esta parábola y su significado para los creyentes: "Si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas". El pecado de un corazón que no perdona y un espíritu amargado (Heb. 12:15) pierde la bendición e invita el castigo.

Cada creyente debe tratar de manifestar el espíritu perdonador de José (Gén. 50:19-21) y de Esteban (Hech. 7:60) tan a menudo como sea necesario. Recibir perdón del Dios santo y perfecto, y luego rehusarse a perdonar a los demás cuando somos gente pecadora es la personificación del abuso de la misericordia. Y "habrá juicio sin misericordia contra aquel que no hace misericordia. ¡La misericordia se gloría triunfante sobre el juicio!" (Stg. 2:13).

¿Qué hemos aprendido? Tenemos un continuo problema: el pecado. Este interrumpe nuestra comunión y utilidad para con él. La provisión de Dios por ese pecado es el perdón continuo. Lo recibimos confesando nuestro pecado. El prerrequisito es que perdonemos a los demás. Un cristiano que no perdona es una persona orgullosa y egoísta que se ha olvidado que sus pecados han sido limpiados. Aprenda a confesar, y antes de que confiese, aprenda a perdonar. Entonces podemos buscar con confianza a Dios en la soledad de nuestros corazones y pedirle que nos perdone cada día.

9

"LÍBRANOS DEL MAL"



Vivimos en un mundo perdido que nos bombardea continuamente con la realidad del pecado y sus consecuencias. Lo podemos ver primero en el mundo natural. Volcanes, terremotos, incendios, inundaciones, pestilencias y accidentes están aumentando con regularidad alarmante, amenazando la supervivencia de la humanidad.

El mundo intelectual en particular ataca a nuestra fe. El hombre está constantemente buscando la verdad, pero no es capaz de encontrarla. Sus juicios son parciales e injustos. Su incursión con el pensamiento relativo conduce a una destrucción inevitable. El hombre es estimulado por sus propias tendencias egoístas. La lógica se rige por el orgullo, el intelecto se rige por la lujuria, y la ganancia material convierte a los hombres en mentirosos. Las opiniones humanas están en continuo rumbo

de colisión entre sí. El hombre ha erigido fortalezas de ideología que se han establecido en contra de la verdad y de Dios.

El dolor y la ansiedad caracterizan al mundo emocional del hombre. Su incapacidad de controlar las actitudes destructivas asola su espíritu y su alma se irrita por sus conflictos con los demás. La envidia lo hiere, el odio lo amarga y la avaricia lo carcome como cáncer. Sus afectos están en el lugar equivocado, su amor es pisoteado y su confianza traicionada. Los ricos pisan a los pobres y los pobres tratan de destronar a los ricos. Cárceles, hospitales e instituciones para enfermos mentales marcan la agitación moral y emocional del hombre.

Pero sin lugar a dudas la parte más oscura del mundo del hombre es su vida espiritual. Está en discordia con Dios. El mecanismo de la naturaleza moral del hombre está visiblemente alterado. El hombre no está sincronizado con el plan divino de Dios. Las malas tendencias lo dominan desde sus antepasados perdidos y mancillados.

Parece no haber escape de esto en este mundo para el creyente sincero. Dondequiera que miremos nos enfrentamos a la cultura prevaleciente en este mundo perdido. Por encima de todo esto, Satanás ataca continuamente nuestra fe. Sabiendo esto, debemos orar: "No nos metas en tentación, mas líbranos del mal" (Mat. 6:13).

¿Tentación o prueba?

Esta sexta petición habla alentadoramente de la protección de Dios. A primer vistazo, la interpretación de su significado parece bastante simple: Le pedimos a Dios que nos proteja para que no nos metamos en problemas. Pero examinando más de cerca, este pedido no es tan sencillo, y una palabra en el texto griego acomoda su interpretación.

Peirasmos ("tentación") es básicamente una palabra neutra en griego, no tiene una connotación necesaria con algo bueno o malo, como lo hace la palabra en español *tentación*, la cual se refiere a inducir a hacer el mal. La raíz griega se refiere a examinar o probar, y de ese significado se derivan los significados relacionados con prueba y tentación. Aquí parece hacer un paralelo

con el término "mal", indicando que tiene el propósito de atraer para pecar.

EL PROBLEMA INTERPRETATIVO

La santidad y bondad de Dios no permitirán que él guíe a nadie, por cierto a ninguno de sus hijos, a un lugar o experiencia en la que ellos fuesen inducidos a propósito a cometer algún pecado. Santiago atestigua esto: "Nadie diga cuando sea tentado: 'Soy tentado por Dios'; porque Dios no es tentado por el mal, y él no tienta a nadie" (Stg. 1:13).

Sin embargo, Santiago recién había dicho previamente: "Hermanos míos, tenedlo por sumo gozo cuando os encontréis en diversas pruebas [*peirasmos*], sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia" (vv. 2, 3). Obviamente nos encontramos con un problema interpretativo para determinar si *peirasmos* en Mateo 6:13 debería traducirse "tentación" o "prueba". Como nos dice Santiago, Dios no tienta. ¿Entonces por qué pedirle que no haga lo que de todas maneras nunca haría? No obstante Santiago nos dice que deberíamos regocijarnos cuando nos encontremos con pruebas y no tratemos de evitarlas. ¿Entonces por qué deberíamos orar: "No nos metas en tentación"?

LA SOLUCIÓN PARADÓJICA

Afirmo junto con Crisóstomo, uno de los primeros padres de la iglesia, que la solución de este tema es que Jesús no está tratando con lógica o teología sino con un llamado natural de la debilidad humana enfrentándose al peligro (*Homilía* 19:10). Todos deseamos evitar el peligro y el problema que crea el pecado. Por lo tanto esta petición es la expresión del alma redimida que desprecia y teme tanto al pecado, que quiere escapar de toda posibilidad de caer en él, escogiendo evitar en vez de derrotar a la tentación.

Aquí tenemos otra paradoja bíblica. Sabemos que las pruebas son un medio para crecer espiritual, moral y emocionalmente. El carácter cristiano se fortalece por medio de las pruebas.

Sin embargo, no tenemos el menor deseo de estar en un lugar en el que la prueba podría conducir al pecado. Así que cuando resistimos las pruebas, nos damos cuenta de que estas nos fortalecen porque ejercitan nuestros músculos espirituales.

Incluso Jesús, cuando oró en el huerto de Getsemaní, consultó primero: "Padre mío, de ser posible, pase de mí esta copa", antes de decir: "Pero, no sea como yo quiero, sino como tú" (Mat. 26:39). Estaba aterrado ante el prospecto de cargar con el pecado, sin embargo, Jesús estaba dispuesto a soportarlo para cumplir con la voluntad de su Padre, la cual era ofrecer la redención de los pecadores que reciban al Hijo.

Nuestra propia reacción a los momentos de tentación es similar a la de Cristo, pero para nosotros es principalmente un asunto de tenerse desconfianza. Cuando vemos honestamente el poder del pecado y nuestra propia debilidad y tendencias pecaminosas, nos estremece el peligro de la tentación o incluso la prueba. Ese era el objetivo de Santiago cuando dijo: "...cada uno es tentado cuando es arrastrado y seducido por su propia pasión. Luego esa pasión, después de haber concebido, da a luz el pecado; y el pecado, una vez llevado a cabo, engendra la muerte" (Stg. 1:14, 15).

Esta petición, por lo tanto, es otra súplica para que Dios provea lo que nosotros no tenemos dentro de nuestras capacidades. Es una apelación a Dios para que cuide nuestros ojos, nuestros oídos, nuestros labios, nuestros pies y nuestras manos, que en cualquier cosa que veamos, escuchemos o digamos, y a cualquier sitio que vayamos y en todo lo que hacemos, él nos proteja del pecado. Y cuando somos tentados, necesitamos recordar que "toda buena dádiva y todo don perfecto proviene de lo alto y desciende del Padre de las luces, en quien no hay cambio ni sombra de variación" (Stg. 1:17).

¿Aprobar o desaprobar?

Cuando hablamos de una prueba o un examen, nosotros aprobamos o desaprobamos. De este modo, cada prueba que Dios permite puede convertirse en una tentación. Mucho tiempo después que los hermanos de José lo vendieron como esclavo

en Egipto, él les dijo: "Vosotros pensasteis hacerme mal, pero Dios lo encaminó para bien" (Gén. 50:20). Cada lucha y prueba que experimentamos Dios lo permite para probarnos, para que ejercitemos nuestros músculos espirituales y ayudarnos a madurar (cf. 1 Ped. 5:10). Pero si usted no encomienda la situación a Dios y permanece en su fortaleza, Satanás la convertirá en tentación. Él atraerá su lujuria y puede que lo incite a pecar.

Tratando con las pruebas

No tenemos la certeza de que, como José, estaremos completamente sometidos y dependamos de Dios en nuestras pruebas. La implicación de esta parte de la oración parece ser: "Señor, nunca nos lleves a una prueba que presente una tentación tal que no la podremos resistir. En cambio, líbranos de cualquier prueba que cause el mal en nosotros como una consecuencia natural. No nos pongas en una situación que no podemos manejar". Esto es clamar la promesa de que "...fiel es Dios, quien no os dejará ser tentados más de lo que podéis soportar, sino que juntamente con la tentación dará la salida, para que la podáis resistir" (1 Cor. 10:13).

Aunque Dios no nos va a tentar para que pequemos, él traerá cosas a nuestra vida que se convierten en pruebas para nosotros. Cuando delante de usted pasa cierta revista, libro, cine o algún programa de televisión, eso puede ser una prueba para revelar su fortaleza espiritual. Si no pasa la prueba, se convertirá en una tentación que incita su lujuria y lo lleva a pecar.

Si lo han despedido del trabajo, eso puede ser una prueba. ¿Cómo va a enfrentar ello? Si lo toma con gozo y encomienda su situación al Señor, usted pasará la prueba. Pero Satanás lo tentará para que se queje y quizás haga todo lo posible por arruinar la reputación de su jefe.

Mateo 4:1 dice que Jesús fue "llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo". Para Dios fue una prueba para examinar la virtud de Cristo; para Satanás fue una tentación para destruir su virtud. Job dijo: "...cuando él me

haya probado, saldré como oro" (Job 23:10). Él trató su prueba de la manera correcta. Pedro dijo: "En esto os alegráis, a pesar de que por ahora, si es necesario, estéis afligidos momentáneamente por diversas pruebas, para que la prueba de vuestra fe —más preciosa que el oro que perece, aunque sea probado con fuego— sea hallada digna de alabanza, gloria y honra en la revelación de Jesucristo" (1 Ped. 1:6, 7).

El Señor ordena nuestra vida para que nunca seamos tentados sin la fortaleza para resistir (1 Cor. 10:13). Él usa nuestras pruebas para ayudarnos a confiar más en él y fortalecer a otros que después pasan por la misma prueba. También las usa para acercarnos a su palabra y a la oración.

La petición en Mateo 6:13 es una protección en contra de presumir y tener un falso sentido de seguridad y autosuficiencia. Sabemos que nunca seremos perfectos espiritualmente, y que nunca estaremos libres del peligro del pecado hasta que estemos con el Señor. Tal como oró nuestro amado Señor por nosotros en su grandiosa oración intercesora, queremos, a toda costa, que nos guarde del malvado (Juan 17:15).

Tratando con la tentación

Cuando oramos sinceramente: "No nos metas en tentación, mas líbranos del mal", también declaramos nuestro sometimiento a su Palabra, la cual es nuestra protección en contra del pecado. Santiago 4:7 nos da una orden sencilla: "Someteos, pues, a Dios. Resistid al diablo, y él huirá de vosotros". Someterse a Dios es someterse a su Palabra: "En mi corazón he guardado tus dichos para no pecar contra ti" (Sal. 119:11). De modo que el creyente ora para estar protegido de la abrumadora incitación a pecar, y si cae, ora para ser rescatado.

En un mundo bajo la maldición en el que somos atacados por la perversidad que nos rodea, confesamos nuestra insuficiencia para tratar con el mal. Confesamos la debilidad de nuestra carne y la absoluta impotencia de los recursos humanos para combatir el pecado y rescatarnos de sus garras. Por encima de todo, confesamos nuestra necesidad de protección y liberación de nuestro amoroso Padre celestial.

¿Honrará Dios la petición en Mateo 6:13? Según 1 Corintios 10:13, sí. Dios nunca permitirá que usted experimente una prueba que es más de lo que puede resistir. Esto se puede ver en Mateo 6:13 en la frase "líbranos del mal". Dios nunca permitirá que seamos tentados más allá de lo que podemos soportar. Esa es su promesa, y si cumplimos con la condición de esa promesa, la podemos reclamar. ¿Cuál es la condición? Sométase al Señor y resista al diablo.

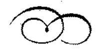
¿Qué hemos aprendido del Padrenuestro? Todo lo que necesitamos está a nuestra disposición. Primero debemos dar a Dios el lugar que se merece. Luego podemos traerle nuestras necesidades, y él las suplirá por medio de su abastecimiento ilimitado y eterno. Un autor desconocido resume muy bien el impacto de este modelo de oración:

> No puedo decir "nuestro" si vivo solamente para mí mismo en un compartimiento espiritual hermético.
> No puedo decir "Padre" si no me esfuerzo cada día para comportarme como su hijo.
> No puedo decir "que estás en los cielos" si no estoy guardando tesoros allí.
> No puedo decir "santificado sea tu nombre" si no estoy esforzándome para permanecer en santidad.
> No puedo decir "venga tu reino" si no estoy haciendo todo lo posible para que se acelere la llegada de ese maravilloso día.
> No puedo decir "sea hecha tu voluntad" si estoy desobedeciendo su Palabra.
> No puedo decir "como en el cielo así también en la tierra" si no le voy a servir ahora mismo.
> No puedo decir "el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy" si soy deshonesto o compro cosas en forma ilícita.
> No puedo decir "perdónanos nuestras deudas" si guardo rencor contra alguien.
> No puedo decir "no nos metas en tentación" si me pongo a propósito a su paso.
> No puedo decir "líbranos del mal" si no me pongo toda la armadura de Dios.

No puedo decir "tuyo es el reino" si no le doy al Rey la lealtad que se merece al ser fiel a él.
No puedo atribuirle "el poder" si temo lo que pudieran hacer los hombres.
No puedo atribuirle "la gloria" si sólo estoy buscando mi propia honra.
No puedo decir "por todos los siglos" si el horizonte de mi vida está limitado completamente por las cosas del tiempo.

A medida que se compromete a seguir este modelo para todas sus oraciones, todo su caminar cristiano revolucionará, no sólo su costumbre de orar. Nunca le faltará qué decir en oración. Estar a solas con Dios jamás será lo mismo.

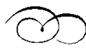
Tercera parte



La oración en acción

10

ORAR POR LAS COSAS CORRECTAS



Cuando usted ora, ¿por qué ora típicamente? Si hoy fuéramos a hacer una encuesta en una iglesia evangélica acerca de temas por los que más se ora, descubriríamos que la mayoría de oraciones están a menudo dirigidas equivocadamente, son miopes y egoístas. Típicamente oramos por salud, felicidad y éxito. Oramos por la comodidad personal. Oramos por soluciones que curen todos los problemas físicos de la vida, tales como: sanidad, un lugar donde vivir, un trabajo, un carro, un esposo, una esposa, hijos, un ascenso de puesto, más dinero, etc. A pesar de lo importante que son esas cosas, en cierto aspecto (especialmente para la gente en necesidad), no tienen mucha prioridad en la lista del reino de Dios. Jesús dijo que no nos afanemos por lo que vamos a comer, beber o usar cuando sabemos que Dios suple todas estas cosas (Mat. 6:25-33). Nuestra prioridad debe ser fomentar el reino de Dios.

Vivimos en un mundo que sabe muy poco lo que es verdaderamente valioso. La gente que nos rodea está yendo detrás de cosas que no tienen valor duradero. Esta búsqueda la trata con mucha habilidad Anton Chekhov en su historieta clásica *The Bet* (La apuesta). Esta historia nos ofrece una apreciación fabulosa del sistema de valores de la mayoría de la gente.

El argumento tiene que ver con una apuesta entre dos hombres educados con respecto a estar incomunicados. Un rico banquero de mediana edad creía que la pena de muerte era un castigo más humano que estar incomunicado porque "un verdugo mata al instante, estar incomunicado mata gradualmente". Uno de sus invitados en una fiesta, un joven abogado de 25 años, no estaba de acuerdo y dijo: "Vivir bajo cualquier condición es mejor que no vivir en lo absoluto".

Enojado, el banquero respondió impulsivamente con una apuesta de dos millones de rubros diciendo que el joven no podía durar cinco años incomunicado. El abogado estaba tan convencido de su resistencia que anunció que se quedaría 15 años en lugar de cinco.

Se hicieron los arreglos, y el joven pasó a un edificio apartado ubicado en el terreno de la gran propiedad del banquero. No se le permitieron visitas o periódicos. Él podía escribir cartas pero no recibir ninguna. Había guardias vigilando para asegurarse de que nunca infringiera el acuerdo, pero estaban situados de tal manera que nunca podría ver a otro ser humano desde su ventana. Él recibía su comida en silencio a través de una pequeña abertura donde no podía ver a los que le servían. Todo lo demás que quisiera, libros, ciertas comidas, instrumentos musicales, etc., se le concedía a pedido especial por escrito.

Durante el primer año se podía escuchar el piano a casi cualquier hora, y él pidió muchos libros, mayormente novelas y otras lecturas sencillas. Al año siguiente cesó la música y se pidieron las obras de varios autores clásicos. En el sexto año de aislamiento comenzó a estudiar idiomas y en poco tiempo dominó seis. Después del décimo año de estar incomunicado, el preso se sentó sin moverse en la mesa y leyó el Nuevo Testamento. Después de saturarse con la Biblia durante un año, comenzó a estudiar la historia de la religión y obras de teología.

La segunda parte de la historia se enfoca en la noche anterior al medio día de la fecha límite en que el abogado ganaría la apuesta. El banquero estaba ahora al final de su carrera. Sus especulaciones riesgosas e impetuosidad habían socavado gradualmente su negocio. El que una vez fue un millonario confiado ahora era un banquero de segunda categoría, y le destruiría pagar la apuesta. Enojado por su necedad y celoso del abogado que pronto estaba por convertirse en rico que ahora sólo tenía 40 años, el viejo banquero decidió matar a su adversario y tendió una trampa para que pareciera que lo hizo el guardia. Se metió al cuarto del hombre, lo encontró durmiendo en la mesa y se dio cuenta de una carta que el abogado le había escrito. La recogió y leyó lo siguiente:

> Mañana a las 12 en punto seré libre... pero antes de dejar esta habitación... encuentro que es necesario decirte unas cuantas palabras. Con una conciencia limpia, y ante Dios, quien me ve, te declaro que rechazo la libertad, vida, salud y todo lo que tus libros llaman las diversiones de este mundo... Sé que soy más sabio que todos ustedes... Rechazo y desprecio todos tus libros, desprecio todas las bendiciones y sabiduría terrenales. Todo carece de valor y es falso, vacío y engañador como un espejismo. Puede que seas orgulloso, sabio y hermoso, pero la muerte te barrerá y sacará de la tierra, como sucede con los ratones que viven debajo de tu piso; y tus herederos, tu historia, tu genialidad inmortal se congelará o quemará junto con la destrucción de la tierra. Te has vuelto loco y no estás siguiendo el camino correcto. Lo falso lo tomas como verdadero, y lo deformado como belleza. Para demostrarte cómo rechazo todo lo que valoras renuncio a los dos millones que una vez me parecieron ser el comienzo de un paraíso para mí, y que ahora rechazo. Para privarme del derecho de recibirlos, dejaré mi prisión cinco horas antes del tiempo asignado, y de esta manera rompo con las condiciones de nuestro pacto.

El banquero leyó la carta, puso el papel en la mesa, besó al extraño hombre dormido, y con lágrimas en los ojos se fue si-

lenciosamente de la casa. Chekhov escribe: "Nunca antes, ni siquiera después de resistir grandes pérdidas, se había despreciado como lo hizo en ese momento". Sus lágrimas lo mantuvieron despierto el resto de la noche. Y a las siete de la mañana siguiente le informaron los guardias que habían visto al hombre arrastrarse por una ventana, ir a la puerta y luego desaparecer.

Algunas personas tienen que aprender a las malas lo que es valioso, y hay otros que nunca aprenden.

Acabamos de aprender a través de varios capítulos lo que es valioso en nuestras oraciones. El modelo de la oración de Jesús en Mateo 6:9-15 nos da el marco en el que podemos establecer nuestra propia práctica de orar. En los siguientes dos capítulos que quedan, veremos los temas espirituales específicos que deberían ser el centro de nuestras oraciones. Estos temas expandirán y darán forma al modelo que nos dio Jesús. Para entender esos asuntos vitales, necesitaremos explorar lo que enseñó el apóstol Pablo acerca de ellos.

Pablo supo lo que era importante en la vida cristiana. Sus oraciones por los santos son sorprendentes por el trato exclusivo de asuntos espirituales. Una de sus oraciones en particular resalta por su simpleza y profundidad: "Con este fin oramos siempre por vosotros: para que nuestro Dios os haga dignos de su llamamiento y que él cumpla todo buen propósito y toda obra de fe con poder" (2 Tes. 1:11). Pablo a menudo enfocó sus oraciones en temas que engrandecerían el beneficio espiritual de los santos. Aquí él tuvo tres deseos para los tesalonicenses: dignidad, cumplimiento y servicio poderoso.

LA FUENTE

Antes de ver esas tres peticiones y sus implicaciones, necesitamos considerar brevemente la fuente de toda bendición espiritual. Pablo sabía que la mayor parte de lo que deseaba sólo lo podía conseguir por medio de la oración. Él no se fijó en el ingenio humano o algún programa; él se volvió a Dios. Pablo era un pastor fiel que enseñó al pueblo de Dios en todo momento y en cualquier lugar que podía, la importancia de obedecer los mandamientos del Señor. Pero eso en sí no era

suficiente, él tenía que volverse a Dios, el único que podía estimular la obediencia del pueblo. Pablo sabía que Dios desea santificar a su pueblo, y ese también fue su deseo. Por lo tanto, él oró por las cosas que Dios quería lograr en su pueblo.

Si usted quiere orar el uno por el otro, no ore tan solo por las necesidades físicas, convierta en prioridad orar por los temas espirituales importantes de la vida porque son de sumo interés para Dios. Su propósito final es conformarlo a la imagen de Jesucristo. Las pequeñas pruebas de la vida son importantes en la medida en que revelan su necesidad espiritual más grande. Dios se interesa por la manera en que responde y su actitud hacia los eventos que suceden en su vida.

Para Pablo, y para cualquier cristiano maduro, la oración es un estado mental permanente por el que las promesas y propósitos de Dios, el bienestar espiritual de su pueblo, la propagación de su evangelio y el crecimiento de su iglesia se desean apasionadamente. Lo que le interesa al Señor debe interesarle a usted si verdaderamente va a glorificarlo en su vida.

LAS PETICIONES

La oración de Pablo por los tesalonicenses contiene tres temas espirituales vitales y dinámicos que son cruciales para todos los creyentes: "Para que nuestro Dios os haga dignos de su llamamiento y que él cumpla todo buen propósito y toda obra de fe con poder" (2 Tes. 1:11). Dignidad se refiere al carácter espiritual. Debe ser nuestro deseo que el Señor nos convierta en la clase de gente que deberíamos ser. Cumplimiento se refiere a Dios produciendo en nuestras vidas todo anhelo santo. Y el poder es necesario para que nuestro servicio sea verdaderamente efectivo. Cuando ora por sus seres queridos o por hermanos y hermanas en Cristo, ore por su dignidad, cumplimiento y poder en el servicio. Cuando estos asuntos son la prioridad de sus oraciones y nuestros modelos de obediencia, Dios será honrado.

Dignidad

La primera petición de Pablo es que Dios "os haga dignos de su llamamiento". Esta es una petición amplia que abarca nuestro carácter cristiano. Si decimos pertenecer a Cristo, necesitamos vivir de tal manera que lo honre.

La frase "su llamamiento" es un concepto amplio en el Nuevo Testamento que siempre, en las epístolas, se refiere al llamado efectivo a la salvación que trae como resultado la regeneración. Este no es un llamado al arrepentimiento o a creer. Es un llamamiento que Pablo describe en Romanos: "A los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó" (Rom. 8:30). Aquí, "llamamiento" ocurre en el fluir de la salvación, el "llamamiento" que activa en su momento la elección realizada en el pasado eterno. Es un llamamiento irrevocable (Rom. 11:29). En su primera epístola a los tesalonicenses, Pablo habló sobre la importancia de este llamado: "Y os insistíamos en que anduvieseis como es digno de Dios, que os llama a su propio reino y gloria" (1 Tes. 2:12).

Lo que Pablo quería decir era muy claro. Los creyentes han sido llamados a la salvación, a llevar el nombre de cristianos e identificarse como pueblo de Dios. Así que él ora por nosotros para que seamos dignos de llevar el nombre de Cristo.

Dignidad en posición

Todos nos merecemos la muerte y no nos merecemos la salvación. Eso era cierto antes de que Dios nos salvara. Por lo tanto podemos concluir que Dios salva al que no es digno y lo convierte en digno. Esa es nuestra posición en Cristo. Así como usted fue declarado justo en la justicia de Cristo, así fue llamado digno a causa de la justicia de él. Usted no se ganó su justicia; tampoco se ganó su dignidad, es toda suya sólo a través del regalo de la gracia de Dios. De manera que usted es digno en su estado posicional delante de Dios.

Dignidad en práctica

Es en el sentido práctico que Pablo le pide a Dios que nos haga más dignos. Dios quiere que usted se merezca más el llevar su nombre, y él usará su sufrimiento para alcanzar esa meta: "Esto da muestra evidente del justo juicio de Dios, para que seáis tenidos por dignos del reino de Dios, por el cual también estáis padeciendo" (2 Tes. 1:5). El sufrimiento que él permite en su vida separa la carne y lo acerca a él. Y eso en última instancia trae madurez espiritual.

En 2 Tesalonicenses 1:11 Pablo no se interesa tanto por el proceso que Dios usa, sólo que él sea efectivo en hacernos más dignos. Algún día en el futuro todos nosotros seremos completamente dignos porque seremos perfectamente santos. Pero mientras tanto, necesitamos llegar a ser más dignos de llevar el nombre de Cristo.

Esta es una petición que debería estar en los labios de cada creyente. Todos deberíamos desear que ningún creyente traiga reproche a Cristo o deshonre su nombre. Pablo tuvo que dirigirse específicamente a un grupo de gente de la iglesia en Tesalónica que estaba haciendo eso: "...os mandamos, hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que os apartéis de todo hermano que ande desordenadamente y no conforme a la doctrina que recibieron de parte nuestra" (2 Tes. 3:6). Algunos creyentes obviamente no eran obedientes a la Palabra de Dios y a la enseñanza de los apóstoles y en cambio estaban llevando una vida rebelde. De hecho, algunos "andan desordenadamente entre vosotros, sin trabajar en nada, sino entrometiéndose en lo ajeno" (v. 11). Pueda que hayan sido dignos en su estado posicional ante Cristo, pero en verdad no estaban viviendo de una manera que lo honraba en la práctica.

Usted y yo tenemos un inmenso privilegio y responsabilidad de llevar el nombre de Cristo de una manera digna. Este fue un tema constante a través de las epístolas de Pablo. A los efesios les escribió: "Por eso yo, prisionero en el Señor, os exhorto a que andéis como es digno del llamamiento con que fuisteis llamados: con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándoos los unos a los otros en amor; procurando con diligencia guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz" (Efe. 4:1-3).

A los filipenses les dijo: "Solamente procurad que vuestra conducta como ciudadanos sea digna del evangelio de Cristo... estáis firmes en un mismo espíritu, combatiendo juntos y unánimes por la fe del evangelio, y no siendo intimidados de ninguna manera por los adversarios" (Fil. 1:27, 28).

Y a los colosenses les escribió: "...para que andéis como es digno del Señor, a fin de agradarle en todo; de manera que produzcáis fruto en toda buena obra y que crezcáis en el conocimiento de Dios; y que seáis fortalecidos con todo poder, conforme a su gloriosa potencia" (Col. 1:10, 11). Cada uno de estos pasajes nos da una apreciación perspicaz de los detalles particulares de un caminar digno, una vida que debemos esforzarnos en seguir, y características que debemos pedir a Dios que haga prevalecientes en nuestra vida.

A continuación tenemos una lista del Nuevo Testamento de todo lo que abarca un caminar digno:

- Humildad (Efe. 4:23)
- Pureza (Rom. 13:13)
- Contentamiento (1 Cor. 7:17)
- Fe (2 Cor. 5:7)
- Justicia (Efe. 2:10)
- Unidad (Fil. 1:27)
- Mansedumbre (Efe. 4:2)
- Paciencia (Col. 1:11)
- Amor (Efe. 5:23)
- Gozo (Col. 1:11)
- Acción de gracias (Col. 1:3)
- Luz (Efe. 5:8, 9)
- Conocimiento (Col. 1:10)
- Sabiduría (Efe. 5:15, 16)
- Verdad (3 Jn. 3, 4)
- Fructificación (Col. 1:10)

Si verdaderamente le pertenece a Cristo, debe andar como él anduvo (1 Jn. 2:6).

CUMPLIMIENTO

La segunda petición de Pablo es que Dios "cumpla todo buen propósito". La palabra griega que se traduce "cumpla" (*pleroo*) significa "lograr". Así que Pablo está pidiendo a Dios que logre en nuestras vidas todo propósito que es bueno según su definición.

Los salmos a menudo reflejan este deseo. David oró: "Le has concedido el deseo de su corazón, y no le has negado la petición de sus labios. Le has salido al encuentro con las mejores bendiciones" (Sal. 21:2, 3). También dijo: "Deléitate en el SEÑOR, y él te concederá los anhelos de tu corazón" (Sal. 37:4). ¿Le dará Dios todo lo que su corazón desea? Sí, en tanto que su deleite sea en él y sus deseos sean los de él. Esa verdad se comprueba con esta osada declaración: "El SEÑOR cumplirá su propósito en mí" (Sal. 138:8). ¿Cómo pudo David ser tan atrevido? Porque sus intereses eran los mismos que los de Dios.

Estoy seguro de que mucha gente supone que Dios es reacio para hacer que alguien sea feliz, que él recibe cierta satisfacción en dejar a la gente en permanente miseria para recordarles que es estricto y exigente. Pero eso no es cierto en lo absoluto. Dios quiere darle el deseo de su corazón siempre y cuando su deseo esté de acuerdo con el de él. Salmo 145:16 indica que Dios satisface el deseo de cada criatura viviente. Dios es generoso y lleno de gracia. Él anhela darles a sus hijos lo que desean, pero sólo cuando es un deseo justo.

PODER

La tercera petición de Pablo es que Dios "cumpla... toda obra de fe con poder" (2 Tes. 1:11). Los creyentes tesalonicenses ya estaban involucrados en la obra de fe (1 Tes. 1:3). Su fe era real porque producía fruto. Pero ahora Pablo quiere que aumenten su fe, así que ora para que su fe sea más poderosa.

Pablo oró de esa manera por los efesios: "A fin de que, conforme a las riquezas de su gloria, os conceda ser fortalecidos con poder por su Espíritu en el hombre interior" (Efe. 3:16).

El poder de Dios se desata en usted cuando deja que la Palabra de Dios domine su vida (Col. 3:16).

El objeto de su oración por su pareja de por vida, por sus hijos, por sus amigos, por la gente que ama, no se debe limitar a las cosas temporales. En cambio, pida a Dios que haga que la obra de fe de ellos sea poderosa, que cumpla todo buen propósito que tengan, y haga que sus vidas sean dignas de llevar el nombre de Cristo.

LA RAZÓN

Nuestra razón para orar por esos beneficios espirituales es bastante obvia, una que hemos afirmado una y otra vez en este libro: "...de manera que el nombre de nuestro Señor Jesús sea glorificado en vosotros, y vosotros en él, según la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo" (2 Tes. 1:12). Esa es en última instancia la razón por la cual hacemos cualquier cosa en la vida cristiana. Si esa no es nuestra meta final, entonces nos hemos enfocado demasiado en nosotros mismos (cf. Juan 14:13, 14).

Oramos el uno por el otro para ser dignos de nuestro llamamiento porque está en juego la reputación de Cristo. Esa fue la perspectiva de Daniel cuando oró: "Escucha, oh Señor. Perdona, oh Señor. Atiende y actúa, oh Señor. Por amor de ti mismo no pongas dilación, oh Dios mío; porque tu ciudad y tu pueblo son llamados por tu nombre" (Dan. 9:19).

Usted sabe igual que yo que una de las principales excusas que pone la gente para rechazar al cristianismo es la hipocresía que muestran los cristianos que han conocido. Así que Pablo ora para que seamos lo opuesto, que traigamos honra al nombre de Cristo y como resultado, guiemos a los no creyentes a él. Por eso dijo Jesús: "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, de modo que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mat. 5:16). El deseo de Pablo aquí se expresa inmejorablemente en su segunda epístola a los corintios: "En cuanto a Tito, él es compañero mío y colaborador para con vosotros; y en cuanto a nuestros

hermanos, ellos son mensajeros de las iglesias y gloria de Cristo" (2 Cor. 8:23).

Espero que usted comience a darle prioridad a los asuntos espirituales importantes. Pero hacerlo no es fácil ya que nuestra tendencia es enfocarnos en lo temporal. Sin embargo, poner primero los intereses espirituales es un sacrificio que vale la pena hacer. Para ayudarlo, considere el siguiente ejemplo de sacrificio:

> *The Pony Express* era una compañía privada que llevaba el correo por medio de una posta organizada de jinetes. El extremo oriental era St. Joseph, Missouri, y la terminal occidental estaba en Sacramento, California. El costo por enviar una carta por medio de *The Pony Express* era 2,50 dólares la onza. Si el clima y los caballos lo permitían y los indios se abstenían de atacar, esa carta completaría todo el viaje de 3.600 kilómetros en 10 días rápidos, como lo hizo el informe con el discurso inaugural de Lincoln.
>
> Quizás lo sorprenda el hecho que el *The Pony Express* funcionó sólo desde el 3 de abril de 1860 hasta el 18 de noviembre de 1861, apenas 17 meses. Cuando se completó la línea telegráfica entre las dos ciudades, se dejó de necesitar ese servicio.
>
> Ser jinete de *The Pony Express* era trabajo duro. Se esperaba que cabalgara de 120 a 160 kilómetros al día, cambiando caballos cada 25 a 40 kilómetros. Aparte del correo, el único equipaje que se llevaba contenía unas cuantas provisiones, incluyendo un paquete con harina, maíz molido y tocino. En caso de emergencia también había un paquete medicinal de aguarrás, bórax y crémor tártaro. Para viajar sin mucho peso y aumentar el movimiento veloz durante los ataques de los indios, los hombres siempre usaban una camisa de manga corta, incluso durante el feroz clima de invierno.
>
> ¿Cómo se reclutaban los voluntarios para este trabajo peligroso? Un periódico de San Francisco de 1860 imprimió este anuncio para el *The Pony Express*; "SE NECESITAN: Sujetos jóvenes, esbeltos, flacos que no pasen de 18 años de edad. Deben ser jinetes expertos dispuestos a arriesgarse diariamente. Se prefieren huérfanos".

11

Orar por los que no conocen al Señor



Charles Spurgeon relató bien la prioridad que todos los cristianos deben dar a la oración por los que no conocen al Señor:

> El ganador de almas debe ser un maestro del arte de la oración. Usted no puede traer almas a Dios si usted mismo no va a Dios. Usted debe tomar su hacha guerrera, y sus armas para la batalla, de la armadura de la sagrada comunicación con Cristo. Si está a solas con Jesús, se le pegará su espíritu; se encenderá con la llama que ardía en su pecho y consumía su vida. Llorará con las lágrimas que cayeron sobre Jerusalén cuando la vio perecer; y si no puede hablar tan elocuentemente como él, aún así habrá en su hablar algo del mismo poder que en él emocionaba los corazones y despertaba las con-

> ciencias de los hombres. Mis queridos oyentes, especialmente ustedes miembros de la iglesia, estoy siempre ansioso de que ninguno de ustedes comience a dormirse sobre sus laureles, y tome a la ligera los asuntos del reino de Dios. Hay algunos de ustedes —benditos sean, y bendito sea Dios cuando los recuerdo— que a tiempo y fuera de tiempo están ansiosos por ganar almas, y ustedes son verdaderamente sabios; pero temo que hay otros cuyas manos son flojas, que están satisfechos dejándome predicar, pero que no predican; que toman estos asientos y ocupan estas bancas, y esperan que le vaya bien a la causa, pero eso es todo lo que hacen[1].

¿Qué cristiano no ora por la salvación de amigos y seres queridos que no conocen al Señor? Sin embargo, debemos tener una perspectiva más amplia que esa. Las Escrituras respaldan la perspectiva de que todos debemos orar por los que no conocen al Señor en general.

La Biblia ofrece varios ejemplos de oración por aquellos que no son salvos. En Números 14:19 Moisés oró: "Perdona, pues, la iniquidad de este pueblo según la grandeza de tu misericordia, como lo has perdonado desde Egipto hasta aquí". Él clamó a Dios por el perdón de los israelitas pecadores.

Samuel el profeta también oró por la salvación de Israel. En 1 Samuel 7:3-5 leemos:

> Entonces Samuel habló a toda la casa de Israel, diciendo: "Si de todo vuestro corazón os volvéis al SEÑOR, quitad de en medio de vosotros los dioses extraños y las Astartes, y preparad vuestro corazón para el SEÑOR. Servidle sólo a él, y él os librará de mano de los filisteos". Entonces los hijos de Israel quitaron los Baales y las Astartes, y sirvieron sólo al SEÑOR. Y Samuel dijo: "Reunid a todo Israel en Mizpa, y yo oraré por vosotros al SEÑOR".

Posteriormente en 1 Samuel, después de reprenderlos por su pecado en demandar un rey, dijo: "En cuanto a mí, ¡lejos esté de mí pecar contra el SEÑOR dejando de rogar por vosotros! Al contrario, os instruiré en el camino bueno y recto" (1 Sam. 12:23).

El Nuevo Testamento relata el testimonio de Esteban. Aunque lo estaban matando a pedradas, oró lo que llegó a ser una oración por la salvación de sus verdugos: "Y apedreaban a Esteban, mientras él invocaba diciendo: '¡Señor Jesús, recibe mi espíritu!'. Y puesto de rodillas clamó a gran voz: '¡Señor, no les tomes en cuenta este pecado!'. Y habiendo dicho esto, durmió" (Hech. 7:59, 60).

Pablo tuvo un profundo deseo por la salvación de sus compañeros israelitas. Él expresó ese deseo en Romanos 9:1-4: "Digo la verdad en Cristo; no miento. Mi conciencia da testimonio conmigo en el Espíritu Santo de que tengo una gran tristeza y continuo dolor en el corazón; porque desearía yo mismo ser separado de Cristo por el bien de mis hermanos, los que son mis familiares según la carne. Ellos son israelitas". Esa profunda preocupación se expresó inevitablemente en su costumbre de orar: "Hermanos, el deseo de mi corazón y mi oración a Dios por Israel es para salvación" (Rom. 10:1).

La Biblia, entonces, expresa claramente lo apropiado y adecuado que es orar por los que no conocen al Señor. Además de los ejemplos mencionados anteriormente, la oración evangelística es la enseñanza expresa de 1 Timoteo 2:1-8. Estos versículos son polémicos por naturaleza; confrontan un problema en la iglesia efesia. Puesto que Pablo aquí manda a orar por los que no conocen al Señor, podemos concluir que esa oración había bajado de la prioridad que debió haber tenido en Éfeso.

Ya que el alcance del llamado del evangelio es universal, Pablo muestra la necesidad de orar por todos los hombres. La meta de la iglesia, como Israel antes de ella, es alcanzar al mundo con la verdad salvadora de Dios. Israel falló en ser la nación fiel por la cual Dios podría alcanzar al mundo, y la responsabilidad pasó a la iglesia. Pablo escribe por su preocupación de que la exclusividad que causó que Israel fracasara en su misión no afecte negativamente a la iglesia. La historia muestra que la iglesia, de hecho, se ha contentado consigo misma y a menudo es negligente en relación a los que no conocen al Señor.

La función central de la iglesia en la Tierra es alcanzar a los que no conocen al Señor. Pablo sabía que los efesios nunca

harían eso mientras se mantuviesen en su exclusivismo egoísta. Para llevar a cabo su misión en el mundo deben comprender la magnitud del llamado del evangelio. Y la primera característica de haber entendido eso es aceptar el llamado evangelístico.

La naturaleza de la oración evangelística

Pablo escribe: "Por esto exhorto, ante todo, que se hagan súplicas, oraciones, intercesiones y acciones de gracias por todos los hombres" (1 Tim. 2:1). Aunque los primeros tres términos que usa Pablo son prácticamente sinónimos, existe entre ellos algunos matices sutiles en el significado que enriquecen nuestro concepto de la oración. "Súplicas" se refiere a la oración que surge de un sentido de necesidad. Al saber lo que hace falta, imploramos a Dios para que nos lo provea. Al ver la inmensa cantidad de gente que no conoce al Señor, lo enorme de la necesidad nos debería impulsar a ponernos de rodillas y orar evangelísticamente.

El puritano inglés del siglo XVII, Richard Baxter escribió:

> Oh, si ustedes tienen por dentro el corazón de los cristianos o de los hombres, dejen que se incline ansiosamente hacia sus pobres, ignorantes e impíos vecinos. ¡Ay!, apenas hay un paso entre ellos y la muerte y el infierno; muchos cientos de enfermedades están esperando para atacarlos, y si mueren sin regenerarse, estarán perdidos para siempre. ¿Tienen corazones de piedra, que no pueden compadecerse de hombres en un estado como este? Si no creen en la Palabra de Dios, y el peligro de los pecadores, ¿para qué son cristianos? Si en verdad creen en ella, ¿por qué no se mueven a ayudar a los demás? ¿No les interesa quién está condenado para que sean salvos? Si es así, tienen causa suficiente para compadecerse a sí mismos, ya que es un estado de ánimo que no concuerda absolutamente con la gracia... ¿Viven ustedes cerca a ellos, se reúnen con ellos en las calles, trabajan con ellos, viajan con ellos, se sientan y hablan con ellos, o no les dicen nada acerca de sus almas o la vida por venir? Si sus casas se estuvieran quemando,

> ustedes irían corriendo a ayudarlos; ¿entonces no los ayudarían cuando sus almas están casi quemándose por el fuego del infierno?[2].

"Oraciones" se refiere simplemente a la oración en general. A diferencia de "súplicas", en las Escrituras sólo se usa para referirse a Dios. Por lo tanto conlleva un elemento único de adoración y reverencia, porque la salvación de los pecadores hace que le den la gloria a él.

La palabra griega que se traduce "intercesiones" viene de una raíz que significa "juntarse con alguien". La forma verbal se usa para referirse tanto a la intercesión de Cristo por nosotros como a la del Espíritu (Heb. 7:25; Rom. 8:26). Ellos se identifican con nuestras necesidades y se involucran en nuestras luchas, revelando empatía, conmiseración y compasión. Orar por los que no conocen al Señor nunca debería ser frío, alejado o impersonal, como un defensor público asignado para representar a un acusado. Al comprender las profundidades de su miseria y dolor y su pronta destrucción, debemos clamar a Dios por la salvación de los pecadores.

"Acciones de gracias" es el cuarto elemento de las oraciones evangelísticas. Oramos con un espíritu de gratitud hacia Dios de que se entendió el ofrecimiento del evangelio, de que tenemos el privilegio de alcanzar con el evangelio a los que no conocen al Señor, y de que algunos responden con fe y arrepentimiento.

Estos cuatro matices enriquecen nuestras oraciones al orar eficazmente por los que no conocen al Señor. Si no están presentes, necesitamos examinar nuestros corazones. ¿Nos damos cuenta completamente de la condición desesperada en la que se encuentran los que no conocen al Señor? ¿Realmente queremos ver a Dios glorificado por la salvación de almas? ¿Nos identificamos con la realidad convincente de sus almas perdidas para toda la eternidad? ¿Estamos agradecidos de que el mensaje del evangelio se extiende a todos y por nuestro privilegio de compartirlo? Si esos componentes están haciendo falta en nuestros corazones, seremos indiferentes. A menudo somos indiferentes sencillamente porque no somos obedientes a estos impulsos.

EL ALCANCE DE LA ORACIÓN EVANGELÍSTICA

Debemos ofrecer estas oraciones "por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en eminencia" (1 Tim. 2:1, 2). Tal como lo descubrimos en el capítulo anterior, nuestras oraciones con demasiada frecuencia están muy limitadas a las necesidades y deseos personales y rara vez se extienden más allá de los que están en nuestro círculo de amigos y familiares más cercanos. En total contraste, no obstante, Pablo hace un llamado a la oración evangelística "por todos los hombres". No hay lugar para el egoísmo o la exclusividad. No debemos tratar de limitar el llamado del evangelio o nuestras oraciones evangelísticas por los elegidos. Después de todo, no tenemos los medios para saber quiénes son los elegidos *hasta* que responden al llamado del evangelio. Además, se nos dice que Dios desea que todos sean salvos (1 Tim. 2:4). Él no quiere la muerte del impío, sino que el impío se aparte de su camino y viva (Eze. 33:11). De modo que la oración por la salvación de los que no conocen al Señor es perfectamente coherente con el corazón de Dios. Él manda a todos los hombres, en todos los lugares, que se arrepientan (Hech. 17:30). Debemos orar para que así lo hagan, y que acepten la salvación que se ha manifestado a todos los hombres (Tito 2:11).

Del grupo universal de "todos los hombres", Pablo señala específicamente a algunos que de otra manera se omitirían en la oración evangelística: "por los reyes y por todos los que están en eminencia". Debido a que los gobernantes antiguos (y modernos) a menudo son tiranos, e incluso irrespetuosos para con el Señor y su pueblo, ellos son objeto de resentimiento y animosidad. Ellos también están distantes, no son parte de la vida cotidiana de creyentes. De ahí que haya una tendencia a ser indiferentes con ellos.

Descuidarse de ellos es un pecado serio a causa de la autoridad y responsabilidad que tienen los líderes. La orden de Pablo aquí requiere que la asamblea efesia ore por el emperador, quien en ese entonces era el cruel y blasfemo feroz, Nerón. Aunque era un vil y perverso perseguidor de la fe, ellos aún debían orar por su redención. Por el bien de sus almas eternas,

debemos orar para que todos "los reyes y todos los que están en eminencia" se arrepientan de sus pecados y crean en el evangelio.

Pablo no nos manda a orar para que saquen a los gobernantes perversos, o aquellos con los que no estamos de acuerdo políticamente. Debemos ser fieles y someternos a nuestro gobierno (Rom. 13:1-5; 1 Ped. 2:17). Si la iglesia hoy en día usara el esfuerzo que gasta en maniobrar y ejercer presión política y derramara esa energía en orar intercedoramente, podríamos ver un profundo impacto en nuestras naciones. Muy a menudo olvidamos que "las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas" (2 Cor. 10:4). La clave para cambiar una nación es la salvación de los pecadores, y eso requiere la oración fiel.

El beneficio de la oración evangelística

El beneficio de orar por los perdidos es en realidad bastante profundo: "para que llevemos una vida tranquila y reposada en toda piedad y dignidad" (1 Tim. 2:2). La oración por aquellos que están en eminencia creará condiciones sociales favorables para los esfuerzos evangelísticos de la iglesia. Antes que nada, cuando los creyentes se comprometan a orar por todos sus líderes, esto quitará cualquier idea de rebelión o resistencia en su contra. En cambio, el pueblo de Cristo se convertirá en hacedores de paz, no en reaccionarios. Como Pablo le escribió a Tito:

> Recuérdales que se sujeten a los gobernantes y a las autoridades, que obedezcan, que estén dispuestos para toda buena obra; que no hablen mal de nadie, que no sean contenciosos sino amables, demostrando toda consideración por todos los hombres.
>
> Porque en otro tiempo nosotros también éramos insensatos, desobedientes, extraviados. Estábamos esclavizados por diversas pasiones y placeres, viviendo en malicia y en envidia. Éramos aborrecibles, odiándonos unos a otros (Tito 3:1-3).

Aquí Pablo nuevamente llama a los creyentes a la tranquilidad y sometimiento a los gobiernos paganos o apóstatas que estaban sobre ellos. Podemos hacerlo porque entendemos que son pecadores como nosotros lo éramos, incapaces de comprender la justicia.

Cuando los creyentes comienzan a orar incesantemente por los que no conocen al Señor, especialmente sus líderes problemáticos, los no creyentes empiezan a ver a los cristianos como personas virtuosas, amantes de la paz, compasivos y trascendentes, buscando el bienestar de ellos. Una vez que los que no son salvos se dan cuenta de que no representamos una amenaza para la sociedad, es más fácil que se nos trate como amigos gratos. Y a medida que más reciben la fe salvadora por medio de las oraciones de los cristianos, las condiciones favorables para la iglesia pueden aumentar.

LA AUSENCIA DE DISTURBIOS

La iglesia que es obediente a este mandato "llevará una vida tranquila y reposada". Las palabras griegas que se traducen "tranquilo" y "reposado" son adjetivos raros. La primera, que sólo aparece aquí en el Nuevo Testamento, se refiere a la ausencia de disturbios externos. La segunda, que sólo aparece aquí y en 1 Pedro 3:4, se refiere a la ausencia de disturbios internos. Cuando la iglesia manifiesta su amor y bondad hacia todos y se vuelca totalmente a orar compasiva y preocupadamente por los perdidos, disminuirá la hostilidad que pueda existir hacia ella. En consecuencia, los santos pueden disfrutar de la libertad de disturbios tanto internos como externos.

La iglesia, aunque permaneciendo inflexible en su compromiso con la verdad, no debe ser la agitadora y perturbadora de la vida nacional. Esa es la clara enseñanza de las Escrituras. Si se nos persigue, debe ser por causa de Cristo, por causa de vivir justamente (cf. 1 Ped. 2:13-23).

En 1 Tesalonicenses 4:11, Pablo mandó a los creyentes tesalonicenses "tened por aspiración vivir en tranquilidad, ocuparos en vuestros propios asuntos y trabajar con vuestras propias manos". Los cristianos deben ser conocidos por su con-

ducta tranquila, no por crear disturbios. Los no creyentes nos deben ver como personas tranquilas, leales, diligentes y virtuosas. Aunque podemos odiar el sistema mundial malvado que es enemigo de Dios, no debemos ver a aquellos que se encuentran dentro de él como si fueran nuestros enemigos personales. Ellos son prisioneros del verdadero enemigo, el diablo (cf. 2 Tim. 2:24-26). No son nuestros enemigos, son nuestro campo misionero.

La presencia de la santidad

Para promover una "vida tranquila y reposada", los creyentes deben ir en pos de la "piedad y dignidad". "Piedad" es la traducción de *eusebeia*, una palabra común en las epístolas pastorales. Conlleva la idea de reverencia hacia Dios. Los creyentes deben vivir para la majestuosidad, santidad, amor, y gloria de Dios.

Semnotes, se traduce "dignidad", podría traducirse "fervor moral". "Piedad" puede referirse a una actitud apropiada, "dignidad" a una conducta apropiada. Por lo tanto, los creyentes deben destacarse por su compromiso con la moralidad; los motivos santos deben dar como resultado una conducta santa. Ambos contribuyen a la tranquilidad y reposo de nuestra vida.

Eso no quiere decir, sin embargo, que la vida cristiana estará libre de problemas. Pablo escribe en 2 Timoteo 3:12: "También todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús serán perseguidos". La vida cristiana es una guerra en contra de Satanás y las fuerzas del mal. Pablo mismo fue golpeado y encarcelado a causa de su fe. Su mensaje en este pasaje, no obstante, es que si sufrimos animosidad y persecución, debe ser sólo por nuestra actitud y comportamiento devoto. No debemos provocar respuestas negativas siendo una fuerza perjudicial para la sociedad.

Los motivos de la oración evangelística

¿Por qué debemos orar por los que no conocen al Señor? Pablo nos da la respuesta en uno de los pasajes más poderosos y

dramáticos de toda la Escritura referente al propósito salvador de Dios: "Esto es bueno y aceptable delante de Dios nuestro Salvador, quien quiere que todos los hombres sean salvos y que lleguen al conocimiento de la verdad. Porque hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, quien se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo. Para esto yo fui constituido predicador, apóstol y maestro de los gentiles en fe y verdad. Digo la verdad; no miento" (1 Tim. 2:3-7).

Moralmente correcto

Dios define a la oración por los que no conocen al Señor como la actividad noble y espiritualmente apropiada, y nuestras conciencias están de acuerdo. Los que no conocen al Señor sufren la agonía del pecado, vergüenza e insensatez en esta vida, y el infierno eterno de la agonía implacable en la vida que viene. Sabiendo esto, nuestra tarea por excelencia es orar por su salvación.

Algunos podrían argumentar que Jesús dijo en Juan 17:9: "No ruego por el mundo". Pero allí Cristo estaba orando como el gran sumo sacerdote de los elegidos de Dios. Puesto que él es una deidad soberana y omnisciente, su oración fue específica de una manera que la nuestra no puede ser. Él estaba orando exclusivamente por la salvación de aquellos a quienes amó y escogió antes de la fundación del mundo para que fuésemos copartícipes de toda bendición espiritual (Efe. 1:3, 4). "El mundo" estuvo específicamente excluido del diseño salvador de su oración.

Nuestras oraciones, no obstante, no son oraciones de sumo sacerdote; nosotros oramos como embajadores de Cristo, cuya tarea es rogar a los hombres y mujeres en su nombre para que se reconcilien con Dios (2 Cor. 5:20). Por lo tanto se nos manda a hacer "súplicas, oraciones, intercesiones y acciones de gracias por todos los hombres" (1 Tim. 2:1). Nuestro ferviente deseo debería ser la salvación de todos los pecadores (cf. Rom. 9:3; 10:1). No debemos intentar limitar el evangelismo sólo para los elegidos.

Hay tres razones por las cuales no debemos limitar nuestro evangelismo. Primero, se nos manda a predicar a todo el mundo (Mat. 28:19, 20; Mar. 16:15; Luc. 24:46, 47). Segundo, el decreto de Dios en cuanto a la elección es secreto. No sabemos quiénes son los elegidos y no tenemos forma de saberlo hasta que respondan al evangelio. Tercero, el alcance de los propósitos evangelísticos de Dios va más allá de la elección. "Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos" (Mat. 22:14). Incluso la oración de sumo sacerdote de Jesús incluye al mundo en este importante sentido. Nuestro Señor oró por la unidad entre los escogidos para que la verdad del evangelio se presente claramente al mundo: "Para que el mundo crea que tú me enviaste... para que el mundo conozca que tú me has enviado" (Juan 17:21, 23). El llamado de Dios a todos los pecadores es una invitación genuina y sincera a la salvación: "...¡Vivo yo, que no quiero la muerte del impío, sino que el impío se aparte de su camino y viva!, dice el SEÑOR Dios. ¡Apartaos, apartaos de vuestros malos caminos! ¿Por qué moriréis, oh casa de Israel?" (Eze. 33:11).

De acuerdo con el deseo de Dios

El *deseo* de Dios de que se salve todo el mundo es diferente a su *propósito* salvador eterno. Podemos entender esto en cierta forma desde una perspectiva humana; después de todo, nuestros propósitos con frecuencia difieren de nuestros deseos. Podemos *desear*, por ejemplo, pasar un día descansando, sin embargo un *propósito* superior nos obliga a ir a trabajar. Asimismo, los propósitos salvadores de Dios trascienden sus deseos. (*Hay* una diferencia crucial, por supuesto: Nosotros podríamos vernos forzados a escoger lo que no deseamos a causa de circunstancias fuera de nuestro control. Pero las decisiones de Dios están determinadas exclusivamente por su propio propósito soberano y eterno).

Dios genuinamente "quiere que todos los hombres sean salvos y que lleguen al conocimiento de la verdad". No obstante, en "el propósito eterno que realizó en Cristo Jesús, nuestro Señor" (Efe. 3:11), escogió sólo a los elegidos "del mundo"

(Juan 17:6) y pasó por encima del resto, dejándolos a las consecuencias condenatorias de su pecado (cf. Rom. 1:18-32). La culpa por su condenación recae completamente sobre ellos a causa de su pecado y rechazo de Dios. Dios no es el culpable por la incredulidad de ellos.

Puesto que "Dios quiere que todos los hombres sean salvos", no se nos requiere que determinemos si una persona es elegida antes de orar por su salvación. Sólo Dios conoce a todos los que han sido elegidos (2 Tim. 2:19). Podemos orar "por todos los hombres" con plena seguridad de que tales oraciones son "buenas y aceptables delante de Dios nuestro Salvador". Después de todo, "Clemente y compasivo es el SEÑOR, lento para la ira y grande en misericordia. Bueno es el SEÑOR para con todos, y su misericordia está en todas sus obras" (Sal. 145:8, 9).

El Señor acepta entusiastamente la oración por los que no conocen al Señor porque es coherente con su deseo de que se salven. Tal oración también está de acuerdo con su naturaleza como Salvador. Su carácter salvador se manifiesta por medio de su Hijo, Jesucristo (1 Tim. 2:5, 6).

Dios es el "Salvador de todos los hombres" en el sentido temporal, pero "especialmente de los que creen" en el sentido eterno (1 Tim. 4:10).

Cuando Dios "quiere que todos los hombres sean salvos", está siendo consecuente con quien es él. En Isaías 45:22, Dios dijo: "¡Mirad a mí y sed salvos, todos los confines de la tierra!". Isaías 55:1 invita a "todos los sedientos" a "venir a las aguas" de la salvación. Nuevamente, en Ezequiel 18:23, 32, Dios declara muy directamente que él no quiere la muerte del impío, sino que el impío se arrepienta sinceramente (cf. Eze. 33:11). En el Nuevo Testamento, Pedro escribe: "El Señor no tarda su promesa, como algunos la tienen por tardanza; más bien, es paciente para con vosotros, porque no quiere que nadie se pierda, sino que todos procedan al arrepentimiento" (2 Ped. 3:9).

Ninguna teología bíblica verdadera puede enseñar que Dios se agrada de la condenación del malo. Sin embargo, aunque no le agrada, Dios recibirá la gloria aún en la condenación de los no creyentes (cf. Rom. 9:22, 23). Cómo es que su gracia elec-

tora y propósito predestinador pueden coexistir con su amor por el mundo y deseo de que el evangelio se predique a toda la gente, y aún hacerlos responsables de su rechazo y condenación, es un misterio divino. Las Escrituras enseñan el amor de Dios por el mundo, su desagrado en juzgar a los pecadores, su deseo de que todos oigan el evangelio y sean salvos. También enseñan que todo pecador es incapaz pero responsable de creer y será condenado si no lo hace. Como corona a la enseñanza de la Escritura sobre este tema está la gran verdad de que Dios ha escogido a todos los creyentes y los ha amado antes de la fundación del mundo.

"Llegar al conocimiento de la verdad" se refiere a la salvación. *Epignosis* ("conocimiento") se usa cuatro veces en las epístolas pastorales (1 Tim. 2:4; 2 Tim. 2:25; 3:7; Tito 1:1), y en cada vez se refiere al verdadero conocimiento que produce la salvación. Muy al contrario de desear su condenación, Dios desea que los perdidos lleguen al conocimiento salvador de la verdad.

Algunos argumentan que 1 Timoteo 2:3-7 enseña universalismo. Si Dios desea la salvación de todos los hombres, sostienen ellos, entonces todos serán salvos, o Dios no conseguirá lo que quiere. Otros están de acuerdo con que lo que Dios quiere se cumple, porque "todos los hombres" se refiere a toda clase de hombres, no a cada individuo. Ninguna de estas posiciones es necesaria. No obstante, debemos distinguir entre la voluntad de Dios por decreto (su propósito eterno), y su voluntad expresada como deseo. "Deseo" no viene de *boulomai*, que con más probabilidad expresa la voluntad de Dios por decreto, sino de *thelo*, que Pablo usa en 1 Timoteo 2 y puede referirse a la voluntad de desear de Dios. Esta es precisamente la distinción que los teólogos hacen a menudo entre la voluntad secreta de Dios y su voluntad revelada.

Dios desea muchas cosas que no decreta. Nunca fue el *deseo* de Dios que el pecado exista, sin embargo la innegable existencia del pecado demuestra que incluso ello cumple con sus propósitos eternos (Isa. 46:10), aunque de ninguna manera él es el autor del pecado (Stg. 1:13).

Jesús se lamentó sobre Jerusalén: "¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, así como la gallina junta sus pollitos debajo de sus alas, y *no* quisiste!" (Mat. 23:37). John Murray y Ned B. Stonehouse escribieron: "Hemos hallado que Dios mismo expresa un ardiente deseo de cumplir ciertas cosas que no ha decretado en su sabiduría inescrutable que se cumplan"[3]. Dios desea que todos los hombres sean salvos. Es su rechazo voluntario a él lo que los envía al infierno. Las verdades bíblicas de la elección y predestinación no cancelan la responsabilidad moral del hombre.

Refleja la singularidad de Dios

Una de las enseñanzas fundamentales de las sagradas escrituras es que "hay un solo Dios" (cf. Deut. 4:35, 39; Isa. 43:10; 1 Cor. 8:4, 6). Esto va en contra de la religiosidad pluralista de nuestro mundo, la cual rechaza el concepto de cualquier verdad religiosa que sea exclusivista. Se nos enseña por medio del espíritu exageradamente tolerante de nuestra época que los dioses de los cristianos, judíos, musulmanes, budistas e hindúes deben considerarse igualmente legítimos. Si esto fuera cierto, habría muchos caminos a la salvación, y por consiguiente, no existiría la necesidad de evangelismo. Pero ya que hay un solo Dios verdadero, entonces él es aquel en quien todos debemos creer para ser salvos (1 Tim. 2:5). No hay otro nombre debajo del cielo, en que los pecadores puedan ser salvos (Hech. 4:12). La oración evangelística reconoce que todos deben llegar al único Dios verdadero.

Concuerda con la persona de Cristo

No sólo hay un solo Dios, sino "un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre". "Mediador" se refiere a alguien que interviene entre dos individuos para restaurar la paz o ratificar un pacto. El concepto de mediador se ve en el lamento de Job: "No hay entre nosotros un árbitro que ponga su mano sobre ambos" (Job 9:33). Debido a que Cristo es el

único mediador, todos deben venir a Dios a través de él (Hech. 4:12). No hay una serie infinita de eones, o subdioses, como enseñaban los gnósticos. No nos acercamos a Dios por medio de la intercesión de ángeles, santos o María. Sólo por medio de "Jesucristo hombre" se pueden acercar los hombres a Dios. Hebreos 8:6 lo llama "mediador de un pacto superior", mientras que Hebreos 9:15 y 12:24 lo describen como mediador del nuevo pacto. Todos los hombres que vienen a Dios deben hacerlo a través de él.

REFLEJA LA PLENITUD DE LA EXPIACIÓN DE CRISTO

Nuestro Señor dio libremente su vida cuando murió por nuestros pecados. En Juan 10:17, 18 dijo: "Por esto me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo la pongo de mí mismo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre". Él fue voluntariamente a la cruz y dio todo de sí, no simplemente algo que poseía.

"Rescate" es un término teológico muy amplio, describe a la muerte sustitutiva de Cristo por nosotros. No es la palabra simple que se usa en "rescate", *lutron*, sino *antilutron*, con la preposición *anti* añadida para intensificar su significado. Cristo no pagó simplemente un rescate para librarnos; él se convirtió en víctima en nuestro lugar. Él murió por nosotros y cargó con nuestro pecado. Él se entregó a sí mismo.

La frase "quien se dio a sí mismo en rescate por todos" es un comentario de la *suficiencia* de la expiación, no su *diseño*. Para aplicar un epigrama muy conocido, el rescate que pagó Cristo a Dios para satisfacer su justicia es suficiente para todos, pero eficaz sólo para los escogidos. La expiación de Cristo, por lo tanto, es ilimitada en lo que respecta a su suficiencia, pero limitada en su aplicación. Beneficios reales se acumulan "para todos" debido a la obra expiatoria totalmente suficiente de Cristo. El evangelio se puede predicar indiscriminadamente a todos (Mar. 16:15); el agua de vida y el ofrecimiento de misericordia divina se extienden libremente a todos (Apoc. 22:17); se presenta a Cristo como Salvador para que lo acojan todos

(1 Tim. 4:10; 1 Jn. 4:14). Además, en un sentido temporal, cuando Adán pecó se evitó que toda la raza humana recibiera destrucción y juicio (un privilegio que no se les concedió a los ángeles que cayeron, Heb. 2:16), e individuos pecadores ahora gozan de la gracia común y la demora en el juicio de Dios por sus pecados. El teólogo del siglo XIX, William G. T. Shedd escribió:

> La expiación es suficiente en valor para propiciar el pecado de todos los hombres indiscriminadamente; y este hecho debería declararse porque es un hecho. No hay reclamos de justicia que no se hayan satisfecho; no hay pecado del hombre por el cual una expiación infinita no se haya provisto... Por lo tanto el llamado a "venir" es universal[4].

Esto no quiere decir que todos serán salvos. La muerte de Cristo fue *suficiente* para cubrir los pecados de todos los hombres, pero sólo se aplica a los escogidos. El precio pagado fue infinito, fue suficiente para todos. "La expiación de Cristo... es un acto divino. Es indivisible, inagotable, suficiente en sí mismo para cubrir la culpa de todos los pecados que se cometerán en la tierra"[5]. Por lo tanto, la salvación se puede ofrecer a todos de manera sincera y legítima, aunque sólo los escogidos responderán. Shedd escribió: "La amplitud con la que se ofrece una medicina no está limitada al número de personas que están dispuestas a comprarla y usarla. Su adaptación a la enfermedad es la única consideración en venderla, y en consecuencia se ofrece a todos"[6].

Es crucial entender que la obra expiatoria de Cristo logra completamente todo lo que Dios declaró que iba a lograr en el pasado eterno con respecto a la salvación de los pecadores. Los propósitos soberanos de Dios no se frustran en lo absoluto por la incredulidad de aquellos que menosprecian a Cristo. La expiación de Cristo no representa un intento fallido para salvar a alguien que no iba a ser salvo. Todos aquellos a quienes Dios se propuso salvar desde el pasado eterno serán salvos (cf. Juan 17:12). No obstante vale la pena reiterar una vez más que aunque el *propósito* salvador de Dios está limitado a los escogi-

dos, su *deseo* de que se salven los pecadores es tan amplio en sí mismo como la raza humana. Él "quiere que todos los hombres sean salvos y que lleguen al conocimiento de la verdad". Así que Cristo "se dio a sí mismo en rescate [suficiente] por todos". ¡Con qué claridad la obra expiatoria de Cristo nos revela el corazón de Dios por la salvación de los pecadores!

Por eso Pablo se refiere a la expiación como "testimonio [de Cristo] a su debido tiempo". Esta idea es un paralelo exacto de Gálatas 4:4; "Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley". Cristo "se dio a sí mismo en rescate" exactamente "a su debido tiempo" en el plan redentor de Dios. Su obra redentora es el testimonio más elocuente que sustenta el deseo de Dios de que se salven los pecadores. La oración evangelística por todos los hombres, por lo tanto, refleja el corazón de Dios y honra la obra de Cristo en la cruz.

De acuerdo con la comisión divina de Pablo

Pablo escribe: "Para esto yo fui constituido predicador, apóstol..." (1 Tim. 2:7). La comisión divina de Pablo estaba basada en las grandes verdades de que Dios es nuestro Salvador, Cristo es nuestro mediador y se dio a sí mismo en rescate, como se dijo en los versículos anteriores. "Predicador" se deriva del verbo *kerusso*, que significa anunciar, proclamar o hablar públicamente. El mundo antiguo no tenía medios de comunicación de noticias, así que los anuncios se hacían en la plaza de la ciudad. Pablo fue un heraldo público que proclamaba el evangelio de Jesucristo. Un apóstol era un mensajero, enviado en representación de Cristo. Si el mensaje del evangelio fuera exclusivo, eso hubiera debilitado el llamado de Pablo.

Nosotros también somos llamados a proclamar el evangelio al mundo que no conoce al Señor. Ese llamado, como la comisión divina de Pablo, está basado en el deseo de Dios de que todos sean salvos. La oración evangelística reconoce nuestra responsabilidad.

El ejemplo más grande de oración evangelística es nuestro Señor mismo. Isaías 53:12 nos dice que él ha "intercedido por los transgresores". En la cruz oró: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Luc. 23:34). Dios contestó esas oraciones con tres mil convertidos en el día de Pentecostés e incontables miles más a través de los siglos.

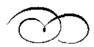
¿Ora usted por los que no conocen al Señor de esta forma? ¿Tiene la pasión que inspiró a John Knox a clamar: "Denme a Escocia o muero"? ¿Es nuestra actitud la de George Whitefield, que oró: "Oh Señor, dame almas o quítame la mía"? ¿Podemos, como Henry Martyn, decir: "No puedo soportar vivir si Jesús debe ser deshonrado"?

Dios honra sus oraciones por los perdidos. Parado entre aquellos que mataron a Esteban estaba un joven llamado Saulo de Tarso. ¿Podría ser que la salvación del gran apóstol fue una respuesta a la oración de Esteban: "¡Señor, no les tomes en cuenta este pecado!" (Hech. 7:60)? El evangelismo comienza con la oración.

En conclusión, ¿está usted preparado para estar a solas con Dios? Usted ahora está armado para ir a su presencia con mucho de qué hablar. Jesús le ha dado el modelo a usar, y el apóstol Pablo le ha provisto de una lista de prioridades. Espero que descubra el verdadero poder y pasión a medida que ore según estas realidades. Por ende, deseo que crezca hasta llegar a ser más como Cristo y ver que muchos de los escogidos entran al reino.

GUÍA DEL LECTOR

PARA REFLEXIÓN PERSONAL O
DISCUSIÓN EN GRUPO



Guía del lector



Para estudio personal

Siéntese en su silla favorita con la Biblia, un lapicero o lápiz y este libro. Lea un capítulo, marcando las partes que le parezcan importantes. Escriba en los márgenes. Anote donde esté de acuerdo, desacuerdo o cuestione al autor. Fíjese en las notas y pasajes bíblicos relevantes. Luego vaya a las preguntas que están listadas en esta guía de estudio. Si quiere evaluar su progreso por medio de un registro escrito, use un cuaderno para apuntar sus respuestas, pensamientos, sentimientos y preguntas adicionales. Refiérase al texto y a las Escrituras a medida que permite que las preguntas ensanchen su manera de pensar. *Ore.* Pídale a Dios que le dé una mente que discierna la verdad, una preocupación activa por los demás y un amor más grande por él.

PARA ESTUDIO EN GRUPO

PLANIFIQUE ANTICIPADAMENTE

Antes de reunirse con su grupo, lea y marque el capítulo como si se estuviera preparando para un estudio personal. Dele un vistazo a las preguntas y anote mentalmente cómo podría contribuir a la discusión de su grupo. Traiga a la reunión una Biblia y este texto.

PREPARE UN AMBIENTE QUE PROMUEVA LA DISCUSIÓN

Sillas cómodas arregladas en forma de círculo invitan a la gente a hablar entre sí. Luego diga: "Estamos aquí para escuchar y responder el uno al otro, y aprender juntos". Si usted es el líder, asegúrese de sentarse donde pueda hacer contacto visual con cada persona.

LA PUNTUALIDAD CUENTA

El tiempo es tan valioso para mucha gente como el dinero. Si el grupo se está demorando (porque empezó tarde), estas personas se sentirán como si les hubieran robado la cartera. De modo que, a menos que tengan un mutuo acuerdo, empiecen y terminen a tiempo.

PERMITA LA PARTICIPACIÓN DE TODOS

El aprendizaje en grupo funciona mejor si todos participan más o menos de manera similar. Si usted es un *conversador* por naturaleza, haga una pausa antes de entrar en la conversación. Luego pregunte a una persona que ha estado callada lo que piensa. Si usted es un *oyente* por naturaleza, no vacile en entrar en la discusión. Otros se beneficiarán de sus ideas, pero sólo si las expresa. Si usted es el *líder*, tenga cuidado de no dominar la sesión. Por supuesto, usted habrá meditado en el estudio con anticipación, pero no suponga que la gente está presente sólo

para escucharlo, aunque suene halagador. En cambio, ayude a los miembros del grupo a que hagan sus propios descubrimientos. Haga las preguntas, pero introduzca sus propias ideas sólo a medida que se necesiten para llenar vacíos.

MARQUE EL RITMO DEL ESTUDIO

Las preguntas para cada sesión se diseñaron para que duren alrededor de una hora. Las primeras preguntas forman el marco para discusiones posteriores, así que no se apresure tanto que después se pierde de un fundamento valioso. Las preguntas posteriores, sin embargo, a menudo se refieren al momento actual. Así que no se entretenga tanto al comienzo que después no deja tiempo para "conocerse de manera personal". Aunque el líder debe asumir la responsabilidad de controlar el flujo apropiado de preguntas, la tarea de cada persona en el grupo es ayudar a mantener un ritmo equilibrado en el estudio.

ORE EL UNO POR EL OTRO—JUNTOS O A SOLAS

Luego observe la mano de Dios moviéndose en la vida de todos.

Note que cada sesión incluye las siguientes características:

Tema de la sesión: Una declaración breve que da un resumen de la sesión.

Desarrollo de compañerismo: Una actividad para familiarizarse con el tema de la sesión y/o con cada uno de los asistentes.

Preguntas: Una lista de preguntas para estimular el descubrimiento y la aplicación individual o en grupo.

Enfoque en la oración: Sugerencias para convertir lo aprendido en oración.

Actividades opcionales: Ideas complementarias que mejorarán el estudio.

Asignación: Actividades o preparación a completarse antes de la siguiente sesión.

CAPÍTULO 1
UN CORAZÓN CENTRADO EN DIOS

TEMA DE LA SESIÓN

Un creyente cuyo corazón está centrado en Dios cultivará una actitud constante de oración a lo largo de cada día.

DESARROLLO DE COMPAÑERISMO (ESCOJA UNA)

1. La sociedad de hoy en día nos presenta muchas opciones para pasar nuestro tiempo libre. Nombre una actividad que le gusta hacer para entretenerse. ¿Cree usted que a veces esto le consume demasiado tiempo?

2. ¿Es usted una persona mañanera o nocturna? ¿Le afecta la hora del día para estar alerta? ¿Cómo influye su respuesta cuando pasa un largo tiempo en oración?

PREGUNTAS PARA DESCUBRIR EN GRUPO

1. ¿Es el respirar una buena ilustración de lo que debería ser la oración? ¿Por qué sí o por qué no?

2. ¿Por qué un cristiano quisiera comportarse como un humanista práctico? Nombre y discuta varias cosas (programas, métodos, recursos) que usted cree que podrían conducir a esa acción.

3. ¿Cómo afectaron los eventos milagrosos del día de Pentecostés las prácticas de oración de la iglesia primitiva (Hech. 1—2; 6:4)?

4. ¿Qué se imaginó cuando por primera vez escuchó la declaración "Orar sin cesar"? ¿Fue esto diferente a lo que actualmente entiende de 1 Tesalonicenses 5:17? Si es así, ¿cómo?

5. ¿Cómo ayudan las palabras que se encuentran al principio de Efesios 6:18 para explicar la naturaleza abarcadora acerca de la oración?

6. ¿Qué dos lecciones importantes, pero contrastantes, podemos aprender del tiempo de oración en el huerto de Getsemaní (Mat. 26:36-46; Lucas 22:40-46)?

7. ¿En qué se diferencian las parábolas en Lucas 11:5-10 y 18:1-8 de las otras que dijo Jesús?

8. ¿Qué importancia tiene orar "en el Espíritu"? (Ver Rom. 8:26, 27).

Enfoque en la oración

- Ore para que, a medida que empieza este estudio, Dios le ayude a usted y a cada miembro de su grupo a estar más consciente de la necesidad de orar diariamente.

- Decida apartar tiempo suficiente al final de cada reunión para orar como grupo y dar seguimiento a las peticiones de oración de la semana anterior.

Actividades opcionales

1. Vuelva a leer la cita larga de Charles Spurgeon en la sección titulada "Una manera de vivir" (p. 14). Trate de volver a escribir esto usando un lenguaje más contemporáneo. Use por lo menos una ilustración moderna que sea un ejemplo de la verdad de cómo la oración debería ser una manera de vivir.

2. Mantenga un diario de oración durante el próximo mes. Registre listas de cosas y gente por las que necesita orar. También deje espacio para escribir las respuestas a las oraciones. Comparta con un amigo cristiano por lo menos una de las respuestas que le da Dios.

Asignación

1. Memorice Efesios 6:18.

2. Lea el capítulo 2 de *A solas con Dios.*

Capítulo 2
Buscar al Señor en secreto

Tema de la sesión

Dios quiere que nos acerquemos a él en oración con humildad, franqueza y sinceridad; no con orgullo e hipocresía como los fariseos.

Desarrollo de compañerismo (escoja una)

1. Comparta cuál es su tipo de lugar favorito donde pasar unas vacaciones (donde pueda estar a solas). Algunos podrían querer describir en forma específica dónde y cómo es este lugar.

2. A todos nos disgusta la falta de sinceridad y las apariencias en la vida cotidiana. ¿Puede recordar alguna experiencia (quizás con un vendedor por teléfono) que lo irritó de manera especial?

Preguntas para descubrir en grupo

1. ¿Cuál era el punto de vista del Antiguo Testamento en cuanto a la importancia de la oración? (cf. Sal. 65:2; 91:15; 145:18).

2. ¿Cómo modeló el profeta Isaías el rasgo de la reverencia cuando estuvo frente a frente con Dios? (cf. Isa. 6).

3. ¿Tenían los judíos un sentido de solidaridad? De ser así, ¿en qué se basó y cómo afectó esto a su costumbre de orar?

4. ¿Cuáles eran algunas de las características y actitudes de la oración que eran un ritual? ¿Cómo se llaman las dos oraciones formales más comunes usadas por los judíos?

5. ¿Tiene usted la tendencia de ofrecer oraciones públicas que son demasiado largas? De ser así, fíjese nuevamente en la advertencia de Jesús en Marcos 12:40 y considere formas en que podría reducir sus oraciones.

6. ¿Cuál pecado estaba en el centro del método de orar de los fariseos? (Mat. 6:5).

7. ¿Qué característica de oración tomaron prestado los judíos de los gentiles? ¿Mejoró o restó valor al contenido de las oraciones que ofrecían a Dios?

ENFOQUE EN LA ORACIÓN

- Aparte tiempo durante la semana que viene para examinar las razones por las cuales ora. Pídale a Dios que le revele las cosas que podrían obstruir sus momentos de oración en forma regular.

- ¿Tiene un lugar tranquilo donde pueda ir a orar? Si no lo tiene, pídale a Dios que le provea un sitio donde pueda dejar todo y estar con él. Si tiene ese lugar, agradézcale por habérselo provisto.

- La disciplina de la oración diaria puede convertirse en algo monótono. Pídale al Señor que renueve sus fuerzas y le dé un deseo nuevo de ser fiel en la oración.

ACTIVIDADES OPCIONALES

1. Vaya a la biblioteca de su iglesia o una librería cristiana y consiga otro libro acerca de la oración. Léalo durante unas cuantas semanas y apunte las cosas que podrían complementar el tema de *A solas con Dios.*

2. La mayoría de nosotros recibe por lo menos un par de cartas con peticiones de oración de misioneros o ministerios cristianos. Vuelva a leer algunas recientes y evalúe qué tan bien presentan sus peticiones de oración. ¿Le parece que son egoístas, o tratan de enfocarse en Dios? Escriba lo que piensa.

ASIGNACIÓN

1. Lea Mateo 6:8-13 y Lucas 11:1-4. Note las diferencias en contexto y redacción del Padrenuestro.

2. Lea el capítulo 3 de *A solas con Dios.*

CAPÍTULO 3
"PADRE NUESTRO"

TEMA DE LA SESIÓN

La oración siempre debe empezar y terminar con el reconocimiento de que podemos y debemos glorificar a Dios como nuestro Padre.

DESARROLLO DE COMPAÑERISMO (ESCOJA UNA)

1. Algunas iglesias tienen como tradición recitar el Padrenuestro cada semana como parte del servicio de adora-

ción. ¿Cree que esta práctica es bíblica? ¿Por qué sí o por qué no?

2. Hace como unos 25 años el comentarista bíblico J. B. Phillips escribió un libro titulado *Your God Is Too Small* (Tu Dios es demasiado pequeño). Hoy en día, ¿espera todavía la gente muy poco de Dios? ¿Le exigen demasiado cuando oran?

PREGUNTAS PARA DESCUBRIR EN GRUPO

1. ¿Qué gran verdad Jonás, Daniel y Jeremías demostraron prácticamente en sus oraciones? Lea nuevamente Jonás 2, Daniel 9 y Jeremías 32.

2. ¿Cuál es un título más apropiado que le podríamos dar al Padrenuestro?

3. Reconstruya uno de los bosquejos o modelos de oración que usted cree que muestra mejor el propósito de Jesús en compartirlo con los discípulos. ¿Por qué prefiere el que escogió?

4. ¿Qué es lo que diferencia a los hijos de luz de los hijos de las tinieblas? (Ver Efe. 5:8; 2 Ped. 1:4).

5. ¿Cuáles son los cinco elementos que abarcan la paternidad de Dios para los judíos del Antiguo Testamento? ¿Con cuál o cuáles cree que los creyentes de hoy se pueden identificar con más facilidad?

6. ¿Qué palabra usó Jesús más a menudo para decir padre cuando se refería a Dios? ¿Qué significa en español?

7. Lea Mateo 7:7-12 nuevamente. ¿Qué le parece lo más útil o reconfortante de este pasaje?

8. ¿Cuáles son seis beneficios de tener a Dios como nuestro Padre? ¿Se presentan en orden de importancia? Si no es así, ¿cómo los volvería a ordenar?

Enfoque en la oración

- En la actualidad no todos tienen una buena relación (o buenos recuerdos) con su padre terrenal. Ore y agradezca a Dios que él siempre está dispuesto a ser un Padre celestial amoroso.

- ¿Cuál ha sido el enfoque de sus momentos recientes de oración? Si fue demasiado centrado en usted mismo, pídale al Señor que le ayude a que su oración sea más centrada en él.

Actividades opcionales

1. Haga un estudio breve de la persona y los atributos de Dios. Lea una obra de teología que trate el tema. Tome apuntes durante su lectura y dígale al grupo lo que le fue de mayor provecho en su estudio.

2. Lea Salmo 139 y medite en lo que dice acerca de la omnipresencia y omnisciencia de Dios. Apunte algunos versículos clave para recordar.

Asignación

1. Comience a memorizar Mateo 6:9-13.

2. Lea el capítulo 4 de *A solas con Dios.*

Capítulo 4
"Santificado sea tu nombre"

Tema de la sesión

Cuando los cristianos se acercan a Dios en oración, se deben acordar de su santidad y la grandeza de su nombre.

Desarrollo de compañerismo (escoja una)

1. ¿Cómo responde cuando escucha a alguien usar el nombre de Dios en vano? ¿Piensa, como regla, que es mejor ignorar el comentario o amonestar a la persona?

2. Los nombres de las personas son importantes. Comparta, si puede, algún dato interesante acerca de su nombre o la selección del nombre de un hijo.

Preguntas para descubrir en grupo

1. ¿Cuál es la razón principal de la existencia de la iglesia y cada individuo en ella?

2. ¿Cuál es el nombre hebreo más conocido de Dios? (cf. Éxo. 3:14). ¿Por qué los judíos no decían ese nombre en voz alta?

3. En las Escrituras, los nombres eran más que simples títulos. ¿A qué cosa de más importancia representaban o equivalían?

4. ¿Cómo reveló Jesús el carácter de Dios a sus discípulos? (cf. Juan 1:14; 14:9).

5. ¿Qué versículo del Antiguo Testamento enumera más nombres de Jesús que cualquier versículo del Nuevo Testamento?

6. ¿Qué palabras contemporáneas se pueden usar como sinónimo de *santificado*? ¿Qué nos dicen acerca de nuestra relación con Dios?

7. ¿Cuál es la verdad principal, o el atributo más importante, acerca de Dios? (Isa. 6:3).

8. Hay nueve "ansiedades de la santidad" que se enumeran en las páginas 62, 63. ¿Cuáles cree que son las más difíciles de tratar y por qué?

9. ¿Cuáles tres verdades deben entenderse para "santificar" completamente el nombre de Dios?

ENFOQUE EN LA ORACIÓN

- ¿Cómo han estado últimamente su celo por la dignidad del nombre de Dios y su progreso en la búsqueda de su santificación personal? Pase un tiempo en oración revisando sus actitudes. Pídale a Dios que perdone su indiferencia y aumente su deseo de conocerlo.

- ¿Qué tan respetuoso es usted de los buenos nombres (reputación) de otros cristianos, especialmente aquellos que son líderes de su iglesia? Ore para que usted sea fiel en este aspecto y que aquellos líderes presenten buen testimonio en la comunidad.

ACTIVIDADES OPCIONALES

1. Escriba, en una hoja de papel aparte o un fichero, cada nombre hebreo de Dios, con su traducción al español. Trate de memorizar los significados de todos los once términos. Busque y anote los pasajes del Antiguo Testamento en que son usados.

2. ¿Alguna vez ha experimentado una "ansiedad de la santidad"? Podría haber sucedido cuando se convirtió

en cristiano o en una fecha posterior. Dé un breve testimonio de esa experiencia en su siguiente reunión de estudio. Quizás desee contar la experiencia de otra persona (una que no es parte de su grupo en este momento) si le parece que es más apropiado u oportuno. Si no comparte un testimonio con el grupo, escriba lo que recuerde como una oración o "carta abierta" de agradecimiento a Dios.

Asignación

1. Continúe esforzándose en memorizar Mateo 6:9-13. Repase una parte cada día.

2. Lea el capítulo 5 de *A solas con Dios.*

Capítulo 5
"Venga tu reino"

Tema de la sesión

Nuestras oraciones deberían apoyar el establecimiento del reino de Dios y el gobierno de Cristo dentro de él.

Desarrollo de compañerismo (escoja una)

1. Mencione una cosa de la cultura de su país que le preocupa grandemente. ¿Cómo contribuye esto a la atmósfera poscristiana o anticristiana de su país?

2. ¿Tiene algunos planes o una visión futura para su carrera, su familia o su superación personal? ¿Cómo se compara la cantidad de tiempo que invierte en esas metas con el tiempo que brinda a la iglesia y al avance del reino de Dios? ¿Es difícil mantener un equilibrio?

Preguntas para descubrir en grupo

1. ¿Cuál es la misión principal de la iglesia en este mundo? ¿Qué clases de influencias tratan de desviarla de esta misión?

2. ¿Es legítimo que un cristiano traiga sus preocupaciones y causas delante de Dios en oración? ¿Qué es lo único que les da validez?

3. ¿Qué representa la oposición más grande al reino de Dios y la vida cristiana?

4. ¿Cuál es una característica común a todos los grandes imperios que han existido a lo largo de la historia mundial?

5. De los tres aspectos temporales —pasado, presente y futuro— del reino de Dios, ¿cuál debe ser nuestro enfoque principal en la oración?

6. ¿Qué nos puede ayudar a reconciliar las verdades aparentemente contrarias que dicen que el reino de Dios puede estar viniendo ahora pero también está viniendo en el futuro?

7. ¿Cuáles son las dos características principales relacionadas con la venida del reino a la tierra ahora?

Enfoque en la oración

- Ore por su nación y su cultura. Pídale a Dios que aparte del pecado los corazones de la gente y los acerque a él.

- Agradezca a Dios por el privilegio maravilloso de ser miembro de su reino. Ore por varias personas, por nombre, las cuales usted sabe que no son parte del reino de Dios.

- ¿Cuáles son sus prioridades en relación con servir y ayudar a promover el reino de Dios? Si necesitan alinearse más con las prioridades de Dios, pídale que le dé sabiduría y guía para hacer los ajustes necesarios.

ACTIVIDADES OPCIONALES

1. Haga un estudio adicional de la naturaleza del reino de Dios. Para una opinión de cómo el reino contrasta con el sistema del mundo, lea la obra de John Stott *El Sermón del monte: Contracultura cristiana*. Ediciones Certeza.

2. Lea y estudie las parábolas del reino en Mateo 13:1-52. Haga un resumen en sus propias palabras del tema o temas del pasaje. Apunte las semejanzas y diferencias que note entre las diversas parábolas del reino.

ASIGNACIÓN

1. Repase su trabajo de memorización de Mateo 6:9-13. Comience también aprendiendo Salmo 2:6-8.

2. Lea el capítulo 6 de *A solas con Dios.*

CAPÍTULO 6
"SEA HECHA TU VOLUNTAD"

TEMA DE LA SESIÓN

Cuando oramos, nuestra voluntad debe estar de acuerdo con la voluntad de Dios, y debemos desear que su voluntad se cumpla por todo el mundo.

DESARROLLO DE COMPAÑERISMO (ESCOJA UNA)

1. ¿Ha tenido la tendencia de ver los efectos de sus oraciones? ¿Desde el punto de vista de su capacidad persuasiva, o desde el punto de vista de cómo Dios contestó sus peticiones? Explique sus respuestas.

2. Describa un ejemplo reciente de lo mucho que quería que se hicieran las cosas según su voluntad en una situación. ¿Creó su actitud dificultades para usted u otros?

PREGUNTAS PARA DESCUBRIR EN GRUPO

1. ¿Cómo mostraron David (Sal. 40:8) y Jesús (Juan 4:34) que estaban familiarizados con la actitud de la tercera petición?

2. ¿Cómo describiría el concepto de Dios que tenía el poeta Omar Khayyam? Piense en uno o dos adjetivos que serían apropiados.

3. ¿Qué nos dice la historia en Hechos 12 acerca de la vulnerabilidad de la costumbre de orar de la iglesia primitiva? (Ver Hech. 12:1-17).

4. Con respecto al transcurso de acontecimientos de la vida, ¿qué tensión ha existido siempre entre Dios y el hombre? ¿Cómo resolvió usted esta tensión en su mente?

5. ¿Cómo y cuándo demostró Jesús un sentido de rebelión justa en cuanto a la voluntad de Dios?

6. Cuando se refiere a ver una diferencia o pedir que suceda un cambio, ¿cómo ven a la oración la mayoría de cristianos? ¿Qué actitud necesita reemplazar este punto de vista?

7. ¿Qué tres aspectos de la voluntad de Dios se discuten hacia el final de este capítulo? Nombre una o dos diferencias principales de cada aspecto.

8. ¿Cómo puede ser la oración un medio de santificación progresiva? ¿Puede pensar en algún ejemplo en que funcionó de esa forma en su vida o en la vida de un ser querido?

ENFOQUE EN LA ORACIÓN

- Ore y pida a Dios que amolde su corazón y mente a su voluntad en todo. Si está teniendo problemas con la voluntad de él en alguna situación, ore por ello de manera especial.

- ¿Existe alguna violación de la voluntad de Dios por la cual su acción pudiera marcar una diferencia positiva? Si es así, ore por sabiduría y valor para tomar la acción apropiada.

- Pase tiempo la próxima semana agradeciendo a Dios por las muchas maneras en que su voluntad se está cumpliendo por todo el mundo.

ACTIVIDADES OPCIONALES

1. Haga un estudio adicional usando el Apéndice del libro de Michele Novotni y Randy Petersen, *Enojado con Dios.* Publicado por la Editorial Mundo Hispano. Pida a cuatro personas que con anterioridad lean y estudien las cuatro diferentes formas que presentan los autores para entender las maneras comunes de enfrentar el sufrimiento. Luego pídales que presenten esto al grupo. Puede usar el gráfico que se encuentra en ese libro.

ASIGNACIÓN

1. Memorice Romanos 12:1, 2.

2. Lea el capítulo 7 de *A solas con Dios.*

CAPÍTULO 7
"EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA, DÁNOSLO HOY"

TEMA DE LA SESIÓN

Ya que él ha prometido suplir todas nuestras necesidades físicas, podemos orar con plena confianza y agradecimiento a Dios sabiendo que él suplirá estas provisiones cada día.

DESARROLLO DE COMPAÑERISMO (ESCOJA UNA)

1. La mayoría de nosotros tiene sueños acerca de tener bienes materiales que serían adicionales a nuestras necesidades esenciales diarias. ¿Está mal orar por tales cosas?

2. ¿Ha habido un tiempo recientemente en que no estuvo en una posición de relativa abundancia? Si así fue, ¿cuáles fueron algunas de las maneras en que el Señor suplió sus necesidades de pan diario?

PREGUNTAS PARA DESCUBRIR EN GRUPO

1. ¿A qué se parece la dependencia del creyente en Dios en un contexto familiar?

2. ¿Qué clases de necesidades abarca el término *pan*?

3. ¿Cuáles son algunas maneras prácticas y comunes en que la gente niega que Dios sea la fuente de todo lo que tiene?

4. ¿Es enfermiza la preocupación por el ambiente y por las herramientas tecnológicas para controlar los recursos naturales? ¿Cómo podemos balancear estas preocupaciones con el reconocimiento de que todo lo que tenemos es de Dios?

5. ¿Qué hecho hace que el título de este capítulo sea una petición legítima? (Ver Sal. 37:3, 4, 10, 11, 25).

6. ¿Cómo han contribuido generalmente las religiones no cristianas a la falta del pan diario en algunas partes del mundo? ¿Qué ejemplo específico se da en este capítulo?

7. Dios puede, desde luego, proveer por nosotros a través de medios milagrosos, ¿pero cómo suple normalmente nuestras necesidades? (2 Tes. 3:10-12).

ENFOQUE EN LA ORACIÓN

- ¿Sabe de misioneros que podrían estar teniendo dificultades para suplir sus propias necesidades diarias o las necesidades diarias de la gente que ministran? Aparte un tiempo especial para orar por ellos hoy.

- Ore para que Dios lo ayude a usted y a otros en su grupo de estudio para que vivan un día a la vez y confíen en que Dios suplirá sus necesidades diarias.

- Dé gracias al Señor por haberle dado a usted, su hijo, todas las provisiones básicas que necesita.

Actividades opcionales

1. Haga un breve estudio de 2 Corintios 9. Repase las maneras en que está compartiendo sus recursos y haciendo inversiones espirituales para la obra de Dios. ¿Necesita mejorar sus esfuerzos o añadir algunos que ha estado omitiendo?

2. Ofrézcase de voluntario parte de su tiempo en las semanas que vienen en un local de comida gratuita para necesitados, albergue para gente sin hogar o alguna agencia similar (si su comunidad no tiene nada de esto, ore por una oportunidad para ayudar a alguna familia en su iglesia que pudiera estar en necesidad de apoyo material).

Asignación

1. Trate de repetir de memoria todo el pasaje, que ya ha venido memorizando, de Mateo 6:9-13. Si no está listo, continúe repasando y memorizando.

2. Lea el capítulo 8 de *A solas con Dios.*

Capítulo 8
"Perdónanos nuestras deudas"

Tema de la sesión

Puesto que los cristianos continúan pecando, necesitan orar diariamente por el perdón de pecados que sólo Dios, su amoroso Padre, puede proveer.

DESARROLLO DE COMPAÑERISMO (ESCOJA UNA)

1. ¿Cuál le parece a usted que es el rasgo de carácter más intolerable en los demás? ¿Qué podría hacer para que sea más fácil tratar con esas personas y perdonarlas?

2. ¿Cuándo fue la última vez en que sintió gran alivio por haber cancelado una deuda financiera? Describa su experiencia. ¿Qué lecciones puede sacar de ello y aplicar al perdón espiritual?

PREGUNTAS PARA DESCUBRIR EN GRUPO

1. ¿Qué dos aspectos hacen que el perdón de Dios por nuestros pecados sea tan importante para nosotros? ¿Cómo se relaciona la cita de John Stott con este motivo?

2. ¿Cuáles son los seis efectos negativos que tiene el pecado en nuestro bienestar espiritual? ¿Qué otros malos efectos secundarios tiene en nuestra salud física y bienestar social?

3. ¿Cuáles son cinco palabras griegas que se usan más a menudo para describir los diversos aspectos del pecado? ¿Qué palabra o palabras captan mejor el significado para usted?

4. Describa en sus propias palabras la magnitud del perdón judicial de Dios. ¿A quién se le ofrece ese perdón?

5. ¿Por qué los creyentes aún tienen la necesidad del perdón paterno de Dios?

6. ¿Qué verdades importantes simboliza el acto de lavamiento de pies de Jesús?

7. ¿Qué beneficios recibimos cuando confesamos nuestros pecados? ¿Qué sucede cuando no lo hacemos? ¿Qué hace que la confesión sea tan difícil?

8. ¿Qué principio sencillo nos muestra que perdonar a los demás es la prueba final para los cristianos?

9. Se presentan siete razones para perdonar a los demás. ¿Cuáles son las tres que a usted o a su grupo le parece que son las más importantes? Como grupo, discuta su razonamiento y lea los versículos bíblicos que guardan relación con ello.

Enfoque en la oración

- Agradezca al Señor por su maravillosa solución al problema del pecado.

- El apóstol Pablo nos dice que nos examinemos (2 Cor. 13:5). Esto es algo especialmente apropiado antes de participar en la Cena del Señor. Antes de celebrarla la siguiente vez en su iglesia, examine su corazón y presente al Señor cualquier pecado que no haya confesado para recibir su perdón.

- ¿Cómo se encuentra su espíritu perdonador hacia otros cristianos? Si hay rencor o algún pecado que no ha sido confesado entre usted y otro creyente, pida perdón ahora y ore por la oportunidad de enmendar las cosas con la otra persona.

Actividades opcionales

- Haga un estudio de la palabra *perdón* o uno de los términos que representa el pecado. Si es posible, use un diccionario de palabras del Nuevo Testamento, una enciclopedia de la Biblia, o un diccionario teológico así como también una concordancia.

ASIGNACIÓN

1. Lea y medite en Mateo 18. Fíjese en las muchas amonestaciones que contiene referente al pecado, confesión y perdón.

2. Repase el pasaje de Mateo 6:9-13. ¿Puede decirlo de memoria fácilmente?

3. Lea el capítulo 9 de *A solas con Dios.*

CAPÍTULO 9
"LÍBRANOS DEL MAL"

TEMA DE LA SESIÓN

Está bien que pidamos a Dios que nos proteja del pecado cuando nos encontramos con diversas pruebas y dificultades de la vida.

DESARROLLO DE COMPAÑERISMO (ESCOJA UNA)

1. ¿Cuál cree usted que es el reto más grande del mundo que evita que los cristianos tengan éxito en su caminar con Dios? ¿Cuáles son algunas razones de su respuesta?

2. En una escala del 0 al 10, ¿cómo se calificaría usted mismo por confrontar dificultades y peligros? 0: Trato de evitar la confrontación lo más que puedo porque siempre me parece que fallo. 10: Espero ansiosamente esos retos y ojalá tuviera más. O, ¿me encuentro en un lugar intermedio?

PREGUNTAS PARA DESCUBRIR EN GRUPO

1. ¿Qué clase de palabra quiere decir "tentación" en griego en Mateo 6:13? ¿En qué se diferencia de la connotación en español?

2. ¿Cuál es la mejor manera de reconciliar lo que dice la sexta petición con las amonestaciones y explicaciones en Santiago 1?

3. ¿Tiene necesariamente que convertirse en tentación cada prueba? Si no es así, ¿cuál es el factor clave que evita que esto suceda?

4. ¿Qué verdad hay en común a lo largo de Job 23:10, 1 Corintios 10:13 y 1 Pedro 1:6, 7?

5. ¿Cuál es la clave suprema para tratar con la tentación de manera exitosa?

ENFOQUE EN LA ORACIÓN

- Agradezca al Señor que, por medio del poder del Espíritu Santo se ha limitado al mal para que no esté aún más desenfrenado de lo que ya está.

- ¿Tiene usted una dificultad continua con una tentación o pecado en particular? Declare la promesa en 1 Corintios 10:13 y pídale a Dios fortaleza para resistir la tentación la próxima vez que venga.

ACTIVIDADES OPCIONALES

1. Haga un estudio comparativo de Mateo 4:1-11 y Lucas 4:1-13, dos relatos de la tentación de Jesús en el desierto. Fíjese en la semejanza entre los dos relatos. ¿Qué referencias del Antiguo Testamento citan ambos pasajes?

2. El próximo mes durante su tiempo devocional personal, busque versículos que den testimonio del poder de la Palabra de Dios para vencer al mal. Haga una lista de estos versículos y seleccione varios para memorizar (trate de incluir este ejercicio en su lectura y tiempo de estudio de manera regular).

ASIGNACIÓN

1. Complete su tarea de memorización de Mateo 6:9-13. Repáselo todas las veces que sea necesario para decirlo de memoria en su próximo estudio en grupo.

2. Lea el capítulo 10 de *A solas con Dios.*

CAPÍTULO 10
ORAR POR LAS COSAS CORRECTAS

TEMA DE LA SESIÓN

Si verdaderamente estamos orando por las cosas correctas, enfocaremos nuestras peticiones de oración en lo que pertenece al reino de Dios y nuestro propio crecimiento espiritual.

DESARROLLO DE COMPAÑERISMO (ESCOJA UNA)

1. ¿Qué dos o tres categorías dominan típicamente las peticiones de oración que se ofrecen durante la reunión de oración promedio de una iglesia? ¿Están la mayoría de peticiones alineadas con las prioridades de Dios?

2. ¿Cómo evaluaría su sistema de valores en lo que se refiere a posesiones ahora mismo? ¿Qué cosa(s) sería especialmente difícil dejar? ¿Hay alguna otra cosa que sería mejor que deje?

PREGUNTAS PARA DESCUBRIR EN GRUPO

1. ¿Qué clase de desilusión tuvo el joven abogado en la historia de Anton Chekhov? ¿Qué sucedió como resultado de esta desilusión?

2. A lo largo de las oraciones que se registraron del apóstol Pablo, ¿cuál fue su principal preocupación?

3. En las epístolas de Pablo, ¿a qué se refiere siempre la frase "su llamamiento"?

4. ¿Qué área básica abarca el concepto de dignidad? ¿Cuáles son algunas formas prácticas en que usted podría probar su propia dignidad?

5. ¿Por qué es tan importante para los cristianos que caminen dignamente? ¿Cuáles son algunos resultados negativos de no caminar dignamente?

6. ¿Cómo podía David ser tan valiente en su deseo de alcanzar la verdadera satisfacción espiritual?

7. ¿Cuál es la razón principal por la que muchos no creyentes continúan rechazando el cristianismo? ¿Cómo podemos comportarnos para que la gente a nuestro alrededor no rechace la verdad? (Ver Mat. 5:16).

ENFOQUE EN LA ORACIÓN

- Nuestras peticiones de oración a menudo no coinciden con lo que Dios quisiera que fuesen. Haga un repaso de las principales cosas por las que ha orado recientemente. Elimine aquellas que son egoístas y pídale a Dios que lo ayude a enfocarse en las cosas correctas.

- Pase un tiempo agradeciendo al Señor por estar interesado en su crecimiento espiritual y proveer los recursos para ayudar en este desarrollo.

- Cada día durante la semana que viene ore por una persona distinta de su grupo para que camine como es digno de su profesión cristiana.

ACTIVIDADES OPCIONALES

1. El Nuevo Testamento tiene 33 oraciones del apóstol Pablo. Seleccione por lo menos 10 de estas para leer y estudiar en detalle (muchas de ellas son bastante breves). Haga una lista de los elementos principales que se encuentran en las oraciones de Pablo.

2. Refiérase a la lista de características que manifiesta un caminar cristiano digno. Escoja siete (una para cada día de la semana) y escríbalas, junto con sus versículos, en tarjetas o fichas separadas. Medite en una de ellas cada día la próxima semana.

ASIGNACIÓN

1. Memorice uno de los versículos de la lista de características del caminar digno.

2. Lea el capítulo 11 de *A solas con Dios.*

CAPÍTULO 11
ORAR POR LOS QUE NO CONOCEN AL SEÑOR

TEMA DE LA SESIÓN

Para participar en alcanzar a los que no conocen al Señor, primero necesitamos entender los puntos esenciales de la oración evangelística.

DESARROLLO DE COMPAÑERISMO (ESCOJA UNA)

1. ¿Se le hace difícil orar por aquellos en eminencia, tales como los líderes nacionales e internacionales? ¿Por qué es fácil olvidar a esas personas en nuestras oraciones?

2. A veces la gente se convierte a Cristo después de haber sido objeto de oración durante muchos años. Si alguien en su grupo conoce los detalles de un caso como ese, pídale que lo comparta con todo el grupo.

PREGUNTAS PARA DESCUBRIR EN GRUPO

1. ¿Qué expresión en Romanos 9:1-4 demuestra el fuerte deseo del apóstol Pablo de ver a sus compatriotas judíos salvos?

2. ¿Cuáles son los cuatro términos que usa Pablo en 1 Timoteo 2:1 referentes a la oración evangelística? Dé un ejemplo de cómo los diferentes matices del significado podrían aplicarse a varias necesidades.

3. ¿Cuáles son varias maneras en que orar por la salvación de *todos* los perdidos está de acuerdo con el corazón de Dios? (Ver Eze. 33:11; Hech. 17:30; 1 Tim. 2:4).

4. ¿Ha marcado la diferencia el activismo político de algunos grupos cristianos en los últimos años en alcanzar a los que no conocen al Señor? ¿Cuál verdad de 2 Corintios 10:4 se olvida a menudo?

5. ¿Qué condiciones favorables en nuestra nación y sociedad verán la iglesia y los creyentes como resultado de la fidelidad en la oración evangelística?

6. ¿En qué se diferencia nuestra tarea de orar por los que no conocen al Señor de la oración de Jesús en Juan 17? (Compare v. 9 con 2 Cor. 5:20).

7. ¿Cómo debería confortarnos el eterno propósito salvador de Dios, junto con su deseo de que nadie perezca, en nuestra oración y testimonio por los que no conocen al Señor? (Ver 2 Tim. 2:19).

8. ¿Cómo la singularidad de Dios nos debe incentivar a orar por los que no conocen al Señor?

9. Pase un tiempo discutiendo la naturaleza de la expiación de Cristo. ¿Cómo puede ser ilimitada en suficiencia pero limitada en aplicación?

10. ¿En qué verdades estaba basada la comisión de Pablo como apóstol y predicador? ¿Cómo se relaciona eso con la responsabilidad que Dios nos ha dado?

ENFOQUE EN LA ORACIÓN

- ¿Qué tan diligente ha sido usted durante el último año en orar por amigos y familiares que no son salvos? Pídale al Señor que lo ayude a mantener o, si es necesario, mejorar sus esfuerzos.

- Escoja el nombre de una persona que no conoce al Señor, quizás un familiar, y dedique tiempo extra durante el próximo mes para orar por su salvación.

- Exprese su agradecimiento a Dios por su gran salvación y por su maravilloso amor en atraerlo a él.

ACTIVIDADES OPCIONALES

1. Lea la obra de C. H. Spurgeon, *Ganadores de hombres.* Publicado por CLIE y busque revelaciones íntimas de cómo poder aplicar lo que dice el libro a sus actividades evangelísticas (testificar y también orar).

2. Si conoce a un pastor misionero que está involucrado en plantar iglesias, escríbale una carta y dígale acerca de su apoyo en oración. Comparta algunos de los principios que aprendió en este capítulo y asegúrele que va a orar por la gente que él está tratando de alcanzar con la ayuda del Señor.

Asignación

1. Repase su tarea de memorización de Mateo 6:9-13. Trate de terminar de memorizarlo en una o dos semanas más si no pudo completar su asignación antes.

2. Empiece a memorizar 1 Timoteo 2:1-6. Establezca una fecha como meta para aprenderse todo ese pasaje.

NOTAS



INTRODUCCIÓN

1. Martyn Lloyd-Jones, *Studies in the Sermon on the Mount* (Estudios sobre el Sermón del monte), tomo 2 (Grand Rapids: Eerdmans, 1979), p. 45.
2. J. Oswald Sanders, *Effective Prayer* (Oración eficaz) (Chicago: Moody, 1969), p. 7.
3. Martyn Lloyd-Jones, *Studies in the Sermon on the Mount* (Estudios sobre el Sermón del monte), tomo 2 (Grand Rapids: Eerdmans, 1979), p. 45.
4. David Jeremiah, *Jesus' Pattern of Prayer* (El patrón de oración de Jesús) (Chicago: Moody, 1981).

Capítulo 1

1. Charles Haddon Spurgeon, *The Parables of Our Lord* (Las parábolas de nuestro Señor) (Grand Rapids: Baker, 1979), pp. 434, 435.
2. E. M. Bounds, *Purpose in Prayer* (El propósito de la oración) (Chicago: Moody, s.f.), pp. 53, 54.
3. Spurgeon, *The Parables of Our Lord* (Las parábolas de nuestro Señor), pp. 436, 437.

Capítulo 2

1. John Preston, *The Puritans on Prayer* (Los puritanos comentan sobre la oración) (Morgan, PA: Soli Deo Gloria, 1995), pp. 25, 26.
2. Martyn Lloyd-Jones, *Studies in the Sermon on the Mount* (Estudios sobre el Sermón del monte), tomo 2 (Grand Rapids: Eerdmans, 1979), pp. 22, 23.
3. William Barclay, *The Gospel of Matthew* (El Evangelio según Mateo), vol. 1 (Philadelphia: Westminster, 1958), pp. 191-198. (Hay traducción al español).

Capítulo 3

1. Bounds, *Purpose in Prayer*, p. 43.
2. John Stott, *Christian Counter-Culture: The Message of the Sermon on the Mount* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1979), pp. 151, 152. (Hay traducción al español).
3. Paul Tournier, *A Doctor's Casebook in the Light of the Bible*, citado en William Barclay, *The Beatitudes and the Lord's Prayer for Every Man* (Las bienaventuranzas y la oración del Señor) (New York: Harper & Row, 1963), p. 172.

4. Arthur W. Pink, *An Exposition of the Sermon on the Mount* (Una exposición del Sermón del monte) (Grand Rapids: Baker, 1950), p. 161.

CAPÍTULO 4

1. Martyn Lloyd-Jones, *Studies in the Sermon on the Mount* (Estudios sobre el Sermón del monte), tomo 2 (Grand Rapids: Eerdmans, 1979), pp. 60, 61.
2. Arthur W. Pink, *An Exposition of the Sermon on the Mount* (Una exposición del Sermón del monte) (Grand Rapids: Baker, 1950), pp. 161, 162.
3. Juan Calvino, citado en *A Harmony of the Gospels Matthew, Mark, and Luke* (Una armonía de los Evangelios según Mateo, Marcos y Lucas) (Grand Rapids: Baker, 1979), p. 318.
4. Emmanuel Kant, citado por William Barclay, *The Gospel of Matthew* (El Evangelio según Mateo), vol. I (Philadelphia: Westminster, 1975), p. 208. (Hay traducción al español).

CAPÍTULO 5

1. James Orr, citado por Alva J. McClain, *The Greatness of the Kingdom* (La grandeza del reino) (Winona Lake, IN: BMH Books, 1980), p. 22.

CAPÍTULO 6

1. James Montgomery Boice, *The Sermon on the Mount* (El Sermón del monte) (Grand Rapids: Zondervan, 1972), pp. 183, 184.

2. William Barclay, *The Gospel of Matthew* (El Evangelio según Mateo), vol. 1 (Philadelphia: Westminster Press, 1975), p. 212. (Hay traducción al español).
3. Para un trato más detallado de este tema, por favor leer mi libro *The Vanishing Conscience* (Dallas: Word, 1994), pp. 105-124.
4. David Wells, "Prayer: Rebelling against the Status Quo", *Christianity Today*, 2 de noviembre de 1979, p. 33.
5. John Hannah, "Prayer and the Sovereignty of God", *Bibliotheca Sacra*, Octubre-Diciembre 1979, p. 353.
6. Philip Keller, *A Layman Looks at the Lord's Prayer* (Chicago: Moody, 1976, 1985), pp. 92-97.

CAPÍTULO 7

1. Martyn Lloyd-Jones, *Studies in the Sermon on the Mount* (Estudios sobre el Sermón del monte), tomo 2 (Grand Rapids: Eerdmans, 1979), pp. 68, 69.
2. John Stott, *Christian Counter-Culture: The Message of the Sermon on the Mount* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1979), pp. 149. (Hay traducción al español).
3. Thomas Watson, *The Lord's Prayer* (El Padrenuestro) (London: Banner of Truth Trust, 1972), p. 197.

CAPÍTULO 8

1. Henry Ward Beecher, citado en *Encyclopedia of 2585 Illustrations* (Grand Rapids: Zondervan, s.f.), p. 260.
2. John Stott, *Confess Your Sins* (Confiese sus pecados) (Waco, TX: Word, 1974), p. 73.
3. Arthur W. Pink, *An Exposition of the Sermon on the Mount* (Una exposición del Sermón del monte) (Grand Rapids: Baker, 1950), pp. 163, 164.

4. Para un trato profundo de este tema crucial, por favor consulte mi libro *Faith Works* (La fe funciona) (Dallas: Word, 1993), pp. 87-104.
5. Donald Grey Barnhouse, *God's Methods for Holy Living* (Los métodos de Dios para vivir en santidad) (Grand Rapids: Eerdmans, 1951), pp. 72-74.
6. John Stott, *Confess Your Sins* (Confiese sus pecados) (Waco, TX: Word, 1974), p. 19.

CAPÍTULO 11

1. Charles Haddon Spurgeon, *The Soul Winner* (El ganador de almas) (Grand Rapids: Eerdmans, 1989), pp. 246, 247.
2. Richard Baxter, citado en I. D. E. Thomas, ed., *A Puritan Golden Treasury* (El tesoro de un puritano) (Edinburgh: Banner of Truth, 1977), pp. 92, 93.
3. John Murray and Ned B. Stonehouse, *The Free Offer of the Gospel* (La oferta gratuita del Evangelio) (Phillipsburg, NJ: Presbyterian and Reformed, 1979), p. 26.
4. William G. T. Shedd, *Dogmatic Theology* (Teología dogmática), vol. 2 (Nashville: Thomas Nelson, 1980), p. 482.
5. R. L. Dabney, *The Five Points of Calvinism* (Los cinco puntos del calvinismo) (Harrisonburg, VA: Sprinkle, 1992), p. 61.
6. William G. T. Shedd, *Dogmatic Theology* (Teología dogmática), vol. 2 (Nashville: Thomas Nelson, 1980), p. 482.

ÍNDICE DE PASAJES BÍBLICOS



1 Pedro

2 Pedro

1 Juan

3 Juan

Judas

Apocalipsis